



HIROKO OYAMADA

Agujero

Traducción de Tana Oshima



Lectulandia

Al marido de Asa le han ofrecido un nuevo trabajo en una zona remota de Japón, próxima al hogar en que nació. Durante un verano excepcionalmente cálido, la pareja se instala junto a la casa de los suegros, entre el ensordecedor rugido de las cigarras, que todo lo invaden. Mientras su marido se entrega al trabajo, ella comienza a explorar el entorno por su cuenta. Hasta que un día se topa con una extraña criatura que no es un perro ni un mapache ni un ser humano. Asa la sigue hasta el terraplén de un río, entre altos pastos que le llegan por las rodillas, y cae en un agujero que parece haber sido creado para ella, y en el que, en cierto modo, queda atrapada para siempre. ¿Está viendo niños fantasma? ¿Se ha convertido lo sobrenatural en parte de su vida?

Hiroko Oyamada

Agujero

ePub r1.0

Watcher 18-02-2022

Título original: 穴
Hiroko Oyamada, 2014
Traducción: Tana Oshima

Editor digital: Watcher
ePub base r2.1

Agujero

Me mudé a este lugar con mi marido a finales de mayo, cuando le anunciaron en el trabajo que lo destinarían a otra oficina, dentro de la misma provincia pero casi en la frontera, en pleno campo. Como en ese mismo municipio viven sus padres, llamó a mi suegra para preguntarle si no conocía alguna casa que pudiésemos alquilar. «¿Y por qué no vivís en la que tenemos justo al lado?». «¿Al lado?». «Sí, ya sabes, en la casa que tenemos en alquiler. Se acaba de vaciar». Yo estaba sentada junto a mi marido y la voz de mi suegra me llegó con nitidez. ¿Desde cuándo tenían una casa en alquiler al lado de la suya? ¿Por qué nunca había oído hablar de ella?

«Se fueron este mismo abril. Eran una familia de cuatro. El padre compró otra casa y la fue pagando poco a poco, y al final se mudaron. Eran buena gente. Antes de irse me trajeron una caja grande de mandarinas de Kumamoto para darme las gracias por todo. ¿No los llegaste a conocer, Muneaki? Los Kato, que tenían dos niños, el pequeño con el pelo rizado...». «No, no creo». Sobre una hoja que había en la mesa escribí: «¿Es una casa independiente?», y le enseñé la nota a mi marido. Él asintió, estiró la mano y anotó sobre la misma hoja: «Dos pisos». Mi suegra siguió hablando. «Así que ahora la casa está vacía. La inmobiliaria ya la ha anunciado, pero parece que todavía no ha venido nadie a preguntar por ella. Si queréis vivir ahí, se lo comunico a la agencia para que lo quiten ya mismo. ¿Os interesa?». «El alquiler era barato si mal no recuerdo, ¿no?», preguntó mi marido con entusiasmo. «Claro que es barato, esto es un pueblo. Cincuenta y dos mil yenes. ¿Os animáis?». De pie frente al teléfono analógico, mi marido me preguntó con la mirada: «¿Qué hacemos?». Desde luego, la oferta no podía ser más oportuna. Caída del cielo. Me sentí tan agradecida que no pude por menos que asentir. Con un alquiler considerablemente más barato que el que pagábamos por un apartamento de un dormitorio en la ciudad íbamos a poder vivir en una casa de dos pisos. «Sí, nos encantaría. Cincuenta mil yenes es bastante menos de lo que pagamos ahora...». «Pero ¿qué dices? No tienes que pagar ningún alquiler». «¿Cómo que no?». «Que no, que no. Mejor que ahorres ese dinero, para el futuro. Bueno, están los impuestos y otras

formalidades, pero aparte de eso no necesitamos el dinero. Qué tontería, cobrarle a mi propio hijo. Además, la hipoteca ya está pagada y tampoco es que la casa esté nueva». Mi marido volvió a interrogarme con la mirada, pero por supuesto yo no tenía nada que objetar. Agradecimiento, eso era lo que sentía, un profundo agradecimiento. Lo único que me inquietaba es que no conseguía recordar aquella casa que sin duda tenía que haber visto cada vez que visitábamos a mis suegros. No me acordaba ni del tamaño ni del color de la fachada ni de cómo era el jardín. Supuse que si no la recordaba era porque ni era una mansión lujosa ni tenía tan mal aspecto como para que me llamase la atención. A decir verdad, tampoco es que tuviese un recuerdo nítido de la fachada de la casa de mis suegros. Si intento hacer memoria, lo único que me viene a la cabeza son imágenes fragmentadas: el panel solar en el tejado, o el jardín con unos pocos árboles.

«Tenía aparcamiento, ¿verdad?». «Sí, solo una plaza. Aquí no se puede vivir sin coche». «Supongo que en coche no tardaré más de media hora en llegar al trabajo... ¡Gracias! ¿Estás segura de que no quieres que paguemos nada?». «Ya te he dicho que el papeleo sí, pero por lo demás, no, nada de nada. ¿De qué me sirve cobrarte cincuenta y dos mil yenes? Se lo comunicaré enseguida a la inmobiliaria». «Gracias. La verdad es que nos viene muy bien aligerar los gastos ahora que Asahi va a dejar de trabajar». «¿Qué? ¿Asa va a dejar el trabajo?». Mi suegra bajó un poco el tono de voz, pero aun así pude oír todo lo que decía. «Sí, le quedaría demasiado lejos». «Pero entonces... ¿no deberías mudarte tú solo? Es una pena que tenga que dejar de trabajar...». Mi marido me miró. Negué con la cabeza. No entendía por qué tendríamos que vivir separados. Mi trabajo no era estable y mi sueldo no era tan alto, sino todo lo contrario. Era más bien bajo. Mi marido asintió sin decir nada. «No, no queremos vivir separados». «Bueno, claro, todavía sois jóvenes», dijo mi suegra riéndose un poco. No éramos tan jóvenes, y desde luego no estábamos recién casados. Supuse que para ella el trabajo era algo tan importante como para considerar el vivir por separado. Me pareció realmente admirable, envidiable incluso. Mi suegra se iba a jubilar pronto, en uno o dos años, después de toda una vida trabajando en el mismo lugar. Cuando tuvo a mi marido no se cogió más que seis meses de excedencia. Siempre me pareció que las circunstancias económicas de mis suegros eran buenas, por lo que no creo que se hubiese visto obligada a trabajar. Sin duda lo hacía por gusto, porque le encantaba su trabajo o quizá el hecho en sí de trabajar. A mí no me gustaba tanto como para entregarme de esa manera. No me suponía un gran esfuerzo, pero tampoco me satisfacía en exceso. Jamás me había supuesto

grandes dificultades, o al menos no de las que te hacen apretar los dientes. Simplemente nunca me sentí realizada de manera espiritual. En cambio, sí que pensaba a menudo que era demasiado y que me quitaba mucho tiempo para lo poco que me pagaban. Estaba bastante cansada... Aunque supongo que eso le pasa a todo el mundo; además, lo que yo hacía lo podía hacer cualquiera, y ya no era ni tan joven ni tan ingenua como para sentirme frustrada por ello.

Mi marido colgó el teléfono y me sonrió. «Estabas escuchando, ¿no? ¿Qué te parece? ¿No te importa que la casa esté justo al lado de la de mis padres?». «¿Por qué me iba a importar?». «No sé, por lo de nuera y suegra». Al oír aquello de «nuera y suegra» estuve a punto de soltar una carcajada. Yo nunca había albergado ningún sentimiento parecido al que evoca el concepto «nuera y suegra». No pensaba que mi suegra fuese una mujer maravillosa y perfecta, pero sin duda tenía más virtudes que defectos. Era de carácter alegre, fácil de atender, tenía las cosas claras, era disciplinada, etcétera. Si hubiésemos tenido que vivir bajo el mismo techo, me lo habría pensado dos veces, pero no tenía ningún motivo para negarme a ser su vecina. «No, para nada. Le agradezco mucho que no nos vaya a cobrar. Porque no sabemos si encontraré trabajo allí, así que es estupendo que no tengamos que pagar alquiler». «Sí, ¿verdad?», con la boca todavía entreabierta, mi marido sacó el móvil y empezó a deslizar los dedos sobre la pantalla. «¿Y a ti? ¿No te importa vivir al lado de tus padres?». Sabía que a veces a mi marido le daba pereza volver a su pueblo por Obon^[1] a pesar de que ni siquiera era necesario salir de la provincia. En ocasiones íbamos a casa de mis padres porque viven más lejos y resultaba lógico darles prioridad, pero incluso cuando no era el caso, hubo años en que puso como excusa un viaje de trabajo y no fue a ver a mis suegros. «No, para nada. No sé, igual es la edad, pero hasta he sentido un poco de alivio». «¿Alivio?». Mi marido sonrió ante algo que vio en la pantalla y luego me miró durante un instante. Tiene muchos amigos, no como yo. Quizá en ese momento se lo estaba contando a todo el mundo con sus dedos veloces. *¿Sabes qué?, nos vamos a mudar, y resulta que nos vamos a mudar a la casa que está al lado de la de mis padres, ¡y el alquiler nos va a salir gratis!...*

«No sé, es que mi abuelo es muy mayor, y mis padres ya tienen sus años también, y pienso que si vivo a su lado todos estaremos más tranquilos...». «Ah...». Subí el volumen de la tele, que había dejado en silencio. De repente, el televisor derramó el estruendo de una risa colectiva y volví a bajar el volumen. En una pradera de un lugar que claramente no era Japón, un grupo

de personas de piel oscura, medio desnudas, estaban persiguiendo a un animal gigante. En sus caras y pechos tenían pintados unos dibujos blancos y amarillos, o puede que fuesen tatuajes. El animal parecía estar domesticado y llevaba enroscado en una pata algo parecido a una cuerda cuya punta ondeaba en el aire. De entre el grupo de gente apareció un comediante japonés con una falda de paja envuelta en su cuerpo grueso y blanquecino. Las personas de piel oscura llevaban unos pantalones cortos de algodón. «Vivir separados, ¿a quién se le ocurre? A lo mejor ha pensado que tengo un trabajo estable». «No lo sé... Creo que conoce tu situación». Los dedos de mi marido seguían moviéndose a toda velocidad. ¿Estaría escribiendo un email o buscando algo en internet? Hubo un tiempo en el que tenía curiosidad por saber lo que hacía, pero ya no me interesa tanto. Mientras no sea algo ilegal o flagrantemente sexual, no me molesto en intentar averiguar qué dice o escribe a amigos suyos que no conozco o que son miembros de algún grupo online.

«Por cierto, ¿ya has avisado en el trabajo de que te vas?». «Sí, hoy». «¿Intentaron retenerte?». «No, para nada». Sonreí con un poco de amargura. Sin soltar el móvil un segundo, mi marido inclinó la cabeza y dijo: «Después de haberse aprovechado tanto de ti, ¿eso es todo lo que te dan?». «Sí, eso es todo lo que me dan. Al fin y al cabo, las personas con contrato temporal solo somos tuercas. Pero si nos mudamos, allí no habrá más que trabajos temporales, ¿no? Este año cumpla treinta. La verdad es que me habría gustado tener un trabajo fijo, aunque fuese una vez en la vida». «Bueno, como no tendremos que pagar alquiler, el próximo trabajo lo puedes buscar con calma». «Sí, es verdad».

Al intentar atrapar al animal, el comediante tropezó y su cuerpo se llenó de barro. Mi marido apartó los ojos del teléfono un instante para mirar hacia el televisor. «Qué imbecilidad», dijo entre risas. Yo también me reí. La mudanza tendría lugar en dos semanas.

«¿En serio? ¿Vas a dejar el trabajo? ¿Por qué?». Cuando se lo conté a una compañera de planta en el baño, levantó las cejas y me miró boquiabierta. Se estaba limpiando la frente con papel absorbente facial. Era una temporal, como yo. «A mi marido lo destinan a otra oficina y nos vamos a mudar...». «¿Ah sí? ¿A dónde?». «Aquí, pero un poco más al norte. El trayecto al trabajo sería demasiado largo para mí. Ha sido algo repentino, pero...». «Anda, pues... ¡qué suerte! ¿O no debería decir que es una suerte?», dijo con un suspiro exagerado mientras tiraba el papel absorbente en la papelera del baño. La empresa estaba ahora en su época más activa y pese a ello, por alguna

razón, había habido varias bajas entre los empleados fijos (una baja por maternidad, otra por enfermedad, dos que se negaban a ir a trabajar), y eso nos estaba afectando a las temporales. Tanto ella como yo estábamos haciendo horas extra que no venían estipuladas en nuestros contratos, y pese a que nos estaban mandando hacer cosas que nunca habíamos hecho, como pedidos o servicios de atención al cliente, el sueldo base seguía siendo el mismo. La verdad es que estábamos mentalmente exhaustas. El único gesto generoso que tuvo la empresa fue un sobre con treinta mil yenes que nos entregaron el día en que los empleados fijos recibieron su paga extra de invierno. En el sobre se podían leer unas palabras impresas: «Obsequio apreciativo». Lo primero que hice fue averiguar el significado del término. Al parecer quería decir algo así como regalo humilde, modesto agradecimiento. Tenía entendido que la paga extra de los fijos equivalía a tres meses de sueldo, o tres y pico. Contando a la baja, serían seiscientos o setecientos mil yenes. Nuestro «obsequio apreciativo» correspondía a una veinteava parte de eso. Hundí el sobre con el dinero en el fondo de mi bolso. No me dieron ganas ni de gastarlo ni de ingresarlo en el banco. De hecho, todavía sigue ahí. De haber continuado trabajando como es debido a lo mejor me habría ganado el «obsequio apreciativo» del verano. Me pregunto si lo habrán subido a cincuenta mil yenes.

«Yo también lo quiero dejar, pero si lo dejo...». Mi compañera, tres años mayor que yo, era soltera y estaba deseando irse a vivir con la persona con la que se quería casar, pero el sueldo de él no era muy alto para ser un empleado fijo, y las cosas no les terminaban de cuadrar. No le gustaba disponer de tan poco tiempo como ahora, decía, pero lo prefería a la incertidumbre de estar en paro o de cambiar de trabajo. «Además, aunque cambiase de empresa nadie me garantiza un puesto fijo. Ahora trabajo a tiempo completo, y con las horas extra que me pagan a veces incluso gano más que él. No sé... La verdad, no creo que me vayan a mejorar las condiciones, por mucho que trabaje». Anteriormente había sido indefinida en una empresa grande, pero sufrió tal acoso psicológico por parte de su superior que tuvo que pedir ayuda profesional a un terapeuta. Un día optó por dejar su trabajo y así es como terminó aquí. «Pero la verdad es que a mí también me gustaría dejar de trabajar. ¡Me encantaría que ascendiesen a mi novio y lo trasladasen de la noche a la mañana a algún otro lugar! ¿Y tú qué vas a hacer? ¿Vas a buscarte algo allí?». «Sí, pero como es un pueblo no sé qué podré encontrar... En todo caso parece que mis suegros nos van a dejar vivir en una casa que tienen, y no nos van a cobrar alquiler, así que estaremos más tranquilos en lo que al dinero

se refiere». «Entonces... ¿vas a ser ama de casa? —Mi compañera abrió aún más los ojos—. ¡Es de ensueño!». «¿De ensueño? ¿Te parece de ensueño?». «Claro que me lo parece, que te mantengan y que puedas dedicarte a las cosas de la casa tranquilamente, a la jardinería, a hacer pan... me encantaría, ¡me encantaría!». Sacudió la cabeza de un lado a otro mientras tiraba ligeramente del chaleco del uniforme y se lo estiraba a la altura de la cadera. Acto seguido se llevó las manos a los ojos para examinarse las uñas. Una vez al mes se hacía la manicura y le dejaban las manos perfectas, pero ya habían pasado unas semanas y se le empezaba a notar la raíz de la uña. Ese tipo de esmalte no se quita con facilidad, lo tienen que disolver en el salón de belleza, pero ella tenía la manía, seguramente inconsciente, de intentar pelárselo con la otra mano. Sus uñas estaban pintadas de un violeta oscuro y sobre la punta había una pequeña piedra transparente. Aproximadamente dos tercios del esmalte habían desaparecido y eso le daba un aspecto punk. Ella me había contado que costaba seis mil yenes hacerse las dos manos y que había que pagar algo más por la piedra, pero que a ella le salía bastante más barato porque se lo hacía una amiga que trabajaba en uno de esos sitios. Yo me las pinto a veces, pero como no sé quitarme las cutículas no me quedan muy bien. Y sobre todo no tengo interés en pagar miles de yenes por ponerme una piedrecita en las uñas.

«A mí también me gustaría ser ama de casa al menos una vez en la vida... Un momento, ¿no estarás embarazada?». Negué con la cabeza. En el trabajo solo tenía confianza con ella, y no era porque no conectase bien con los que eran fijos, sino porque soy muy tímida. Aun así, nunca sentí la necesidad de confiarle mis cosas más íntimas, pero por alguna razón ella sí me contaba con pelos y señales sus angustias y preocupaciones. Que si llegaría el momento en que se le pasaría la edad de tener hijos si seguía con esta inestabilidad laboral..., que eso era algo que no podía dejar que ocurriese de ninguna manera..., pero entonces qué podría hacer ella ahora... Eso era lo que más la inquietaba. Tuve la sensación de que no bastaba con negar con la cabeza, así que añadí: «Para nada, no es nada de eso». Se lavó las manos y se secó las piedrecitas de las uñas como si las estuviese puliendo. Debían de estar tan bien pegadas que, aunque el esmalte se estuviese pelando, las piedras continuaban aferrándose a las uñas hasta el final. «Ah, bueno. Pero a lo mejor cuando lo dejes y empieces a tener tiempo te quedas embarazada enseguida. Me lo cuentas si pasa, ¿eh? Prométeme que me lo vas a contar. Aunque estés lejos iré a verte seguro».

Se debía de pensar que yo quería tener un hijo, que lo deseaba tanto como ella y que yo era una pobre mujer que después de llevar varios años casada no lograba quedarse embarazada. Nunca encontré el momento para contradecir su opinión y simplemente me dejé llevar por su discurso, pero la realidad es que no tengo ese instinto maternal. No es que me niegue por completo; pienso que, si ocurre, bien, y si no, también. «Ahora hablando en serio, si vas a dar a luz es mucho mejor que estés trabajando a que seas ama de casa. Te pagan la baja por maternidad. No sé si es el Gobierno provincial o el Ayuntamiento, pero al parecer te dan una ayuda económica». «¿Ah sí?». «Sí, aunque no sé si será igual para las mujeres con un contrato temporal». Mientras decía esto se frotó el extremo de la ceja que se reflejaba en el espejo. Iba muy poco maquillada para ser una persona que se gastaba dinero en manicuras. Quizá fuese porque su cara era llamativa de por sí, con doble párpado y oscurecida por la sombra de sus pestañas largas y sin rizar. El maquillaje resaltaría demasiado sus rasgos. Tenía una tez bonita, pero el lunar de su sien, grande e hinchado, ocupaba un lugar prominente, y cuando se reía, se le podían ver todos sus dientes de plata. «Al fin y al cabo, lo mejor para un matrimonio es que los dos tengan contrato indefinido. Es mejor, personal y socialmente». «Entonces, si te ofreciesen hacerte fija, ¿aceptarías?». «¡Claro que aceptaría!», exclamó con vehemencia. Al mediodía las contratadas salían a comer. Por el contrario, las temporales comíamos sin levantarnos de la silla. Era una regla tácita. Si una empleada fija comía en su mesa de trabajo era porque o bien tenía mucho que hacer, o había tenido algún problema con su grupo habitual de amigas. No es que nos evitásemos, algunas incluso me caían bien, simplemente veníamos de lugares muy distintos. Seiscientos o setecientos mil yenes contra treinta mil. Era imposible que nos entiésemos. Quedaban todavía unos quince minutos hasta que empezasen a llegar al baño para lavarse los dientes después de haber estado fuera comiendo y hablando. Era poco probable que entrasen ahora y nos encontrasen aquí.

«¡Es que hacemos lo mismo que las fijas y lo que nos dan a nosotras es un sobrecito para quedarse con la conciencia tranquila! —dijo enfadada—. ¡Cómo no voy a querer la paga extra! Viajaré lo que haya que viajar, iré a las reuniones que haga falta a la hora de comer, no me importa. Porque no es justo. A nosotras no nos dan ni bajas maternales. Imagínate que, si por algún casual, solo por un casual, me quedo embarazada. Me harían trabajar casi hasta salir de cuentas, luego me despedirían, y me volverían a llamar al cabo de un año o de no sé cuánto tiempo, pero solo si hay algún puesto libre que

sea similar, y aun así, sería a tiempo parcial. Y tienen derecho a no llamarte si no tienen nada que ofrecerte. En cambio, si tienes contrato, te dan un año de baja maternal automáticamente y luego puedes optar a tres años de jornada reducida, y mientras tanto sigues cobrando, y aunque no sean íntegras, te dan pagas extra, y luego las Fuerzas de Autodefensa te dan no sé qué otro subsidio aparte. ¿No somos nosotras personas también? Pues claro que quiero que me contraten. ¿No me digas que a ti no te gustaría?». «No es que no quiera. Simplemente no me gustaría estar más ocupada de lo que estoy ahora...». «Oye, ¿cuánto te dieron el mes pasado por las horas extra?». Se dio la vuelta para mirarme. De sus dientes recién cepillados salió un olor a menta de una marca distinta a la mía. «Unas decenas de miles de yenes, no mucho». «Yo, entre sesenta mil y setenta mil». «Sí, algo así fue». Aunque en vez de pagas extraordinarias nos diesen únicamente un sobrecito de consuelo, al menos nos ingresaban todas las horas extra que reclamábamos. Las reclamaciones se hacían por unidades de media hora y cada minuto que sobrepasaba la unidad y que no llegaba a la siguiente era tiempo regalado a la empresa, pero supongo que eso era algo inevitable. La cuestión, en realidad, era que ver mi sueldo aumentar temporalmente no me hacía particular ilusión. El salario base seguía siendo el mismo. «Si lo comparas con el sueldo base es mucha cantidad, ¿no? Es 1,5 veces más que cuando no trabajamos horas extra. Pero claro, también estamos echándole más tiempo. Nos tratan como a esclavas, ¡como a esclavas! Encima que somos temporales». «Pero al menos nos están pagando las horas extra. Deberíamos darnos con un canto en los dientes». «También es verdad. A mi novio, por ejemplo, no se las pagan. Las consideran parte de sus obligaciones. Todo el mundo dice que es así. Por eso sé que no sirve de nada estar siempre quejándose del trabajo... Por cierto, por culpa de esas horas extra llevamos toda la semana cenando comida precocinada del supermercado para cenar. Me da que él va a perder la paciencia en cualquier momento. ¿Cómo lo haces tú?». «Me las arreglo... Ahora llevamos cuatro días comiendo curry. Lo que hago es preparar cazuelas grandes de sopa de miso con cerdo, o estofado, u *oden*,^[2] y comemos eso todos los días». «Y bastante con que cocinas. ¡Con lo que me gustaría llegar a casa y que esté la comida hecha! ¿Tu marido hace la comida cuando llega a casa antes que tú?». «No... Bueno, si se lo pidiese yo creo que lo haría una o dos veces, pero no sé...». Callé un instante para encontrar las palabras adecuadas. En ese momento ella se giró bruscamente hacia el espejo y exclamó con rencor hacia su propio reflejo: «Claro, es que no es como si se lo pudiésemos pedir. ¡Te entiendo perfectamente! Yo tampoco puedo decírselo, aunque me gustaría. Me gustaría

decirle que cocine. Decirle: “Oye, podrías hacer la comida, aunque sea solo cuando sales de trabajar antes que yo, ¿no?”. Pero no podemos, ¿verdad? ¿Por qué será? ¿Podría hablarle de igual a igual si yo también tuviese un contrato fijo?».

De reojo miré mi reloj de pulsera. Aunque el descanso de la hora de comer era para mí sagrado, en ese momento me entraron ganas de volver a mi mesa. Total, me tocaría hacer horas extra igualmente. Y las tendría que hacer incluso en mi último día también. «Y cuando tú te vayas, ¿quién va a hacer tu trabajo?». Alcé la cabeza y la miré a los ojos, a través del espejo. Ella empujó la mano derecha hacia delante y examinó las piedras de sus uñas. «Ya me toca ir a hacerme la manicura. A lo mejor con lo que me han pagado de horas extra me puedo poner más piedrecitas», susurró. Las salpicaduras blancas que habían volado hasta el espejo ya se habían secado, dejando también manchas en el reflejo de su ropa, por debajo del pecho.

Cayó un aguacero el día en que nos mudamos. Fue una excepción en medio de una temporada de lluvias demasiado seca que amenazaba con provocar una sequía. Aquel domingo llovió durante todo el día, tanto que en algunas regiones incluso se produjeron inundaciones y hubo quienes tuvieron que evacuar. El personal de la mudanza llegó a primera hora de la mañana y nos miró con pena, pero lo que me dio pena a mí fue verlos a ellos cargar muebles enormes bajo la lluvia. Una vez que nuestras pertenencias estuvieron metidas en el camión, mi marido y yo nos subimos al coche. Él puso música, pero todo era jazz o algo del estilo y me quedé dormida. Cuando me desperté ya estábamos frente a la casa de mis suegros. Mi suegra nos esperaba de pie en la entrada, bajo el alero del tejado. La lluvia golpeaba la tierra con fuerza y el cielo estaba tan oscuro como antes del amanecer.

Los de la mudanza se bajaron del camión y se llevaron la mano al gorro para saludar a mi suegra mientras nos preguntaban algo, pero antes de que pudiésemos responder mi suegra le dijo a mi marido: «El dormitorio va a estar arriba, ¿no?». Llevaba una camisa de algodón y unos vaqueros remangados. Sus brazos estaban regordetes como los de un bebé. «¿Cómo dices?». «Anda, pero si Asa está dormida». «¿Qué?». Me incorporé rápidamente y me froté los ojos. Una pestaña se me quedó atrapada en la uña. «Sí, perdona, he hecho al pobre Muneaki conducir todo el trayecto». «No pasa nada, seguramente estarías cansada por la mudanza. Las mujeres nos cansamos más, es cosa sabida. Aunque hagamos lo mismo, ¿sabes? Oye, Muneaki, entonces vuestro dormitorio va a estar en el piso de arriba,

¿verdad?». «Sí, ¿por?». «El otro día por teléfono te comenté lo de las cortinas, ¿te acuerdas? Las que se dejaron los inquilinos anteriores. Pues es que las he lavado y ahora mismo la habitación de arriba está sin cortinas. Es que no pensé que se pondría a llover así. No van a estar secas para esta noche. ¿Por qué no dormís en casa, solo por hoy? O, si no, puedo ir a la lavandería y secarlas ahí en un momento. Hay una aquí cerca, en coche está al lado». «No pasa nada por que no tengamos cortinas». Alguien de la mudanza se acercó a mí. «Disculpe... ¿la señora es...?», susurró. «Es la madre de mi marido, la dueña de esta casa». «Ah claro, entiendo, la madre», dijo, y se rio de una manera casi imperceptible. Llegó un olor ligero a lluvia y a sudor de hombre joven. Quizá su ropa fuese de un tejido absorbente, porque estaba completamente seca a pesar de que su pelo caía empapado en sudor, por debajo de la gorra.

Mi suegra se encargó de dirigir a los chicos de la mudanza. «Mirad, os he dejado puesta una alfombrilla en la entrada, que hoy llueve mucho. ¿Sois estudiantes? Siento que os haya tocado un día tan malo». Uno de ellos se quitó los zapatos, dejó asomar unos calcetines blancos y entró en la casa con unas láminas protectoras para suelo y pared en sus brazos. Mi suegra les dio unas indicaciones rápidas. «Aquí está el trastero; la cocina está justo al lado, pero mirando hacia allá. El oeste queda para allá, por eso a veces entra demasiado sol en esa habitación... Por cierto, no sabía si ibais a necesitarlas o no, pero compré unas láminas antisísmicas, ¿tenéis? De esas que se ponen debajo de los muebles. ¿Las queréis?». Los chicos de la mudanza miraron a mi marido y él me miró a mí. «Eh... muchas gracias. No, no tenemos de eso». Mi suegra tenía preparadas muchas otras cosas: una nevera portátil con té frío y Pocari Sweat,^[3] varias toallas, unos paños mojados metidos en bolsas de plástico, una bolsa de papel con cinta de embalaje y un metro. De esa bolsa mi suegra sacó un paquete azul con letras impresas que decían: «Don Agarre, antisísmico», y se lo entregó a uno de los chicos de la mudanza. «Ah, pues si no te importa, cuando coloques cosas pesadas como el frigorífico o el aparador, por favor extiende esto por debajo». «De acuerdo». «A ver... ¿cuántos harán falta? Compré siete por si acaso. ¿Hay alguna estantería?». «No creo...». «Entonces el frigorífico, el aparador... ¿y algún armario?». «Sí, hay un armario». «¿Dónde va el armario, en el trastero? ¿O arriba?». Sonó el teléfono móvil de mi marido. «Perdón, pero tengo que responder a esta llamada». Mi marido subió las escaleras hasta el piso de arriba con el teléfono en la mano. Mi suegra me miró y se encogió de hombros. Habrá quien piense que todavía está en su cuarentena: sus mejillas, sin maquillar, brillan

coloradas y juveniles. Mi madre es unos diez años más joven que ella, pero puede que se la vea más vieja y ajada. Y tengo la impresión de que esa es la diferencia entre las mujeres que dejaron de trabajar después del parto y las que continuaron. Oí a mi marido reírse en la planta de arriba. «Ay, ese hijo mío, que enseguida se desentiende», dijo mi suegra secándose el sudor que flotaba sobre su frente. «No se puede contar con él. El armario a la planta de arriba, por favor».

Los chicos de la mudanza cubrieron la entrada, el suelo y las esquinas de las escaleras con láminas protectoras. Mi suegra sacó unas pantuflas de la bolsa de papel. «Toma Asa, pónelas. Aunque limpié toda la casa, se ha llenado de polvo otra vez. Pero que sepas que, aparte de contratar un servicio de limpieza profesional, he puesto dentro de las habitaciones un tratamiento contra bacterias, moho y ácaros». El interior de la casa exudaba un olor a cloro y vinagre. «Muchas gracias». «Los inquilinos anteriores la mantuvieron bastante bien, así que no me costó mucho limpiarla, y eso que tenían niños pequeños. Los Kato. La mujer era muy buena persona y muy cuidadosa. ¿Ves que los niños van poniendo pegatinas por todas partes? A mí me preocupaba el estado del suelo y de las paredes, pero mira, están relucientes». «¿Y Abuelo no está hoy?». «Sí, estaba viendo la tele hasta hace un rato, pero se habrá quedado dormido. Durante el día se suele quedar dormido con la tele puesta». «¿Ah sí? ¿Y Padre?». «Hoy también pasa la noche fuera con su club de golf. ¿Ves que no está su Mazda Atenza fuera aparcado? Pero con esta lluvia... ¡Pobre!». En casa de mis suegros hay dos coches, uno azul marino, compacto, y otro plateado, más bien grande. Creo que el plateado es de mi suegro y el azul, de ella. A él lo he visto pocas veces. En la pedida de mano, en la boda... Y luego, durante nuestras visitas por Obon él debía estar ahí, pero apenas tengo recuerdos de él, tal vez porque quien hablaba todo el tiempo era mi suegra. Aunque estaba jubilado, seguía trabajando en algo. La abuela había fallecido cuando mi marido era pequeño. Uno de los chicos de la mudanza vino corriendo hacia mí. «Oiga, señora, disculpe». «¡Sí!», respondió mi suegra. «¿Qué hacemos con el microondas? ¿Dónde quiere que lo enchufemos, al lado del frigorífico? También está la arrocera eléctrica. Díganos por favor cómo lo quiere». «Sí, ahora voy». Fue ella, y no yo, la que salió corriendo hacia la cocina. Mi marido reía exageradamente en la planta de arriba. «Una lluvia tremenda. Sí, es la historia de mi vida. Es probablemente una de las mudanzas más grandes que haré nunca y justo hay alerta de lluvias torrenciales e inundaciones, es la historia de mi vida. Ja, ja, ja». A mí me dejaron olvidada en la entrada de la casa, con la puerta abierta.

La lluvia no se filtraba dentro gracias al alero, pero batía formando corrientes de aire húmedo que se entremezclaban con el olor a cloro y vinagre del interior. Uno de los jóvenes de la mudanza fijó el sujetapuertas. Las pantuflas que me dio mi suegra tenían bordada la cara de un perro, dándoles un aspecto extrañamente tridimensional. Eran muy blanditas por dentro, parecían nuevas, ¿las habría comprado solo para mí? Esperaba que, una vez terminada la mudanza, se las volviese a llevar a su casa. «¡Asa! ¡Ven un momento!». Al oír la voz de mi suegra deslicé rápidamente la cara del perro con su lengua rosa colgando y di pasos rápidos hacia la cocina haciendo sonar el suelo. Las pantuflas estaban hechas de tal manera que las orejas caídas del perro ondeaban al ritmo de mis pies. Vi la tarima flotante del salón, ahora cubierta de plástico; la cocina, que era claramente la más grande que había tenido nunca, un ventanal, y al fondo, un jardín pequeño de unos dos o tres metros de largo donde no había nada plantado. Se habían formado unos cuantos charcos. También había varios agujeros profundos que parecían haber sido excavados por alguien. A lo mejor habían arrancado algunos árboles, o puede que se tratase de alguna travesura de los niños que habían vivido ahí antes. Más al fondo estaba la casa de mis suegros. Vi unos cuantos árboles en su jardín recibiendo el golpe de la lluvia y me pareció percibir la silueta de una persona, pero cuando intenté enfocar la vista se volvió borrosa y se esfumó. «¿Querías algo?». «No te preocupes, ya lo he resuelto. Hemos colocado el frigorífico ahí, y aquí el aparador, y mira, ya están puestas las láminas antisísmicas». El hombre de la mudanza me miró sin ninguna expresividad en su rostro. Yo me esforcé por mostrar una gran sonrisa. «¡Qué bien!», respondí.

La lluvia no amainó hasta que nos fuimos a dormir, pero cuando abrí los ojos a la mañana siguiente pude ver un cielo blanco y seco a través de la ventana en la que mi suegra había colgado varias toallas recién estrenadas en lugar de cortinas. Me había despertado antes de lo habitual, pero el sol ya inundaba la habitación. Por un momento tuve la sensación de que me había mudado a un lugar muy lejano en el que el ritmo del día y de las cuatro estaciones era totalmente distinto, como si me hubiese trasladado a Escandinavia con sus noches blancas o a alguna isla de verano sempiterno. Pero aquello seguía siendo Japón y ni siquiera habíamos cambiado de provincia, solo nos habíamos acercado un poquito a la montaña. Era una aldea en medio de la nada, con muy pocas viviendas. Ni siquiera me sabía el código postal. Me sorprendió la cantidad de luz que había a estas horas, como si fuese mediodía. Me levanté algo incrédula y vi que mi marido dormía

profundamente a mi lado. Al abrir la ventana entró el canto de las cigarras. Miré el reloj y no eran ni las seis. ¿Cigarras? Era el primer canto de la gran cigarra marrón que oía esa temporada. Ese día anunciaron que el verano había arrancado oficialmente, y la estación de lluvias se dio por concluida mucho antes de lo previsto.

A poca distancia de la casa, paseando, se llegaba a un río grande. Aunque estábamos lejos del mar —se suponía que nos encontrábamos cerca del nacimiento del río—, el caudal era ancho y en algunos tramos el agua se volvía fangosa. Pensé que al estar cerca del río el clima sería más fresco, pero resultó no ser así. Pese a ello la presencia del caudal se hacía notar a través de otras señales que flotaban en el aire, como el calor casi vaporoso que manaba de la hierba y un cierto olor a agua estancada. Frente al río estaba el monte, casi completamente cubierto de casas grises hasta media altura. Comparada con otras urbanizaciones, esta parecía nueva. Todavía se veían terrenos en venta, y aquí y allí había banderines que decían, en letras impresas: «Jardín Misono. Una ciudad nueva en la naturaleza». Ahora que mi marido estaba utilizando el coche para ir a trabajar, mi único modo de transporte eran mis pies o el autobús, pero, salvo en hora punta, los autobuses pasaban una vez cada sesenta minutos, y en todo caso el trayecto hasta la estación de tren era de casi cuarenta. Y como no tenía especial interés en ir de compras a la ciudad o quedar con alguna amiga a comer, empecé a pasar cada vez más tiempo en casa.

Si salía era para ir al supermercado; eso sí, evitando las horas de más calor. No sé si era porque había muchos ancianos en la zona o porque era verano, pero el supermercado más próximo abría a las siete de la mañana. Adopté la costumbre de ir a primera hora dando un paseo, después de haber salido a despedir a mi marido y haber desayunado. A juzgar por el tamaño del aparcamiento, casi todo el mundo debía ir en coche. El supermercado estaba vacío a esas horas, pero se llenaba considerablemente a partir de las nueve o las diez, cuando muchos matrimonios de mediana edad llegaban, hacían la compra y salían al parquin con bolsas enormes en ambas manos o empujando un carrito, y demasiado cargados para atravesarlo, esperaban a que el marido o alguna otra persona acercase el coche hasta la entrada, lo cual causaba un atasco. El fin de semana, con todas las ofertas especiales que había, era todavía peor. Todas las plazas se llenaban al completo, e incluso se formaba en la carretera una cola de vehículos esperando para poder aparcar. A las siete de la mañana todavía no estaban expuestos los productos destacados, y a

veces ni siquiera habían traído la carne y el pescado, pero lo prefería mil veces a andar deambulando entre aquella masa de gente para luego volver a casa cargando con las bolsas bajo el sol. Una vez hecha la compra me quedaba en casa durante el resto del día. No había ninguna biblioteca ni ningún centro comercial en el que pudiese entretenerme, aunque fuese paseando, ni ninguna librería grande a una distancia razonable para ir caminando. Cuando terminé de colocar las cosas de la mudanza me sentí como si me hubiesen concedido unas vacaciones de verano sin planes ni obligaciones. Había empezado a buscar trabajo, pero como no disponía de coche me limité a buscar en el vecindario, ojeando las ofertas de las revistas de empleo y los anuncios pegados en la entrada de tiendas y supermercados. En todo caso, era improbable que me surgiese algo a corto plazo. Me levantaba antes de las seis, preparaba la comida que mi marido se iba a llevar al trabajo, le servía el desayuno, lo despedía, desayunaba yo, iba a la compra, luego limpiaba o ponía una lavadora... y ya no tenía nada más que hacer. ¿A esta vida se refería ella como «de ensueño»? Me pareció mentira que hasta entonces me hubiese pasado el día trabajando, desde por la mañana hasta por la noche. Apenas unos días antes había estado cumpliendo un horario de sol a sol para poder vivir, y ahora me encontraba con que a mediodía ya había terminado todos los quehaceres, y eso significaba que hasta que me pusiese a preparar la cena por la tarde podía estar sin hacer nada, con la mente en blanco. ¿Era posible que una misma persona pudiese pasar de una vida a otra tan radicalmente distinta así, sin más? ¿Seguía siendo yo la misma? Pensé que a la semana ya estaría harta, pero lo cierto es que me cansé en un día. Sin embargo, también es posible acostumbrarse al hartazgo. Se volvió parte de mi normalidad. Podía ver la tele, abrir el ordenador, leer un libro, cocinar platos elaborados o hacer tartas como cuando era soltera, pero cada una de esas cosas requería un consumo eléctrico y de gas inútil y un determinado gasto en libros. Todo eso costaba dinero. Decía el dicho que las amas de casa gozaban de tres comidas y una siesta gratis, pero en realidad la siesta era la forma más económica y eficiente de pasar el rato. Aunque el tiempo transcurría despacio, los días y las semanas se pasaban extrañamente rápido. Descubrí que el tiempo, cuando no se rellenaba a cada momento con planes, fechas de entrega, reuniones y días de paga, era incapaz de mantener su velocidad, se deslizaba y caía.

Abrí la ventana y oí a las cigarras cantar. No sé si era porque estaba en el campo y había muchos árboles o por la influencia del clima de ese año, pero nunca las había oído con tanta intensidad. Era como si me hubiese tragado

una y estuviese estridulando desde el interior de mi cuerpo. A la estridencia del sonido me acostumbraba enseguida, pero en cuanto advertía un cambio de ritmo y volvía mi atención sobre ellas sentía que su canto se adhería a mi piel y me asfixiaba. No era cuestión de cerrar la ventana, me habría cocido viva. Para no sentirme culpable por estar desocupada había decidido no poner el aire acondicionado. Dormir la siesta bajo una brisa fresca y agradable mientras mi marido sudaba la gota gorda en el trabajo me parecía una falta de respeto.

Estaba dormitando en el sofá cuando recibí la llamada de un número desconocido. Me incorporé enseguida con ciertas expectativas, pero era solo mi suegra. «Hola Asa, perdona, ¿puedes hablar ahora?». «Sí», respondí. Habló con un tono de voz extrañamente más bajo y tenso que el habitual. «Lo siento, de verdad que lo siento, pero me he hecho un lío con las fechas, bueno, no es que me haya hecho un lío, es que se me ha olvidado completamente, pero hay un dinero que tengo que pagar hoy sin falta, lo tenía todo listo, pero me lo he dejado en casa». «Sí...». «Tenía el dinero y el impreso del pago metidos en un sobre pero se me ha olvidado traerlo. Aunque lo llevase a pagar hoy después del trabajo no llegaría a tiempo, tiene que ser antes de las cinco o las seis de la tarde. He pensado en salir pronto hoy y hacerlo, pero en caso de que tú no estuvieses ocupada, quizá... ¿sería demasiada molestia pedirte? Por favor dime si tendrías algún inconveniente en ir hoy». Me chocó que se dirigiese a mí de una manera tan formal. Supuse que alguien estaba escuchando cerca de ella, pero no pude distinguir ningún sonido detrás de su voz. Era la hora de comer de un día laborable, mi suegra tenía que estar en el trabajo. Me extrañó no oír ningún ruido de fondo. Debía de ser un lugar fresco y confortable. Yo me había quedado dormida después de un buen rato andando por el salón de la casa con el ventilador al mínimo, sentándome y levantándome del sofá, moviéndome de un lado a otro, abriendo las cortinas para hacer corriente, volviendo a cerrarlas porque la luz era demasiado cegadora. Un presagio de jaqueca rozó mis sienes en consonancia con el canto de las cigarras. Oí una especie de chillidos infantiles procedentes de las casas del vecindario. Como estábamos a principios de julio y todavía no habían empezado las vacaciones escolares supuse que sería algún niño en edad preescolar, pero el grito me resultó demasiado nítido y potente para alguien tan pequeño. Yo respondí en un tono inusualmente agudo: «No tengo ningún inconveniente». El día anterior, por primera vez en mucho tiempo, había cogido el tren para ir al dentista para que terminasen de arreglarme una muela. Ahora ya no tenía caries. Ahora ya no tenía nada que hacer durante el

resto del día. Tenía tiempo libre por la mañana, al mediodía, por la noche, el fin de semana, entre semana. Mi suegra tomó aire y dijo exhalando: «¿Sí? Entonces si no te importa, en mi casa, en la entrada, encima del mueble de los zapatos, o en la mesa de la cocina, o puede que en la mesita baja en el cuarto del altar, en alguno de esos sitios hay un sobre, y dentro tiene que estar el dinero y la solicitud de pago. ¿Serías tan amable de ir al *konbini*^[4] a pagarlo?». «¿Se puede hacer en el *konbini*?». «Sí, está más cerca que el cajero del banco. Es un Seven-Eleven pequeño, ¿sabes dónde está? Junto al río...». «Sí, sé dónde está». «¿No te importa? ¿Seguro que no te importa? Siento tener que pedírtelo, es que se me pasó completamente, esta mañana andaba un poco ajetreada, y no se lo puedo pedir al abuelo, además hace mucho calor para él. Perdona las molestias, entonces no te importa, ¿no? Ten cuidado con el calor tú también, con lo que te sobre cómprate un helado o algo, pero no te lo tomes mientras caminas, cómetelo primero y luego te vas a casa, que si no ya sabes lo que pasa». Sus últimas palabras sonaron como si hubiesen salido de la boca de una extranjera.

Al colgar, el móvil me preguntó si quería guardar ese número entre mis contactos. Era un fijo, por lo que debía de ser del trabajo. Yo no tenía ni ese número ni el suyo personal. Me pregunté por qué ella tendría el mío, ¿se lo habría pedido a mi marido? ¿Por qué no me habría llamado al teléfono fijo? Me pareció que no estaba de más tener su contacto, así que le di a guardar y puse «Suegra trabajo». No sabía cómo se llamaba su empresa ni a qué se dedicaba ella.

Después de colgar me dirigí a su casa. El calor era sofocante. No había nada de brisa y el aire no se movía ni un ápice. El abuelo estaba regando el jardín con un sombrero de paja grande en la cabeza y una manguera azul que brillaba en sus manos, y al verme atravesar la verja sonrió y levantó una mano. Durante el día era el único ocupante de la casa. Tenía alrededor de noventa años, o quizá más, muy mayor en todo caso, pero tenía buen aspecto. «Hola». Al saludarle, elevó todavía más la mano y enseñó su dentadura. Sus dientes frontales alargados y los empastes plateados que tenía en los caninos refulgieron al sol. «¡Qué calor hace hoy!». No sabía por qué se había puesto a regar en las horas de más calor. Mi suegra me había dicho que él se pasaba el día viendo la tele, pero eso debía ser solo los fines de semana, cuando ella estaba en casa. Entre semana parecía pasar el rato así, regando. El jardín tenía un pino cerca de la verja, un árbol de Júpiter junto a la entrada de la casa y otros que no sabría identificar, y del suelo crecían muchos tipos de plantas. Algunas estaban en flor, otras parecían marchitas. En las macetas de plástico

había una mata tupida de hierbas resplandeciendo al sol. Eran de un verde oscuro similar a la albahaca, tan oscuro que resultaba difícil creer que fuesen comestibles, y si lo eran, seguramente los dientes se teñirían de ese color al morderlas. «Voy a entrar un momento en la casa, la suegra me ha pedido un favor». El abuelo siguió sonriendo con los dientes para fuera y no dijo una sola palabra. Estaba bien de salud, pero bastante sordo. Abrí la puerta sin dejar de sonreírle ni un momento.

Dejando atrás el chirrido de la puerta me introduje en el vestíbulo. El suelo parecía más amplio sin los calzados habituales y estaba ahora totalmente oscurecido por el contraste con la luz del exterior. No vi ningún sobre encima del mueble de los zapatos. Me descalcé y me adentré en la casa. Tampoco estaba encima de la mesa de comer, donde mi suegra había dejado todo limpio y ordenado, con la comida del abuelo ya preparada: una rebanada gruesa de pan con una loncha de queso encima, algo envuelto en film transparente, un termo, y un táper con cuatro rodajas de manzana sin pelar. De la pared del fregadero colgaban varias cosas por orden de tamaño, y sobre los hornillos había unas cazuelas y sartenes lavadas y secadas. Abrí el *fusuma*^[5] y entré en la sala del altar. La luz bañaba el cuarto a través de los *shoji*,^[6] y sobre la pequeña mesa baja vi un sobre marrón. Lo abrí con alivio y dentro hallé el impreso del pago y una factura. Cogí el sobre, me arrodillé y junté mis manos ante el altar para rendir mis respetos, aunque fuese una mera formalidad. Olía a melocotón. El altar tenía las puertecitas abiertas y vi que dentro había tres melocotones hermosos y maduros. Unos cuantos retratos de personas fallecidas decoraban lo alto de la pared. El más reciente era una fotografía a color de la abuela. El resto eran imágenes en blanco y negro de gente muy anciana. Había visto el retrato de la abuela cuando visité a mis suegros justo antes de casarme, o recién casada, no lo recuerdo bien. Me había sentado frente al altar a rendir mis respetos, y al alzar la vista vi la fotografía y me sorprendió el parecido casi idéntico con mi suegra. En aquella ocasión se lo comenté. «¿Qué? ¿A quién se parece?». Mi suegra volvió su mirada hacia los retratos en la pared. Yo no supe cómo dirigirme a la mujer que tenía delante y me limité a juntar los dedos y señalar hacia ella. «¿Qué? ¿A mí?». Según asentí, ella abrió los ojos con sorpresa y soltó una carcajada. «Ay Asa, qué ocurrencias tienes. Esa mujer y yo no estamos emparentadas, yo soy la nuera aquí». «Ah». Me tapé la mano con la boca. «Ahora que lo dices es verdad... perdona». Pero cuanto más las miraba más veía el parecido entre ellas, los mismos carrillos y las mismas arrugas en las comisuras de los labios. Realmente no podía decir que fuesen idénticas en esto o lo otro, pero

era precisamente ese parecido indefinido lo que les daba un aire de consanguinidad. «Qué gracia», dijo mientras terminaba de reírse, secándose una lágrima en el rabillo del ojo. «Me ha hecho mucha gracia». «Perdona». «No tienes que disculparte, todo lo contrario, me honra. Debió ser muy guapa de joven. Su piel no perdió el brillo ni cuando la metimos en el ataúd. Parecía que seguía viva, y ¿sabes qué? Por lo visto la nombraron “Miss no sé qué” en su pueblo, antes de la guerra». Mi suegra se encogió de hombros y volvió a reírse a carcajadas. Su risa realmente sonaba a la palabra carcajada. De nuevo me fijé en el retrato. La foto colgaba de la pared con cierta inclinación hacia delante y tuve la sensación de que aquella mujer de mediana edad envuelta en un kimono negro me oteaba alzando el mentón con cierto desdén. La calidad de la imagen era mala, como si hubiese sido ampliada a partir de otra más pequeña. Por mucho que la mirase no dejaba de ver el parecido con mi suegra. Me levanté y salí de la casa con el sobre en la mano.

Al verme marchar, el abuelo repitió los mismos gestos que antes: alzó el brazo y sonrió enseñando los dientes. «Me ha pedido que vaya a pagar esto, así que me lo llevo conmigo, ¿de acuerdo?». El abuelo no reaccionó. Yo todavía no sabía a qué volumen tenía que hablarle para que me oyese. Cuando mi suegra le hablaba él asentía y respondía, así que no debía estar completamente sordo, y por lo que había podido ver, tampoco es que ella le hablase a gritos. Seguramente tenía truco y había que hacerlo con el timbre o la entonación adecuados. El abuelo me miró durante un buen rato, luego desvió su mirada y se puso a regar otra vez.

Regresé a casa, cerré las ventanas, metí la cartera y el sobre en mi bolso, me puse un sombrero y salí a la calle. Fuera no había ser vivo que se moviese. Los árboles del jardín estaban quietos y las ventanas de las casas estaban cerradas a cal y canto. No había ni una sola persona caminando por la calle, ni un perro, ni un gato, ni un gorrión ni un cuervo volando. Los ojos me ardieron bajo el sol. Solo oía el canto de las cigarras y el sonido de la manguera del abuelo, pero después de un rato caminando ya ni siquiera pude oír el ruido del agua. Las cigarras marrones, las otras que cantaban un poco distinto y el vapor ardiente del asfalto que atravesaba las suelas finas de mis deportivas me impregnaron entera, llenando incluso el espacio entre mis dedos.

Aunque sabía dónde estaba el *konbini*, no había ido nunca. El supermercado me quedaba mucho más cerca y además nunca había sentido la necesidad de comprar algo que solo pudiese conseguir ahí. Hacía tiempo que no compraba revistas ni hacía fotocopias. El camino es un tramo pedestre a orillas del río,

que sin duda debe suponer un paseo estupendo si el tiempo acompaña. Un cartel informa de que en invierno el lugar acoge a aves migratorias y recomienda su observación. Pero ahora era verano. En verano, por muy fresco que parezca un lugar, es siempre una tortura caminar por un sendero asfaltado en medio del campo. El calor ese día era insoportable. No soplaba nada de viento y el canto de las cigarras no hacía más que aumentar la viscosidad del aire. El río quedaba a mano derecha, y a mano izquierda se sucedía una hilera de casas particulares, todas con un jardín de un verde oscuro reluciente y unas «cortinas vegetales» de melón amargo y otras enredaderas cubriendo los grandes ventanales. Detrás de las trepadoras frondosas no parecía asomar ni un alma. No se oía ni un televisor encendido ni ningún otro ruido propio de la vida doméstica. Ni voces de niños. Las orillas del río estaban cubiertas de matojos tan tupidos que, cuando se oteaba desde el sendero, había zonas en las que apenas se llegaba a ver la superficie del agua. Avisté entre los matojos una especie de garza blanca posada en el río. No debía ser migratoria dada la temporada del año. Pasto plateado chino, *kuzu* y otras hierbas que me resultaban familiares pero cuyo nombre no recordaba crecían en abundancia, rebasándose unas a otras. La superficie del río cambiaba de aspecto según la zona, a veces azulada y turbia, otras veces verde y estancada, otras completamente negra bajo el reflejo blanco de la luz. La hierba seca olía a fibra quemada. En medio del sendero había una caca de perro negra, mojada y brillante, y sobre ella dos moscas plateadas. Dando por hecho que aquello era su alimento, me pregunté cómo sería comer con la cabeza, las manos y las patas hundidas en excremento. Las moscas no se movieron, hasta tal punto que parecían muertas. ¿Cómo sería morir empapado en comida? Bajé la cabeza y avancé prestando atención a lo que tenía a mis pies. En el suelo había unos fideos instantáneos a medio comer, pañuelos de papel, un guante de algodón, un trozo roto de incienso antimosquitos. El canto de las cigarras se mezclaba con cada bocanada de aire que inhalaba y exhalaba. ¿Cuántas serían? ¿Qué distancia recorría el canto de cada una? Había algunos cascarones de cigarra caídos en el suelo, pero no vi ninguna muerta. Con todas las que estaban cantando y con lo poco que vivían me resultó extraño que el camino no estuviese lleno de sus cadáveres. Un saltamontes marrón gigante saltó de entre los matojos hacia el sendero, cerró sus alas emitiendo una vibración y avanzó un poco hacia delante. Era tan grande como la palma de mi mano. El saltamontes dio unos pasos más hacia mí como si me estuviese encarando, luego se dio la vuelta, desplegó sus alas y desapareció de

un salto. Al mirar en esa dirección vi un animal negro que se desplazaba junto al camino.

Pensé que quizá me estaba fallando la vista debido al calor, pero después de observarlo un buen rato no me quedaron dudas de que aquello era un ser vivo, el lomo y las patas de algún tipo de mamífero. Su pelaje era negro, y su tamaño, el de un perro mediano. No, puede que más grande. Era ancho de hombros, o mejor dicho parecía de buen peso, pero así como el lomo y los muslos se veían musculosos y abultados, de rodillas para abajo las patas se estrechaban hasta parecer ramitas. Tenía una cola larga y ligeramente curvada y unas orejas cortas y ovaladas. Aunque de lado se le veían las costillas, su espalda tenía un aspecto macizo, redondeada hacia arriba y como rellena de una capa gruesa de grasa o de músculo. En todo caso era completamente negro y de pelo duro y casi parecía que la poca sombra que el sol cenital proyectaba sobre él formaba parte de su cuerpo. El animal avanzaba deprisa delante de mí. No era ni un perro ni un gato ni una comadreja ni un *tanuki*^[7] ni un jabalí. En ese sendero sin personas, gatos, perros, pajaritos o cuervos, únicamente estaba ese animal, caminando. Al otro lado del río había una carretera por la que circulaban coches, pero la luz cegadora del sol me impedía distinguir a los pasajeros o conductores. Me pareció que no nos habían visto ni a mí ni al animal. Tampoco el animal me había visto a mí; simplemente andaba delante de mí como si quisiese llevarme a algún lugar. Lo seguí. Indiferente a mi presencia, continuó caminando sin alterar su ritmo, sin siquiera darse la vuelta. El sonido de las cigarras era ensordecedor y ocultaba el resto de ruidos, incluido el del agua corriendo en el río. De repente el animal giró hacia la orilla. Solo ahí los matojos aparecían aplastados como si hubiesen sido pisados una y otra vez. Bajó hacia el río, y sin darme cuenta yo también puse un pie en la ribera en cuesta. La pendiente no era muy pronunciada y el animal la descendió con agilidad. Debía tener unas buenas pezuñas. Las hierbas puntiagudas que crecían a los lados rozaron mi piel. El brillo negro del agua tintineaba. A cada paso que daba tenía la sensación de estar aplastando un sinfín de cosas: insectos o sus cadáveres, otros animales, basura, plantas, excremento, cigarras, cada una de estas cosas doblándose, rompiéndose y adhiriéndose a la suela de mis zapatos. El canto de las cigarras se repitió monótonamente. Un niño gritó a lo lejos. Entre el matorral encontré revistas viejas y latas vacías que, vistas entre tanto verde, se confundían con la naturaleza. El trasero del mamífero quedó semioculto entre la hierba. Di un paso, pero ahí ya no había suelo.

Caí en un agujero. Mis pies aterrizaron perfectamente en una caída limpia y recta. Estupefacta, miré hacia el matorral que ahora quedaba por encima de mis ojos. La cola del animal había desaparecido por completo entre ruidos de hierba que también se desvanecieron.

Cerca de mi cara, alrededor de la apertura del hoyo, saltó un escarabajo arrocero. A cada salto que daba hacía un ruido seco. Tenía unas vetas verticales que cubrían su dorso estrecho y alargado, y un par de antenas torcidas en torno a su cabeza. Era difícil saber qué parte de su cuerpo era el que emitía ese sonido. Yo no me había hecho daño. El agujero llegaba a la altura de mi pecho, es decir, debía tener cerca de un metro de profundidad. Mi cuerpo encajó a la perfección sin dejar apenas espacio alrededor, semejante a una trampa que había sido diseñada solo para mí. Bajo mis pies sentí algo ligero y seco, como si alguien hubiese colocado ahí un montón de paja o de hojarasca. Entre la maleza pude ver la superficie del agua resplandeciendo como una luz completamente blanca. El escarabajo arrocero siguió dando saltos hasta desaparecer entre la hierba, y en un momento dado sus sonidos secos también se desvanecieron y el aire se llenó otra vez del canto de las cigarras. Las cigarras cantan para aparearse. Identifican algo dentro de ese canto, algún indicador, y así eligen a sus parejas. Pero yo, que soy humana, solo puedo percibirlo como un ruido mecánico, monótono e inexpresivo. Supongo que decir esto las podría ofender... No se estaba mal dentro del agujero. Un olor a río o a hierba extrañamente refrescante penetró el interior y caló todo mi cuerpo. Me di cuenta de que estaba tan bien encajada que me iba a costar salir. La cavidad era muy profunda. Entre la hierba aplastada por las pisadas vi piedras y trozos de plástico. Hormigas negras gigantes y hormigas rojas diminutas marchaban en fila en la misma dirección. La fila era bastante larga y a veces se desdoblaba y otras se superponía y en ocasiones incluso las hormigas rojas acababan encima de las negras. Mi bolso estaba tirado justo en medio de la fila. Algunas lo trepaban, pero la mayoría intentaba rodearlo caminando en zigzag. Estiré el brazo para recuperarlo y después de sacudir a los pocos bichos que se habían quedado pegados examiné el interior. Mi cartera y el sobre de mi suegra seguían ahí. Unas cuantas hormigas negras se comieron a unas rojas, y unas cuantas rojas le arrancaron la pata a una negra. Las negras parecían duras y las rojas, blandas. El sol me estaba derritiendo la coronilla. Sentí la urgencia de salir de ahí. Coloqué las dos manos fuera del agujero y empujé con los brazos, pero lo único que conseguí fue que mis pies flotasen un poco dentro de la cavidad. El esfuerzo no fue suficiente para sacar

mi cuerpo. Me estremecí un poco. Al otro lado de la orilla vi el humo gris de lo que parecía una fábrica.

«¿Estás bien?», oí decir a alguien por detrás. El canto de las cigarras se alejó suavemente. Al darme la vuelta vi unas piernas envueltas en una falda blanca con vuelo de encaje. Sobre unas sandalias de cuero marrón había unas uñas sin pintar, la falda, una camisa blanca de media manga, y por encima de una cara a contraluz que no pude ver desde mi posición, una sombrilla blanca. «Eh... Estoy bien. Solo me he caído en un agujero». «¿Quieres salir? ¿Te ayudo?», preguntó la mujer con voz dulce, ofreciéndome su mano libre, la que no sujetaba la sombrilla. Tenía una muñeca muy fina. «No se preocupe, puedo salir sola». «¿Estás segura?». Por su voz, parecía una mujer mayor, al menos de mediana edad. De nuevo hice fuerza y suspendí mis pies en el aire intentando colocar mi trasero en la superficie, pero volví a fallar. Era demasiado profundo. Algo sonó a mis pies, quizá un insecto subterráneo o algún animal pequeño que asomó su cabeza y la volvió a meter asustado. La tierra se infiltró entre mis uñas y se desprendió de la superficie en fragmentos grandes que se esparcieron hacia el fondo.

«¿Ves cómo no puedes? Ven». La mujer se agachó y estiró su brazo. La sombrilla se desvió un poco y pude verle la cara. Tenía una sonrisa en los labios y unas gafas de sol enormes que cubrían casi todo su rostro estrecho. Efectivamente parecía mayor, pero probablemente más joven que mi suegra o mi madre. Avergonzada, tomé su mano. Estaba fría y era demasiado huesuda, me pareció, para cargar con mi peso, pero apenas hubo tiempo para dudar. Enseguida la mujer dijo: «Tres, dos, uno», y tiró de mi brazo con fuerza. Mientras tiraba de mí yo me contoneé hasta que al fin logré sacar medio cuerpo y colocar mi cadera sobre la hierba. En ese instante sentí un dolor agudo en la otra mano. La mujer sonrió. «¿Estás bien?». «Estoy bien», dije, y me miré la mano izquierda. Sobre la uña llena de tierra vi un pequeño escarabajo rojo mordisqueando la punta de mi dedo anular. Me di prisa en esconder la mano. «Muchas gracias». Había mucha hierba pegada a su falda blanca y larga. También arena. Y su mano había quedado llena de tierra después de agarrar la mía. «Perdone, se ha manchado entera...». «¿Qué hacías en este lugar, con el calor que hace?». La mujer elevó la sombrilla para protegerme del sol. Su maquillaje era delicado. Al fondo de las gafas de sol color caramelo se transparentaron unos ojos hundidos.

Yo estaba intentando deshacerme del insecto por detrás con los dedos que me quedaban libres. «Estaba yendo al *konbini* a pagar una factura, pero entonces apareció un animal...». Antes de que pudiese terminar la frase, la

mujer habló. «¿Te pasa algo en la mano? A ver, enséñamela», dijo, y me tendió la suya. Saqué la mano que tenía escondida y se la puse frente a ella. El bicho rojo seguía prendido a mi dedo. Era un insecto que no había visto nunca, como una mariquita pequeña sin lunares. La mordedura me ardía. «Anda, un bicho», dijo la mujer tomándome la mano otra vez, y clavó la uña en el insecto. Sin tiempo de reaccionar, vi al bicho cercenado a la altura de su cabeza. La mujer se sacó los trozos de caparazón que se le habían metido en la uña y los arrojó al aire. Luego enredó sus dedos alrededor del mío y apretó con fuerza. La cabeza del insecto se desprendió de mi falange y por debajo salió un chorro de líquido transparente. «Perdona, ¿te duele? Hay que sacar el aguijón para que no se quede dentro. Mira, ya está. No creo que sea un bicho venenoso, pero desinféctatelo por si acaso cuando llegues a casa». «Sí, gracias, disculpe las molestias». «Dime...». La mujer acercó un poco su cara a la mía. No había ni una gota de sudor en ella. «Dime, tú eres la nuera que se mudó hace poco, ¿no?». ¿Nuera? Yo respondí con un «¿qué?» y la miré. La vi pestañear a través de las gafas de sol, pero un momento después ya no distinguí más que el reflejo de mi propia cabeza inclinada. «¿No eres la mujer de Mune? Yo soy Sera, vivo al lado de los Matsuura, del lado contrario a vuestra casa». «Ah». Del lado contrario a la casa de mis suegros había una casa grande y lujosa. Había visto su nombre puesto en la entrada, pero mi suegra me había dicho que no hacía falta saludar, ni a ellos ni a ningún otro vecino. «No te preocupes, hoy en día es mejor no ir a presentarse. Yo te aviso cuando sea el momento oportuno. Mucha gente trabaja y no está durante el día, y si vas a saludar a unos y a otros no, luego es un problema...», me había dicho. «Disculpe que no fuese a presentarme, yo soy la...». Cuando estaba explicándole que yo era la mujer de Muneaki, el hijo de los Matsuura, la mujer balanceó la sombrilla de un lado a otro, despacio. Me llegó un olor dulzón, como a polvo de incienso. «No pasa nada, ya sabemos quién eres. Hicisteis la mudanza ese día que llovió tanto, menuda faena. Aunque los días de mucho calor como hoy tampoco son lo ideal. Es bueno que llueva un poco. Hoy le toca la inyección a mi hijo, pero se ha debido quedar jugando. Como no volvía, he venido a buscarlo». «¿Quiere decir una vacuna?». «Con el calor que hace, ¿verdad? Oye, no te habrás perdido, ¿no?». Sentí que algo se movía a mis pies, pero no vi nada. «Eh... no, no se preocupe, conozco el camino. El *konbini* está allí». «Eso es. No debes acercarte al río». La señora Sera sonrió. Tenía toda la cara maquillada de blanco menos los labios, que estaban al natural, de un color marrón claro. «El *konbini* queda allí».

«Sí. Eh... ¿Hay muchos agujeros así por aquí? Me he llevado un buen susto al caerme». «La verdad es que no lo sé, deberías preguntarle a mi hijo. Siempre juega por aquí y vuelve lleno de bichos y de barro. Yo vine hasta aquí solo porque vi que había alguien, me pareció raro, y cuando me fijé me di cuenta de que eras la nuera de la señora Matsuura y entonces bajé a ver qué pasaba. Menudo susto, desde arriba solo podía ver tu cabeza». La señora Sera se rio tapándose la boca con los dedos. Su anillo de bodas resplandeció al sol. Me resultaba extraño que me llamase «la nuera». Creo que nunca nadie se había referido a mí así. En el trabajo me llamaban por mi nombre, y en todo caso nadie se había dirigido a mí como «la nuera». Pero, pensándolo bien, si le hubiese dicho a la señora Sera que mi nombre es Asahi Matsuura, me habría resultado igualmente raro que me empezase a llamar «señora Asahi», o incluso «Asa», como hacía mi suegra. Desde el punto de vista de la señora Sera, la señora Matsuura solo podía ser mi suegra, y mi marido era «el hijo», por lo tanto, yo era «la nuera». Me había convertido en la nuera. En realidad, ya lo era desde hacía tiempo y no me había dado cuenta. La señora Sera giró la cabeza y miró por encima de la ribera. El olor dulce a incienso volvió a impregnar el aire. El paraguas blanco estaba muy amarilleado por dentro.

«Eh... Muchas gracias por todo, no quiero quitarle más tiempo. Ha sido de gran ayuda». «No te preocupes. Ha sido divertido hablar contigo. Bueno, yo me voy por aquí entonces». Bajé la cabeza y le di las gracias. «Sabes, la señora Matsuura es muy buena persona. Tienes suerte de que sea tu suegra», dijo muy sonriente. «¿Sí? Sí, claro», asentí. «Sí, eso es lo más importante. Hasta luego». La señora Sera fue subiendo despacio la pendiente de la ribera. La hierba seguía pegada al bajo de su falda.

Me asomé al agujero con cuidado. Estaba oscuro y no se apreciaba nada, tampoco el fondo. Se veía más profundo de lo que me había parecido al caerme. Miré alrededor, pero no había ni rastro del animal. El río corría en la misma dirección en la que iba yo. El canto de las cigarras se hizo de pronto más estridente. Me arrepentí de no haberle preguntado a la señora Sera por aquel mamífero que no parecía ni salvaje ni domesticado. Un niño pequeño asomó su cabeza entre la maleza y me miró, pero la volvió a meter enseguida y se alejó haciendo sonar la hierba. Allí arriba, la sombrilla blanca ya no era más que un punto y desapareció de mi vista justo en la curva del río. Yo también subí la ribera en cuesta y caminé durante un buen rato. Crucé un puente. Al otro lado estaba el *konbini*, tal y como esperaba.

En la tienda había muchos niños. Unos leían revistas voluminosas de manga, otros se entretenían cambiando los bastoncillos y las cuchillas de sitio,

otros tenían la cabeza metida en la nevera de los helados. Fui a la caja y entregué la solicitud de pago. Una mujer, la única dependienta ahí, dijo: «Son setenta y cuatro mil yenes», mientras lo sellaba. Saqué los billetes del sobre. Había justo cincuenta mil yenes. ¿Cincuenta mil? Nerviosa, abrí mi cartera, pero dentro no encontré ni un billete de diez mil. «¿Setenta y cuatro mil yenes?». «Sí». La dependienta me enseñó el impreso del pago. Efectivamente, bajo el membrete de una empresa de dietética y alimentación saludable ponía setenta y cuatro mil yenes. ¿Setenta y cuatro mil? «Eh... disculpe, pero no tengo suficiente...». La dependienta acababa de sellar el impreso y se mostró contrariada. Debía rondar la edad de mi suegra y tenía un cuello de aspecto cansado que sobresalía de su uniforme de colores vivos. «Disculpe, no tengo suficiente. Ahora mismo voy a sacar...», le dije. La dependienta inclinó un poco la cabeza y sonrió. «¿Ah, ahora?». «Hay un cajero aquí, ¿verdad?». «Sí, está ahí, al lado de la fotocopidora». La dependienta señaló un lugar contiguo a la caja. Vi la fotocopidora, y más al fondo, el cajero automático. Me dirigí en esa dirección mientras sacaba mi tarjeta de crédito, pero tuve que detener mis pasos antes de llegar. Un montón de niños se habían acercado a hojear los cómics de edición barata y sin envoltorio que estaban dispuestos en un estante frente al cajero. Eran pequeños, estarían en primero o segundo de primaria, o quizá incluso en preescolar. Estaban todos sentados en el suelo leyendo tebeos y no parecían tener ninguna intención de moverse. Sonaba música dentro de la tienda, la radio o algún hilo musical. Era ese tipo de canción que es fácil reconocer y que está de moda, pero imposible recordar cómo se llama, quién la canta, si el cantante es hombre o mujer. «Eh... por favor», les dije a los niños. No se inmutaron. Miré a la dependienta, pero ella estaba con medio cuerpo detrás de una puerta al fondo de la caja registradora, sacando algo, y no estaba prestando atención a lo que ocurría en este lado. «A ver, por favor». Los niños siguieron sin reaccionar, inmóviles a excepción de los dedos que pasaban las páginas. Tenían los ojos fijos en la revista, sus bocas abiertas. «A ver, niños». Oí la voz de un hombre. «No estáis dejando pasar a la señorita. Quitaos de ahí, que tiene que sacar dinero de esa máquina que está ahí al fondo».

Los niños levantaron sus cabezas, todos de golpe, y me miraron. Sus bocas estaban manchadas de un polvo blanco. Me llegó un olor agri dulce. Me giré hacia la voz masculina y vi a un hombre de mediana edad con una camisa blanca de cuello abierto. No era muy alto, era de complexión delgada y estaba de pie frente al estante de revistas con un manga en sus manos a medio leer y la cabeza girada hacia nosotros. Sus pantalones eran negros. «¿No te dejamos

pasar?». «¿Nosotros no te estamos dejando pasar?», dijeron los niños con voz aguda, y al instante se levantaron de un salto y me rodearon. Algunos llevaban pantalones cortos, otras vestidos, unos cuantos llevaban sandalias, o más bien chanclas. Sus uñas estaban negras de tierra. «Disculpadme». Miré al hombre y a los niños a partes iguales y me detuve frente al cajero automático. Los chiquillos me observaron con curiosidad. Metí la tarjeta, y cuando iba a introducir la clave volví la vista hacia los niños que escrutaban mis manos tan contentos. La barrera protectora del cajero no servía para ocultarme de chavales tan pequeños. Como si se tratase de mis propios hijos, se hicieron un hueco entre mis brazos para poder ver la pantalla de cristal líquido. «Por favor, no podéis mirar tanto». «¿Por qué?». «¿Por quéee?». Pensé que deberían saber lo que era un cajero automático a estas alturas, pero tal vez eran demasiado pequeños. La atención que habían estado poniendo en los cómics estaba ahora centrada en mí. Hasta se acercaron los niños que estaban en la sección de refrescos y helados. Oculté el teclado con una mano, introduje mi clave y saqué veinticuatro mil yenes. Agarré los billetes, y pensando que sería estúpido guardarlos en mi cartera para volver a sacarlos un momento después, me dirigí a la caja. Uno de los niños gritó: «¡Profe!». ¿Profe? El hombre de la camisa de cuello abierto asintió, y al verme sonrió mostrando los dientes. Sin pensarlo, hice una ligera reverencia. ¿Profesor? «¡Profe! ¡Esta señora tiene mucho dinero! ¡Tiene billetes de diez mil!». Al oírlo, los demás niños soltaron una carcajada. «Diez mil yeeeneees». «Dieeez miiil yeeenes». «¿Sí? Bueno, esas cosas no se dicen. Se mantienen shhh... calladitas», dijo el hombre con una sonrisa nerviosa. «¿Shhh...?». «¡Shhh...!». «¡Shhh...!», se gritaron los niños unos a otros dando brinco. El hombre se rio. Los pequeños también. Yo también me reí, por si acaso. Solo la dependienta se mantuvo inexpresiva y se limitó a tomar entre sus manos los billetes que yo le entregaba. Los contó, primero para sí misma, después en voz alta, delante de mí. De comprarme un helado con la vuelta, nada, más bien había perdido dinero. Yo no tenía tantos ahorros, y ahora que estaba desempleada lo que me quedaba era de suma importancia. ¿En qué estaría pensando mi suegra? ¿Estaría apurada hasta ese punto?

Me despedí con una leve reverencia del hombre al que llamaban profesor y salí del *konbini*. Fuera, el aire caliente y el canto de las cigarras me envolvieron por completo. Al fondo del escaparate vi a los niños diciéndome adiós con la mano. Sus palmas estaban pálidas. Yo también agité la mano brevemente y regresé por el camino de la ribera. El sendero seguía igual de desierto. Busqué en el río y en las orillas, pero no vi al animal. El agua estaba

tan quieta que parecía de mentira, como si fuese gelatina. Cuando entré en la casa de mis suegros el abuelo seguía regando el jardín. Sobre la mesa dejé una copia del impreso del pago junto con una nota: «Como no había suficiente dinero puse lo que faltaba». Dudé si debía poner la cantidad, pero opté por no hacerlo. Supuse que ella sabía perfectamente cuánto dinero había metido en el sobre.

Esa noche mi suegra vino a verme al volver del trabajo y, disculpándose por no haber dejado suficiente dinero me entregó cuatro mil yenes. Me quedé tiesa, mirando los billetes relucientes que me acababa de entregar en mano y que sin duda se había tomado la molestia de pedir así de nuevos en el banco. «Perdona, me debí de despistar. Cuatro mil yenes, nada menos, ay, te pido disculpas, qué vergüenza, pero me has hecho un gran favor, gracias. Qué pena, no pudiste comprarte ni un helado, ¿verdad? Toma», me dijo, y me ofreció dos barras de helado de dos dedos de grosor mientras se encogía de hombros. No entendí muy bien el significado de ese gesto. «Dale uno a Muneaki. Siento no poder darte más, tengo que volver a comprar. Son de la cooperativa y de verdad saben a gaseosa, con burbuja y todo. Te los envían a casa, así que si quieres hacemos el pedido juntas. La próxima vez te traigo el catálogo, el de la cooperativa». Incapaz de decirle que ahí faltaba mucho dinero, le di las gracias y acepté los helados. ¿Habría contado mal los billetes que metió en el sobre? ¿O acaso habría entrado alguien y robado parte del dinero? ¿Habría sido el abuelo? No entendía nada. Pero bueno, la casa nos salía gratis, me dije, no me iba a preocupar por veinte mil yenes. Con cierto alivio guardé los helados en el congelador. Mi marido llegó a casa pasada la medianoche. Ese se había vuelto su horario habitual desde que nos mudamos.

«¿Sabes? Hoy vi a un animal raro, negro», le conté a marido, que se acababa de sentar a la mesa, mientras le servía la cena. Él despegó sus ojos de la pantalla del móvil y me miró. «¿Qué?». Se había dado una ducha y su pelo seguía mojado. Tenía una mancha negra de agua en la camiseta azul que usaba de pijama, a la altura de la espalda, quizá porque no se había secado bien, o a lo mejor era sudor. Yo siempre encendía el aire acondicionado en cuanto me enviaba un mensaje avisándome de que iba a salir del trabajo. De esa manera dejaba la casa a buena temperatura, aunque demasiado fría para mí. Pero él parecía estar pasando calor. Al darle los palillos apartó su móvil hacia un lado de la mesa, engulló arroz, dio un sorbo a la sopa de miso y tragó sin apenas masticar. Yo había preparado la sopa mientras él se duchaba. «Tenía el pelo negro y era más o menos así de grande», le indiqué con las manos. «¿Un perro callejero?», preguntó, y se bebió todo el *muquicha*.^[8] «No

creo que fuese un perro». «Ah. Cuando era pequeño decían que por aquí había *tanukis*». «Tampoco creo que fuese un *tanuki*». «¿Por qué no?». «Sé reconocer a un *tanuki*». Le serví más *muguicha* en el vaso. Mi marido dobló con los palillos la tortilla de dos huevos con carne picada y la levantó. La colocó encima del arroz, se la llevó a la boca y de nuevo tragó casi sin masticar. El ketchup de la tortilla dejó una capa roja sobre el arroz. «El caso es que estaba persiguiendo a ese animal y me caí en un agujero». «¿Un agujero?». Mi marido se metió en la boca un trozo de pepino encurtido y arroz manchado de ketchup, y por fin masticó unas cuantas veces. Oí cómo trituraba la comida con los dientes. Yo ya había cenado. Me dio pereza hacer una tortilla así que rehugué un poco de carne picada, freí un huevo y lo puse todo encima de un bol de arroz, tipo *soboro-donburi*.^[9] Antes de mudarnos mi marido nunca llegaba tan tarde de trabajar y yo también me quedaba haciendo horas extra, así que cenábamos los dos juntos cosas de este tipo, que dejaba ya preparadas: *donburi*,^[10] o arroz rehogado, o curry. Como después de mi jornada estaba demasiado cansada para ir al supermercado, casi nunca teníamos nada de guarnición, pero sí solía guardar en el congelador alguna bolsa de arroz *takana*^[11] o de tipo tres delicias, que venía congelado, y a menudo lo comíamos con arroz blanco. Ahora ya no se me ocurre comprar nada de eso y cocino los platos desde cero. Todo es más nutritivo y económico así. Lo que no puedo hacer es esperar a mi marido para cenar; me desmayaría de hambre. Además, no es que no quiera cenar con él, pero cuando hago dos cenas siempre hay una que no sale como quiero: la sopa de miso está más rica recién hecha, las cosas rehogadas se deshacen si las vuelvo a pasar por la sartén, los encurtidos echan demasiada agua cuando pasa el tiempo... «¿Cómo era el agujero?». «Como de esta altura, me llegaba hasta el pecho». «Vaya, qué profundo». Pero no es cuestión de cenar cerdo o pollo hervido o patatas con carne todos los días.

Puede que fuese por deferencia hacia mí o porque no había buenos sitios donde comer cerca de su trabajo, pero daba igual la hora a la que llegase, mi marido siempre cenaba en casa. Me alagaba y me incomodaba a la vez, aunque creo que me habría sentido insegura o insatisfecha si un día me hubiese dicho que no venía a cenar. Cuando le pregunté si no le entraba hambre trabajando hasta tan tarde, él me respondió que les daban algunos dulces para engañar al estómago. Le pregunté quién se los daba y me dijo que nadie, que había un lugar donde cualquiera podía ir y comer dulces que la empresa había comprado o recibido de regalo. Me dio pena imaginármelo en el trabajo haciendo sus horas extra mientras picoteaba un *manju*^[12] o una de

esas chocolatinas que vienen en bolsas enormes. «No, son más bien *senbei*^[13] con cacahuètes, o calamar seco». «¿Calamar?». «Siempre tienen unos pinchos de calamar seco picante en la cocina. Puede que sean sobras del *hanami*».^[14] Definitivamente, cada empresa tiene sus propias reglas. A nadie se le ocurriría comer calamar seco en mi antiguo trabajo. Probablemente se meterían en problemas si lo hiciesen. Lo mismo con los *senbei* con cacahuètes. ¿Cómo podía alguien comer algo tan ruidoso cuando los demás estaban intentando terminar sus horas extra para poder irse a casa? Creí que conocía bien en qué ambiente trabajaba mi marido y a qué se dedicaba y a qué sector pertenecía su empresa, pero la realidad es que sabía muy poco. Supongo que él tampoco conocía muchos detalles sobre mi antiguo trabajo. No es que no le hubiese preguntado nunca o que no tuviese interés; sabía lo suficiente como para poder responder cuando alguien me preguntaba a qué se dedicaba, pero no tenía una noción clara de qué significaba lo que hacía o cómo eso influía en los beneficios de la empresa.

Mi marido terminó de cenar a una velocidad increíble mientras veía las noticias. «No te acerques a esos animales, ni a los agujeros. Puede ser peligroso», me dijo. «Pero era algo que no había visto nunca». «Hay muchos tipos y tamaños de perros. A lo mejor era una raza que no conoces. Incluso puede haber sido una comadreja, o un *tanuki*. No son como los que dibujan en los manga, ¿sabes? Tienen otro aspecto. Aunque tampoco es que yo haya visto nunca uno de verdad...». Sabía que no se trataba en ningún caso de una comadreja ni de un *tanuki*, pero me pareció imposible defender mi argumento y convencer a mi marido. Me limité a asentir, pero él estaba con la vista fija en su teléfono. Sus dedos se movían a toda velocidad por la pantalla. Noté un bultito rojo y redondo en la punta de mi dedo, donde me había mordido el insecto. Estaba caliente. Me puse una tirita antes de irme a dormir.

* * *

Por primera vez desde el día de la mudanza, hacía ya dos meses, llovió. Habíamos tenido chubascos pasajeros y algo de niebla, pero hacía mucho que no llovía bien, desde por la mañana hasta por la noche. Llevábamos semanas de mucho calor y si no habíamos tenido sequía debió ser porque cayó una cantidad extraordinaria de agua aquel día, o quizá porque los ríos y los embalses ya estaban lo suficientemente llenos. Dejé abierta la única ventana por donde no entraba la lluvia, cerré todas las demás y corrí las cortinas. Desde la ventana que daba al oeste, en el piso de arriba, advertí la presencia

del abuelo. Estaba de pie en medio del jardín, envuelto en un impermeable. Me quedé observándolo un rato, y de pronto me quedé pasmada: estaba regando.

Bajo los goterones de una lluvia gris, el abuelo sacudía la manguera estirando el brazo hacia un lado y hacia otro. El tubo azul resaltaba en aquel mundo oscurecido. Quise salir y comentarle algo, pero no tenía ni idea de qué podía decirle, ni si podría oírme. Al final corrí las cortinas y bajé a la planta de abajo. Mi suegra estaba en el trabajo. También nuestro jardín estrecho y lleno de baches se había empapado y embarrado. El abuelo seguía de pie sobre el césped, al otro lado del muro bajo de cemento. Cerré también las cortinas del salón y abrí la revista de empleo. Apenas había ofertas en un perímetro que pudiese hacer a pie. En una buscaban a un farmacéutico. En otra, a un abogado. En otra buscaban a un conductor de camiones, pero exigían saber conducir coches de transmisión manual. Casi no había puestos de oficina, ni siquiera trabajos de cajera a tiempo parcial. Miré hacia el exterior por la ventanita de la cocina, la única por la que no podía ver al abuelo. La lluvia seguía cayendo con fuerza sobre la calle. No había ni una persona paseando por ahí. Ni un coche. A pesar de que esa era la única ventana que tenía abierta, la lluvia retumbaba en toda la casa. En días así no se oía ni a las cigarras. Me pregunté qué sería de ellas si justo después de emerger a la superficie se sucedían días de lluvia. ¿Se morirían sin haber cantado ni una sola vez? Sonó el timbre de la puerta. Corrí a abrir, sobresaltada. Era la señora Sera. La lluvia caía ahora con más fuerza.

«Hola. ¡Vaya cómo llueve hoy! Está bien que caiga un poco de agua, pero no que llueva de esta manera...», dijo la señora Sera cerrando su paraguas. Era grande y negro, como de hombre. La invité a pasar al vestíbulo. Ella metió medio cuerpo y me dijo: «Tengo los zapatos mojados, ¿te importa?». «Claro que no. Gracias por ayudarme el otro día». La señora Sera dejó el paraguas cerrado a un lado de la puerta y entró en el vestíbulo. Dijo que sus zapatos estaban mojados, pero a pesar de la lluvia que estaba cayendo parecían casi secos. La bolsa de tela que colgaba de su hombro también estaba seca. «No fue nada, además no tenía nada que hacer, así que no importa. Dime, ¿qué tal está Mune? Veo su coche llegar muy tarde por las noches. Igual que el marido». ¿El marido? Enseguida me di cuenta de que se refería a mi suegro. Desde su punto de vista mi suegra era la señora Matsuura, mi suegro era «el marido», mi marido era Mune, y yo era la nuera.

«Sí, es verdad». Nos habíamos quedado en el vestíbulo y no sabía si debía invitarla a entrar en la casa. ¿Debía sugerirle que pasase dentro y ofrecerle un

té? No sabía qué era lo que debía hacerse en este tipo de situaciones. La casa estaba limpia, ese no era el problema. No me importaba que pasase, pero ¿sería suficiente con ofrecerle *muguicha*? ¿Debía sacar unos dulces también? La señora seguía hablando en el vestíbulo sin mostrar especial interés por entrar en la casa. «Muchas veces llega pasada la medianoche, ¿verdad? ¿Le queda muy lejos el trabajo?». «Está a una media hora en coche, pero como lo acaban de trasladar parece que tiene mucho que hacer». Al oír mis palabras la señora Sera abrió la boca sorprendida. «Claro. Fíjate, Mune es ya un asalariado hecho y derecho, es terrible lo rápido que pasa el tiempo. Diez años, veinte años se pasan en un abrir y cerrar de ojos». Me pareció que vestía la misma ropa que el día en que me ayudó a salir del agujero. Una blusa blanca de manga corta y una falda larga. Claro que ya no llevaba gafas de sol. Ahora que le veía los ojos por primera vez, me parecieron hundidos y cansados, rodeados de unas pestañas abundantes que crecían con fuerza y que me hicieron pensar que de pequeña debió de ser una niña muy guapa. «¿Tú no trabajas? ¿Qué haces todo el día en casa?». Me miré los pies un momento. El día anterior, de puro aburrimiento, me había pintado las uñas. Dicen que las de los pies hay que pintarlas con colores fuertes, como azul o rojo. Entiendo por qué. Los pocos esmaltes que tenía, entre beige y rosa pálido, apenas se notaban. Me avergoncé un poco de tener los pies descalzos, pero habría resultado más extraño llevar calcetines en pleno verano. «Estoy buscando trabajo, pero no es fácil... No tener coche me limita bastante». La señora Sera asintió. Hoy también olía a algo dulce. «Es verdad, aquí todo el mundo va en coche. Yo también estoy muy limitada porque no tengo carnet de conducir y no me manejo bien en bici, así que dependo de mi marido para moverme. Pero camino bastante, o a veces voy en autobús, aunque hay muy pocos... En realidad, yo vengo de la ciudad, me mudé aquí después de casarme, hace veinte años, o más. En aquellos tiempos esto estaba en mitad de la nada y enseguida me arrepentí de haberme trasladado aquí. Pensé: “pero ¿qué he hecho?, ¡a qué lugar más terrible me he venido a vivir!”. Ni siquiera podía coger taxis porque no había, y si pedía uno por teléfono me decían que iba a tardar treinta minutos en llegar, a mí me indignaba. Ahora sí hay taxis, pero sigue siendo un pueblo, ¿verdad? Más aún cuando se trata de buscar trabajo». «Sí, puede ser. Pero si encuentro algo bueno estoy dispuesta a ir en autobús o en tren o lo que haga falta... aunque puede que eso sea precisamente lo que dificulte mi búsqueda». «Entonces tienes mucho tiempo libre, ¿no? Es duro disponer de tanto tiempo. Son unas vacaciones de por vida». Asentí. Para mi sorpresa, mis ojos se llenaron de lágrimas.

No es que no me gustase no tener nada que hacer. Si me tomase la búsqueda de trabajo realmente en serio, si estuviese dispuesta a trasladarme en el único autobús que pasaba cada hora, o viajar hasta la estación y coger el tren, o hacer trayectos de más de una hora en bici, o comprarme una motocicleta con mis ahorros y ampliar mi margen de acción, es decir, si realmente me pusiese a buscar sin condicionamientos, estaba segura de que encontraría algo. No tenía un interés particular en ser empleada fija en una empresa y ganar mucho dinero. No deseaba ni sentía la urgencia de trabajar hasta ese punto, y era esa falta de necesidad lo que más me incomodaba. Podíamos vivir bien sin que yo trabajase. Mi marido ganaba ahora un poco más, tenía el transporte cubierto y además estaba haciendo todas esas horas extra a diario que luego le pagaban. El supermercado aquí era mucho más barato y ya no tenía que comprar congelados o comida instantánea. La leche que antes solo me podía permitir en días de oferta la encontraba ahora a diario cinco yenes más barata, y no era de mala calidad. Las verduras costaban un diez o un veinte por ciento menos. Y no pagábamos alquiler. Comprendí que mi antiguo trabajo temporal, aunque a tiempo completo, era totalmente prescindible ahora que la casa nos salía gratis y habíamos reducido los gastos en general. Me sentí inútil. Mi sueldo no era gran cosa comparado con el de los empleados fijos, pero había un trabajo, una responsabilidad, un esfuerzo y un cansancio invertidos en él, y ahora me daba cuenta de que nada de eso tenía más valor que un piso medio vacío con una sola habitación. Si gracias a la buena voluntad de mi suegra nos íbamos a librar de pagar un alquiler, entonces podíamos salir adelante perfectamente sin mi esfuerzo. Puede que «las vacaciones de por vida» fuesen de verdad eternas. ¿Pero qué derecho tenía yo a disfrutar de unas vacaciones cuando mi marido se deslomaba hasta la medianoche? Tenía que trabajar, tenía que hacer algo para quitarme ese sentimiento de culpa que me pesaba cada día más. Mi cuerpo, en cambio, cada vez era más ligero, y yo sentía como si cada músculo, cada articulación, cada célula se hubiese petrificado y me impidiese hacer cualquier cosa. Dicho así parece que estoy culpando a mi cuerpo. Pero no, mi pereza era responsabilidad solo mía, yo la había originado. Cualquier día, mi marido, mi suegra, el abuelo o alguien me acusaría de ser una vaga y a mí me parecería lógico, pero ¿se atreverían realmente a decírmelo?

La señora Sera continuó hablando con ligereza, indiferente a mi silencio. «Porque tampoco hay muchos sitios donde puedas ir a pasar el rato, ¿verdad? Te diría que vengas a charlar conmigo cuando quieras, pero tengo un niño pequeño, y al fin y al cabo soy mayor... No te agobies. Será distinto cuando

trabajos, como hace la señora Matsuura... O cuando tengas hijos. Apenas te quedará tiempo libre. Si no, resulta muy aburrido, ¿verdad? ¿No pensáis tener hijos?». Exhalé el aire que había estado reteniendo. Quise responder, pero no me salió la voz y me limité a inclinar la cabeza tratando de sonreír. Hijos. Sí, sin duda la situación cambiaría si tuviese un hijo, pero no era algo que debiese buscar solo porque necesitase un cambio. Y, a decir verdad, me entraba vértigo con solo imaginarme a mí misma dando de mamar a un bebé rodeada del canto ensordecedor de las cigarras, el ruido del abuelo regando el jardín, mi suegra con esas zapatillas raras del perro con la lengua fuera y mi marido aferrado a su teléfono móvil. Tampoco es que me negase en redondo a tenerlo. Incluso podría llegar a ser feliz así. Sí, si no iba a trabajar, quizá lo que debía hacer era alimentar ese deseo de ser madre. La señora Sera se quedó un buen rato mirándome. «Ah», dijo sonriendo. «Yo lo tuve ya mayor. Fue un parto difícil, de emergencia. El niño nació bien, pero pasó mucho tiempo en la incubadora. Yo no podía hacer nada más que mirarlo, me daba muchísima rabia. Le di mucho trabajo a mi marido, y también a su madre. Y por supuesto a mi propio hijo, que lo pasó muy mal... Ahora ya tiene cinco años. Es muy revoltoso, espero que no te moleste. No sé si es porque es más pequeño que los otros niños del vecindario, pero le cuesta contenerse. Qué le vamos a hacer, ¿verdad? Puede que sea su genética, pero también es la educación que le doy... Tú eres todavía muy joven y todo hace más ilusión a tu edad. La señora Matsuura tiene que haber sufrido mucho también con lo de Taka y todo eso, pero lo ha llevado muy bien». «¿Taka?». Al oír mi pregunta, la señora Sera susurró «ay» dentro de su boca. Se quedó callada un rato con un gesto indescifrable y luego dijo: «Taka... no, no es Taka, ¿he dicho Taka? Lo siento, debo de haberlo mezclado con otra historia. Perdona, ando despistada últimamente. Lo que pienso y lo que sale de mi boca no siempre coinciden. Tú eres joven todavía, me imagino que no te pasarán estas cosas...». «Sí me pasan, sé perfectamente cómo es», asentí. Para despistadas, yo. Tenía la certeza de que yo estaba bastante más atontada que ella. Porque si estuviese despierta no podría sobrellevar el día a día. La señora Sera se llevó la mano a los labios un momento. Tenían más brillo que la última vez, se veían más rojizos. «En todo caso pensar que Mune, aquel niño pequeño que yo conocí, es ahora un hombre hecho y derecho que se ha casado y ha vuelto... la señora Matsuura tiene que estar contentísima. Habrá momentos duros, pero ánimo. Ay, lo siento, no he parado de hablar. En realidad, venía a traerte esto. En casa ya nadie lo come. ¿Te gusta?».

Del bolso de tela sacó otras bolsas más pequeñas de plástico llenas de unas cosas verdes encaramadas y con las puntas quebradas. «¿Qué es?». «Es *myoga*.^[15] Anda, ¿no me digas que no sabes lo que es?». La señora Sera parecía divertida. «Sí, sé lo que es el *myoga*». Nunca lo había comprado ni cocinado, pero sí lo había visto y lo había comido en algún lugar. Pero así, amontonados dentro de la bolsa, parecían muy distintos de los que yo conocía. A diferencia del *myoga* rojo que se ve en el supermercado, este era casi todo verde y tenía las puntas abiertas en forma de guante. Era grande, sin una forma concreta. «Es eso que le ponen encima al tofu frío, ¿no?». «Sí sí, eso es, cortadito. Puedes ponerlo en los fideos, o sobre el tofu... o agridulce. Lo he cogido de mi jardín, no lo hemos plantado, crece solo. A mí me gusta mucho, pero como nadie más lo come en casa, me da rabia... Me gusta con miso, vinagre y un poquito de azúcar, bien mezclado. Pero no sé si querrás tanto, es mucha cantidad». «No te preocupes, me lo quedo, gracias. Intentaré cocinarlo con miso y vinagre». Al coger el *myoga* entre mis manos noté cierto frescor dentro de la bolsa. Agarré uno. Era más duro de lo que imaginaba, con algo de pelusilla y un tacto peculiar que no era ni de hoja ni de tallo ni de fruto. «¿Qué parte de la planta es?». La señora Sera inclinó la cabeza, dubitativa. Pude ver que dentro de su bolso había muchas otras bolsas de plástico. Sin duda lo repartiría por otras casas también. Si era así, debía tener muchísima cantidad. «Salen así de la tierra, ¿qué serán? ¿Brotos? Pasado un tiempo les empieza a crecer un capullito blanco en la punta y florecen, es una flor muy bonita parecida a la orquídea. La flor también se come». De la bolsa de plástico me llegó un olor a lluvia y tierra mojada.

Despedí a la señora Sera y metí la bolsa en la nevera. Me asomé con sigilo por la ventana del salón. El abuelo seguía en el jardín, pero ahora estaba agachado y tocando algo negro. Parecía estar acariciando a un gato o algo así. Fuese lo que fuese, me pareció mejor que estar regando bajo la lluvia.

«¿Qué es esto?». «*Myoga*». «Es áspero». Mi marido escupió el *myoga* que se acababa de meter en la boca. Según lo que había visto en internet, se trataba de la espiga de la planta. Lo había preparado con miso y vinagre, tal y como me sugirió la señora Sera. A mí no me supo mal cuando lo probé; de hecho, me gustó la textura y el olor del vinagre con el miso, y pensé que sería un aperitivo perfecto para acompañar con sake. «¿*Myoga*?», dijo mi marido, y se enjuagó la boca con *muguicha*. «No hace falta que te lo comas si no te gusta». «Si no te importa me lo voy a dejar. Es demasiado... ¿Lo compraste? ¿Estaba de oferta?». «No, me lo trajo la señora Sera». «¿La señora Sera?». Mi marido me miró extrañado. Yo me comí el *myoga* que le había servido en un

cuenco pequeño. No era nada áspero, la textura fibrosa era incluso agradable de masticar. Al fondo del vinagre y del miso pude oler la lluvia. «La señora Sera es... ¿la que vive al lado de mi madre?». «Sí». «Ah. No sabía que os conocíais». «No tanto, pero...». Mi marido empezó a escribir en su móvil mientras se llevaba a la boca algo de comida. *Mi mujer me acaba de dar de comer algo que sabe a mierda*; ¿estaría diciendo algo así? Suspiré. «¿Qué pasa?», dijo y me miró. Sacudí la cabeza y le dije: «Nada».

Me desperté pensando: «Que se callen las cigarras». Pero había llovido toda la noche, y como el calor era muy húmedo habíamos dejado el aire acondicionado puesto y las ventanas cerradas. Era imposible que pudiese oírlas. Miré el reloj extrañada: quedaba mucho para que sonase el despertador. Mi marido dormía junto a mí, orientado hacia el otro lado. Su camiseta estaba levantada, dejando al descubierto una espalda salpicada de puntos blancos con aspecto de acné. Me levanté sin hacer ruido y eché un vistazo por la ventana. El cielo estaba tan despejado que parecía mentira que hubiese llovido tanto el día anterior. El abuelo ya estaba en el jardín regando. Lo que había confundido con el canto de las cigarras era el ruido del agua corriendo por la manguera. Sentí que me fallaban las piernas. El abuelo llevaba la misma vestimenta de siempre, el sombrero de paja, camisa gris de manga larga y pantalones del mismo color. Regar antes del amanecer debía ser sin duda una buena práctica en jardinería, pero en el caso del abuelo no estaba claro ni cuándo había empezado ni cuándo acabaría. ¿A dónde iría a parar tanta agua en un jardín que no era tan grande?

Después de despedir a mi marido me acerqué a la casa de mis suegros. Habían pasado ya varias horas desde que vi al abuelo por la mañana, pero seguía regando el jardín como si nada. Mi suegra se había ido ya a trabajar. «Buenos días. ¿Hasta cuándo va a seguir regando?», le dije a voz en grito desde el otro lado de la verja. Como no reaccionó me vi forzada a adentrarme en el jardín, y fue al percatarse de mi movimiento cuando se giró, alzó la mano y sonrió enseñándome los dientes. «¡Está regando mucho!», volví a decirle a gritos. El abuelo se puso serio un momento y enseguida volvió a sonreír, sacando los dientes aún más. Resignada, me refugié en un trocito de sombra que había frente a la casa. Todavía no eran las ocho y el calor ya era aplastante. El abuelo se puso a regar otra vez. Tenía los labios en forma de pico, como si estuviese silbando, pero de ahí no salía ningún sonido. De pie, en la sombra, observé el jardín. Las campanillas rojas y azules estaban encaramadas a sus propias hojas. Había una achira roja gigante en flor,

minigirasoles del color del yodo, espigas que crecían a su antojo, una planta de maceta algo agostada, montones de acederas púrpuras rebasándose unas a otras, y entre ellas, esparcidos, los pétalos de una flor roja que no sé cómo se llama pero cuyo uso está muy extendido en jardinería. Todo en su conjunto transmitía una armonía sorprendente, tal vez porque era verano. En aquel jardín sin viento flotaba una energía densa que nacía con fuerza de cada hoja y de cada planta. Un tallo alto de hierba se sacudió con intensidad y se balanceó hacia arriba y hacia abajo. Se había posado en él un saltamontes.

Una sombra negra parpadeó en un trozo de hierba sin sol. Unos ojos rodeados de un círculo amarillo se abrieron y cerraron una y otra vez. Era una rana grande y redonda. A su lado, sobre el tallo delgado y largo de la única dalia, un grupo de pulgones subía y bajaba lentamente. Sus ojos eran apenas un par de puntos negros como cabezas de alfiler, que sin embargo pude ver de repente con excesiva claridad, enormes, como si mi vista se hubiese magnificado hasta convertirse en una lupa. La flor estaba empezando a marchitarse. Sus pétalos estaban perdiendo color y tersura. En ese momento pensé en que a lo mejor la rana estaba intentando cazar a los pulgones y esperé a que sacase su lengua larga y rosada para atraparlos. La dalia se dobló en la base del tallo. Un chorro de agua recto y duro la había tumbado con fuerza. El abuelo inundó toda la zona exhalando un silbido, e indiferente a la dalia en el suelo pasó a regar el espacio contiguo que había ocupado la rana. Una cigarra atravesó el jardín con un vuelo torpe, sacudiendo la parte inferior de su cuerpo y derramando orina. Emitió un chirrido. El abuelo, dándose cuenta de que yo seguía ahí, me sonrió enseñando de nuevo los dientes. «Abuelo, el agua...». Asintió y alzó el brazo en ángulo recto, su cuerpo torcido. Volvió a sonreír. Su boca ya no podía hacerse más grande, pero intentó dibujar una sonrisa aún mayor. No podía oírme. Sus ojos, su nariz y sus mejillas estaban en sombra y daba la sensación de que me estaba sonriendo solo con la boca, sus dientes resplandeciendo por debajo del sombrero de paja. Aquello ni siquiera tenía la forma de una sonrisa, pero no me quedaba otra que creer que lo era. El suelo era ya un lodazal. Estando ahí quieta, de pie, vi al animal negro atravesar la verja a paso ligero. Tenía la cara extrañamente alargada, el morro puntiagudo y unos ojos amarillos que me miraron fijamente. El agua de la manguera salpicó su hocico. El animal reaccionó dando un pequeño salto y aceleró sus pasos. Miré al abuelo. Seguía regando como si nada, sin apenas mirar, emitiendo silbidos con cada respiración. El animal dio unos pasos más con el hocico mojado y sacudió todo su cuerpo con fuerza. Apenas soltó gotas de agua; se debía de haber

mojado muy poco. Su pelo parecía más suave que cuando lo vi la última vez. Y su cola, más corta. ¿Se trataría de otro espécimen? El animal atravesó el jardín con paso firme y desapareció detrás de la casa de mis suegros. El abuelo, que miraba hacia el otro lado, aumentó la fuerza del chorro sin dejar de exhalar silbidos con su boca en forma de pico. La manguera azul se retorció un momento y el agua salió disparada, cortando el aire del jardín. Yo fui detrás del animal.

Entre la casa de mis suegros y la siguiente había un pequeño muro de ladrillos de cemento. Era igual que el que rodeaba la nuestra, pero más alto; mediría unos dos metros. Entre ese muro y la casa de mis suegros había un espacio estrecho por el que podía pasar justo una persona. Debía recibir muy poca luz durante el día y estaba oscuro. Al fondo de ese espacio que ahora veía por primera vez divisé la cola y las patas traseras del animal, que enseguida dobló la esquina y desapareció. Me introduje por aquella franja estrecha. Estaba llena de telarañas, y a medida que fui avanzando se adhirieron a mi cara y se metieron en mi boca. Caminé intentando quitármelas, frotándome la cara pegajosa, hasta llegar al fondo. La pared trasera de la casa de mi suegra tenía trozos de tierra pegados a la pared, como si alguien hubiese restregado un puñado de barro que se hubiese resecado mientras se iba deslizando hacia abajo. Podían ser simplemente manchas, pero no descartaba que fuese algún tipo de nido. Los ladrillos de cemento tenían, aquí y allí, huecos decorativos con filigranas en forma de abanico. Al asomarme por uno de ellos vi el jardín de la casa de al lado, el de la señora Sera. El césped estaba muy verde y sobre él había esparcidas algunas cosas rojas y amarillas, de colores muy vivos. Debían ser los juguetes del niño de cinco años. Me imaginé a la señora Sera regando el jardín con su falda blanca y larga: refrescante, alegre, con un niño jugando a sus pies. Era una imagen radicalmente distinta a la del abuelo, con sus botas llenas de barro. Dejé atrás la casa de mi suegra y llegué a un espacio vacío. No había ni rastro del animal. En su lugar me encontré con un hombre de mediana edad. El canto de las cigarras se detuvo de repente.

El hombre estaba agachado, metiendo la mano por el hueco de las filigranas del muro. Me quedé paralizada. El hombre me miró. Tenía el pelo negro, complexión delgada y una camisa blanca de cuello abierto. Tanto su cara como su camisa me resultaban familiares. ¡Claro! Era la persona que había visto aquel día en el *konbini*, a la que los niños llamaron profesor. «¡Hola!», gritó él. Tragué aire. A sus espaldas se erigía una especie de caseta

prefabricada. El hombre, todo sonriente, me volvió a decir a gritos: «¿Con quién tengo el placer de hablar?».

Suponiendo que se trataba de un intruso y que a lo mejor tenía que gritar para pedir ayuda, estaba a menos distancia de la casa de la señora Sera que de la de mis suegros, pero tampoco sabía si ella estaba dentro en ese momento, y en todo caso el abuelo no oía bien... «Vivo... en la casa... de al lado, soy la... soy la...». «Ah sí, la nuera, no de la casa de al lado, sino de la que está al otro lado, ¿verdad? Sí, te mudaste hace poco, ¿no?». Lo dijo con un tono amistoso. No detecté ninguna maldad en él. Tampoco me pareció que fuese armado, aunque eso nunca se sabe. «Yo soy el primogénito de esta casa, el hermano mayor de Muneaki, nos llevamos muchos años». «¿Qué?». Me quedé boquiabierta. El hombre continuó hablando a toda velocidad. «Así que soy tu... cómo se dice, hay una palabra para eso, está el suegro, está la suegra, yo sería tu... hermano no, cómo se dice, tu...». ¿Hermano? «¿Cuñado?». Mientras respondía retrocedí unos pasos sin que se diese cuenta. ¿Hermano de mi marido? «Sí, eso es, cuñado, porque soy el hermano de tu marido, entonces soy tu cuñado, encantado de conocerte». En ese momento me llegó un olor refrescante, como a hierba recién cortada. El hombre seguía agachado, mirándome sonriente con los dientes para fuera. ¿Cómo era posible? Mi marido era hijo único, si alguien era el primogénito, tenía que ser él. ¿Hermano? «No me habías visto nunca, ¿verdad? Claro que no. Es una especie de tragedia. Yo... vivo en esa choza, el trastero», dijo señalando la caseta prefabricada. Era pequeña, pero tenía dos pisos, y más que un trastero parecía como una de esas viviendas sencillas que instalan como refugios en situaciones de desastre. Las paredes externas estaban pintadas de color crema y también en ellas había varios trozos de tierra adheridos. En la parte de arriba había otro cúmulo de barro con un hueco dentro. La puerta era marrón, con una ventana y una pequeña cerradura. «Es el trastero de esta casa, pero yo llevo viviendo en él solo... ¡desde hace casi veinte años!». «¿Veinte años?», le pregunté atónita. «Sí, ¡veinte años! Hace veinte años seguramente eras todavía una pequeñaja, ¿no? Hace veinte años yo ya era un adolescente y decidí dejar los estudios, me traje una cama a la choza y me instalé ahí. Mis padres debieron pensar que era algo temporal, pero no, nada de eso. Llevaba planeándolo desde pequeño, largarme de casa... solo que no había tenido la oportunidad. Necesitaba un lugar a donde ir. Y justo por ese entonces construyeron la choza, una casa hecha y derecha con dos pisos. Como mis padres habían estado trabajando el campo hasta hacía poco, tenían muchas herramientas y por eso la hicieron de dos plantas, para poder guardarlas todas.

Yo le tenía el ojo echado, ¡y un día subí al segundo piso y me hice con él! Aprovechando la oscuridad de la noche. ¿Qué te parece? Y desde entonces vivo ahí, sin haber trabajado ni una sola vez, ¡qué pedazo de gandul!», dijo de una sola bocanada con clara excitación, y acto seguido frunció el ceño y bajó la voz. «Dicho en palabras de ahora, vendría a ser un *hikikomori*,^[16] un NEET».^[17] Tenía el pelo completamente negro. Era mayor que mi marido, pero no supe decir por cuántos años, era difícil calcular su edad. Sus labios eran delgados y muy rojos. Por la camisa blanca de cuello abierto se transparentaba la camiseta interior que llevaba dentro. Ambas prendas daban la sensación de estar limpias. Sus pantalones eran de un color oscuro, negro o granate, parecidos al uniforme escolar que los adolescentes se ponen en verano. De hecho, a lo mejor era el uniforme. Sus zapatos eran de cuero negro, lustrados y brillantes. Bien pensado, toda su indumentaria era algo extraña. Su mano seguía metida en la apertura del ladrillo, pero no percibí ningún indicio de que hubiese algo o alguien al otro lado del muro. Hacía fresco, aunque era lógico. A diferencia de la parte frontal de la casa, esta zona estaba siempre a la sombra, y el aire que corría era muy frío. A los pies del muro, el musgo cubría el cemento, y donde no crecía el musgo la tierra estaba negra; no embarrada, sino húmeda. Aun así, el caminito estrecho estaba seco. Debía de bifurcarse en algún momento. La humedad llegaba desde el fondo de la tierra, armoniosa, muy distinta al lodo que iba dejando el abuelo. Un aire frío y húmedo me atravesó los pies. Volví a sentir el olor refrescante de antes, una mezcla de tatami fresco e incienso. Del suelo crecía una mata de hierbas moradas con flores blancas. «Es mala hierba del obispo. La abuela solía hacer té con esto. A mi madre no le gustaba el olor, pero como yo era el ojito derecho de mi abuela a mí sí me gustaba. Mi madre nunca lo bebía y tampoco le gustaba que yo lo bebiese. Y por eso ahora crecen tanto. Puedes llevarte unas pocas y hacer té. Creo que primero hay que secar las hojas». «Ah...». Estaban ocurriendo demasiadas cosas en mi cabeza. Me vino a la mente el retrato de la abuela en la sala del altar. Y con ella me llegaron la cara de mi suegra y la de mi marido, y por alguna razón también la de la señora Sera. Por último, apareció el abuelo con su sonrisa extraña. ¿Mi marido tenía un hermano? ¿Mi cuñado? ¿Por qué todo el mundo lo sabía todo sobre mí, pero yo no sabía nada sobre ellos?

«Por cierto, es mejor que no le digas a nadie que me has conocido. Ni a mi madre, ni por supuesto a Muneaki. No les va a parecer bien. Bueno, no me importa que piensen mal de mí, pero no quiero que piensen mal de ti, sería una pena. Tampoco es que te prohíba hablar, ¿eh?». Visualicé la cara de mi

suegra una vez más. Desdoblándose de la de ella emergió el rostro de mi marido frente a mí. No tenía razones para creer que me estuviesen mintiendo, pero lo cierto era que yo no conocía la verdad. Había llegado a aquel lugar por voluntad propia, nadie me había traído a la fuerza, y no es que yo fuese infeliz o estuviese frustrada, pero la realidad es que había muchas cosas que no sabía. Me pregunté por qué el canto de las cigarras no se oía desde ahí. «¿De verdad eres el hermano de Muneaki?». Me pareció que mi voz no era la mía. «Sí, lo soy. Sé que resulta difícil de creer, pero no estarás dudando de mí en serio, ¿no? Si fuese así, si pensases que soy un intruso, deberías salir corriendo e informar de lo que está pasando. Pero estas situaciones son hasta cierto punto intuitivas... Yo no me parezco a Muneaki, ni a mi madre, ni tampoco mucho a mi padre, al que no habrás visto casi. Me imagino que seguirá tan ocupado como siempre. Hace mucho que no veo su coche, no se habrá muerto, ¿no? Se lo acaba de comprar, el Mazda ese plateado. Lleva toda su vida comprándose Mazdas, aunque yo solo llegué a subirme en el Familia. Sale muy pronto por las mañanas y llega muy tarde por las noches... es enfermizo. Siempre tiene que estar haciendo algo, o trabajar, o jugar al golf, o ir a pescar. Cuando éramos pequeños cada vez que estábamos de vacaciones teníamos que hacer una barbacoa o irnos de camping... Así que hasta mi personalidad es opuesta a la de mi padre. Pero al abuelo sí que me parezco un poco, ¿no crees? Me lo dijeron desde que nací, sobre todo la abuela. En diez años me quedaré calvo y será la mayor prueba de que él y yo estamos emparentados». Era un hombre raro, pero no me pareció que tuviese malas intenciones, y además era cierto que se parecía al abuelo, sobre todo en la boca. Tenía esos mismos dientes alargados que se iban ensanchando desde la raíz hacia fuera. También sus pómulos eran anchos y su cabeza tenía un aire a la calva rasa que flotaba dentro del sombrero de paja del abuelo.

El hombre que decía ser mi cuñado se chupó el labio inferior, luego el superior, y sacó la mano del hueco del muro. «Uy», dijo alguien en voz baja, y en ese momento vi una mano pequeña y roja a través del agujero. Al ver que me había sobresaltado un poco, el hombre se puso de pie y me miró. «Es solo un juego que tengo con el chiquitín de la casa de al lado. Bueno, no debería llamarlo chiquitín, que luego se enfada. Ahí donde lo ves, tiene mucho orgullo. Digamos que es mi vecino y amigo. Pero ya es hora de parar. Entre otras cosas, hace mucho calor. Mira cómo se me ha puesto la mano». El hombre acercó sus manos a mis ojos. La que había tenido metida en el hueco del muro estaba totalmente roja. La otra, en cambio, estaba anormalmente pálida. Seguramente era de temperatura corporal baja. A mi marido le pasaba

igual, siempre tenía calor, pero su temperatura era baja, tanto que a veces por la mañana me preguntaba si no estaría muerto. Si eran hermanos, a lo mejor compartían ese rasgo. Me asomé por el hueco del muro, pero el niño se debía haber ido ya, o puede que estuviese situado en algún ángulo muerto; la cuestión es que no vi a nadie, aunque sí noté una presencia cálida. El hombre se encogió de hombros. «Es hijo único y está muy solito. Su abuela es muy mayor, su padre está todo el día trabajando y de la escuela infantil lo expulsaron porque no encajaba. Pobrecito. Yo lo cuidaría encantado». La casa de los Sera estaba en silencio. Quizá la señora había salido. Una de las cosas coloridas que había visto en su jardín era una bota de agua amarilla, de niño, dada la vuelta. El hombre volteó las palmas de sus manos, se examinó las uñas y se las frotó contra un lado de la camisa. «Bueno —dijo—. Háblame un poco de ti. ¿Quién eres y por qué estás aquí?». «¿Qué? Yo... vi un animal negro y...». «Ah, sí, este de aquí», dijo el hombre señalando el suelo. Había un agujero redondo con una rejilla metálica cuadriculada encima. «Está ahí dentro». «¿Cómo? ¿Dentro?». Alargué el cuello para mirar y en el interior completamente oscuro vislumbré algo alargado y blanco. «Hay algo blanco». «Son los colmillos. Son muy graciosos, curvaditos, pero también están duros y afilados, así que son un arma, los colmillos». «¿Colmillos?». No recordaba haber visto ningún colmillo en aquel animal, pero no estaba segura. Ya no estaba segura de nada. «¿Qué clase de animal es?». «Ni idea». El hombre se encogió de hombros. Pude ver a través de su camisa una complexión huesuda. «No tengo respuesta para todo. Pero puedo hablarte de su carácter y de sus costumbres, aunque sea solo como resultado de mis observaciones». «¿Observaciones?». El hombre soltó una carcajada. «Este agujero es nuestro antiguo pozo. La casa está levantada sobre un terreno bastante húmedo. El pozo ya no funciona, sellaron el fondo con cemento... pero será que se parece a las madrigueras que cava en la tierra, porque le gusta meterse ahí y dormir. No viene todos los días, pero sí de vez en cuando. Y cada vez que lo veo dormir, hago así». Y diciendo esto dio unos golpecitos con el pie a la rejilla metálica. Un ciempiés diminuto que la estaba atravesando se escurrió hacia el interior. «Le cierro la tapadera. Se supone que solo se puede abrir si tiras de ella cuidadosamente con los dedos, pero es tan inteligente que la termina abriendo con sus colmillos, empujando... Así que no sirve de mucho ponerla, pero imagínate que se acostumbra y se queda, ¿no sería estupendo? Aunque suele cavar sus propias madrigueras, a veces también se instala en agujeros que ya están hechos». Me quedé observando el antiguo pozo un buen rato, pero la cosa blanca no se movió. Me costaba creer que aquello fuese parte de

un animal, y que fuese un diente, y que ese animal hubiese estado caminando delante de mí, como si nada, hasta hacía unos momentos. Daba la sensación de que llevaba mucho tiempo durmiendo ahí. Al interior del agujero no llegaba ni un rayo de sol. Intenté distinguir sus ojos, pero no pude. Poco a poco el colmillo se fue difuminando en la oscuridad y también dejé de verlo. «¿Has hecho alguna búsqueda en internet?». «¿Qué? ¿Internet?». «Sí, con palabras clave como “animal negro” o “colmillo”». «¿Y qué ganas con eso? —dijo inclinando la cabeza—. Nunca he utilizado internet. No tengo ni ordenador ni nada, ni siquiera un televisor. Pero sé lo que es, sale en los cómics. ¿Tú tienes ese tipo de aparatos?». Asentí. «¿Y qué podría yo descubrir si hago una búsqueda en internet?». «Su nombre, sus hábitos...». Al decir esto me invadió la duda. En internet podría encontrar información general, pero seguramente no hallaría nada específico sobre ese animal. Y no sería necesariamente fiable. Además, ¿de qué me servía conocer la clase de animal que era, qué comía, cuáles eran sus hábitos y su esperanza de vida o de qué especie había evolucionado? Lo que yo necesitaba averiguar no tenía nada que ver con eso. De nuevo, desde el interior del agujero me llegó un olor refrescante que no era de origen animal. Quizá era el agua. Sí, era el agua lo que tanto olía en esa parte trasera del jardín, un olor a agua antigua, subterránea, mezclada con musgo y algas y raíces.

Con cautela, puse despacio un pie sobre la rejilla. La circunferencia del agujero era dos veces más ancha que yo. Parecía idéntico al hoyo en el que me había caído a orillas del río y que seguramente —ya no me cabía la menor duda— había cavado este animal. Tenía que ser así. Estaba a punto de preguntárselo al hombre cuando me dijo, enérgico: «¡Ah, sí! El otro día fuiste al *konbini*, ¿no? Estaba lleno de niños y no te dejaban pasar. No pude evitar echarte una mano». Se rió enseñando los dientes. Por su gesto deduje que estaba esperando a que le mostrase mi agradecimiento. «Sí, muchas gracias». Bajé la cabeza. «No, no fue nada». El hombre enseñó todavía más la dentadura. «¿Cómo iba yo a saber que eras la mujer de Mune? No te gustan mucho los niños, ¿no? Por eso te centras en los animales. ¿O es que los chavales te dan miedo? ¿O es al revés, y te encantan? Cuando te dan igual los niños te es indiferente si están o no. Hay un chico que trabaja en las obras de la carretera y que va mucho a comprar comida ahí. Él los ignora por completo, los esquivo como puede, pasa por encima de ellos, los pisa, los aparta con la mano. Si los niños te ven dudar, como te pasó a ti, les llama la atención y se acercan. No tienen ninguna maldad, son todos muy buenos, simplemente están aburridos. Suelen jugar en el río. Para ir al *konbini* pasaste

por el río, ¿verdad? Está en mitad del campo. Es increíble que hoy en día tengas que caminar por el borde de un río para llegar a una tienda, pero hay que agradecer que esté ahí. Antes, los niños tenían que ir hasta la cooperativa para comprar helados o cosas así. Y si querían hojear algún cómic, tenían que ir hasta la librería, que está muy lejos. El *konbini* es una maravilla, ¿a que sí? Eso y el río son nuestro campo de batalla. Así que a fin de cuentas no soy un *hikikomori*, salgo a divertirme». El hombre habló sin parar, casi sin tragar aire. Cuando por fin pude hallar un resquicio entre sus palabras, le dije: «El otro día me caí en un agujero como este». Él hizo una mueca de desagrado. «¿Qué? ¿Dónde? ¿Cómo?». «A orillas del río. Apareció este animal, me puse a seguirlo y me caí». «Qué tonta». El hombre escupió estas palabras. Lo miré, sorprendida. «Hay que ser muy tonto para caerse en un agujero», dijo algo malhumorado. «¿Estaba vacío?». Al verme asentir, frunció aún más el ceño. «Bueno, en ese caso... Yo nunca haría algo así. Primero, es peligroso. Segundo, es estúpido. Tercero, causas molestias a otros inútilmente. ¿Quién te pensaste que eras, Alicia en el país de las maravillas? La niña esa que se cae en un agujero mientras persigue a un conejo, y entonces empieza una gran aventura. ¿Te pensaste que eras algo así?». El hombre volvió a encogerse de hombros. Yo estaba estupefacta. Su forma de encoger los hombros era idéntica a la de mi suegra. Empecé a convencerme de que realmente era hermano de mi marido y por lo tanto hijo de mi suegra. ¿Por qué me lo habrían ocultado hasta ahora? ¿No había en el certificado de matrimonio alguna rúbrica en la que teníamos que decir si mi marido era primogénito o no? ¿Acaso dimos esa información cuando nos empadronamos aquí? Me pareció que no, aunque quizá lo habían camuflado con mucho cuidado. ¿Pero cómo era posible que alguien le ocultase a la persona con la que se había casado la existencia no de un tío, ni de un primo, sino de su propio hermano? ¿Era posible que ocurriese algo así? Y, sobre todo, ¿por qué? ¿Les daba vergüenza que se tratase de un *hikikomori*? ¿O había algún otro problema con él? ¿Debía aclararlo con mi suegra o con mi marido? La duda me paralizó. Intenté convencerme de que tal vez no tenía tanta importancia, pero sí, sí la tenía. No estaba pensando en la herencia ni nada por el estilo, pero si dentro de unas décadas me tocase hacer algún papeleo de ese tipo, esto iba a ser sin duda un problema. No me importaba perder dinero o si, por una cuestión de derechos, tenía que renunciar a algún beneficio. Simplemente no quería problemas. ¿De verdad era mi cuñado? ¿Por qué no me habían dicho nada hasta ahora? ¿Iba a tener que seguir viviendo como si nada, ignorando su existencia en la caseta del jardín? ¿Qué iba a pasar cuando envejeciese?

¿Cómo se lo iba a decir a mi marido? ¿A mi suegra? Oye, ¿no tendrás en realidad un hermano mayor? Eh... ¿Estás segura de que Muneaki es tu único hijo y por lo tanto es el primogénito? Cuanto más intentaba buscar las palabras más se enturbiaba todo en mi cabeza. Me sentí totalmente estúpida. ¿Por qué no me lo habían dicho al menos cuando decidimos mudarnos a la casa? Sí, la caseta estaba apartada y a la sombra y había tardado en encontrarla, pero él estaba viviendo ahí, no era algo que pudiesen mantener en secreto eternamente. Más bien, la gran aventura era esta. «No lo sé...». El hombre rebuznó: «¿No lo sabes? Qué ridiculez. Pues yo sí lo sé, porque yo soy ese conejo». «¿Qué?». «El conejo que Alicia persigue no es un simple conejo, es una especie de mayordomo de la reina, un sirviente, ¿recuerdas? Pero antes de caer en el agujero lo que ve Alicia es un conejo normal y corriente, de esos que dan saltitos por la campiña inglesa. Quien persigue a ese conejo por las escaleras es solo una niña traviesa y asilvestrada, pero las cosas cambian cuando se cae en el agujero. El conejo pasa a ser un obrero con una personalidad definida. O más bien un gerente de medio nivel, ¿te acuerdas de la importancia que se da? Incluso en las ilustraciones. Es la historia de una niña traviesa que se sumerge en su fantasía. Esa es la gran aventura. Yo vendría a ser el conejo que ella ve después de caer en el agujero». No entendí nada de lo que me estaba diciendo. El hombre siguió, sin inmutarse: «Bueno, en realidad ni lo que has visto es un conejo ni se trata de una gran aventura. No es más que esto —dijo señalando el agujero. La mano que se había enrojecido después de dársela al niño a través del muro estaba ahora igual de pálida que la otra—. Siempre merodea por esta zona y no sé cómo se llama, pero lleva mucho mucho tiempo por aquí. Es un animal, un simple mamífero. Quizá deberíamos ponerle un nombre. Yo, personalmente, no tengo inconveniente en llamarlo “este”, pero es más práctico que entre nosotros nos podamos referir a él de alguna manera cuando hablamos. Creo que tienes ganas de hablar sobre él, hasta quieres buscar su nombre en internet. Para eso se lo ponemos nosotros. Aunque supongo que tenemos cosas más importantes de las que charlar, siendo los dos adultos, no como el chiquitín de al lado. “¡Ay, que nooo! ¡Que no eres un chiquitín, que eres ya un hombre hecho y derecho!”. Pero bueno, ¿qué te estaba diciendo? Ah sí, un nombre». «Un nombre...». «Elígelo tú, al fin y al cabo, tú te caíste en su agujero. ¿Qué habrías hecho si no hubieses podido salir? ¿Vivir con él toda la vida?». Se me quedó mirando. El blanco de sus ojos era increíblemente blanco. «Te digo que le pongamos un nombre, ¡un nombre! Empecemos por el tuyo. ¿Cómo te llamas?». Dudé un momento. «Me llamo

Asahi», respondí. «¡Asahi! Me suena a una marca antigua de tabaco. Vale, entonces a este animal también lo llamaremos Asahi». «¿Cómo?». «¡Que es broma! Para la próxima vez que nos veamos se te tiene que haber ocurrido un nombre. Serán tus deberes. De lo contrario te meteré en el agujero y pondré la tapadera y unos bloques de cemento encima. No, estoy de broma. No quiero asustarte. Aunque yo también estoy un poco asustado, siempre estoy con niños y no hablo con adultos muy a menudo». «¿Con Muneaki y con tu madre no hablas nunca?». «Nunca hablo con ellos, ¡te lo acabo de decir! Pero sí los oigo hablar. Por esa rejilla de ventilación que hay ahí puedo oír la voz de mi madre. Como ella te llama siempre Asa me imaginé que tu nombre sería Asako o Asami, pero resulta que eres Asahi. Y como no te oía responder pensé que a lo mejor eras muda, pero no. Mi madre ha engordado últimamente, ¿no crees? Veo la ropa tendida y pienso que es la de un luchador de sumo».

Me pregunté de qué se alimentaba aquel hombre a diario, cómo pasaba los días, de dónde había sacado la ropa y los zapatos que llevaba puestos. ¿Cómo conseguía el dinero? Quise preguntárselo, pero no pude. El hombre dio dos o tres palmadas. «Muy bien, vámonos. Al río. Donde el agujero. Como señal de nuestra nueva amistad te haré de guía, el río es muy bonito en realidad. Y quiero ver el agujero en el que te caíste. Deberíamos cubrirlo de tierra, es peligroso, imagínate que se cae un niño, no podría salir. ¡Pero un momento! Antes me tengo que lavar la cara». El hombre se mojó las manos en un fregadero que había a un lado de la caseta, se enjuagó la cara y se la secó con una toalla desgastada que colgaba junto al grifo. «Me lavo la cara varias veces al día porque se me queda pegajosa, ¿sabes? Esta agua es del pozo, ahora la extraemos por aquí con una bomba. Está fresca y riquísima, pero como no pasó la inspección sanitaria soy el único que la bebe. Me da igual morirme pronto. Pero tú no deberías beberla, ¿eh? Aunque seguramente no tengas ninguna intención de hacerlo. Ja, ja, ja. Qué tontería, beber del pozo cuando puedes comprarte cualquier cosa en el *konbini* o beber agua potable del grifo de la cocina. Bueno, vámonos ya. Dime, ¿por dónde estaba el agujero?». «Estaba en frente del *konbini*, en la ribera». El hombre empezó a caminar rápido, despreocupadamente, sin prestar atención a su alrededor. Yo sí fui inspeccionando el entorno y seguí sus pasos apresurada. Las ventanas de la casa de la señora Sera tenían las cortinas cerradas. «No es fácil salir de un agujero. ¿No era muy profundo acaso? Ese animal suele cavar hoyos muy hondos. Cuanto más hondo, más fresco está en verano y más cálido en invierno... Me encantaría que lo vieses cavar. Es espectacular cómo levanta

la tierra. Tuviste suerte, te podrías haber muerto». «¿Y cómo sale entonces el animal?». «Estira las patas y va girando sobre sí mismo con la espalda pegada a la pared y el trasero para arriba. Es realmente extraño. ¿Tuviste tú también que hacer eso?». «No».

Dejamos atrás el caminito del fondo de la casa y salimos al jardín. El abuelo seguía regando. Giró la cabeza hacia nosotros y abrió la boca. Me pareció que miraba al hombre. No dijo nada. Sus ojos estaban en sombra y no podía verlos, pero su sonrisa era distinta a la que normalmente me dirigía a mí. El brazo que sostenía la manguera quedó colgando y el agua chorreó hacia abajo. El hombre alzó la mano hacia el abuelo. El abuelo balanceó la punta de la manguera de un lado a otro, despacio. Si el abuelo reaccionaba así era porque lo tenía que conocer. Aquel hombre tenía que ser mi cuñado. ¿Le iba a pedir también al abuelo que no dijese nada respecto a nuestro encuentro? ¿Qué pasaría si lo hablase con mi suegra? ¿Debía impedirselo? Indiferente a mi preocupación, mi cuñado volvió a abrir la boca. «Este año las cigarras están insoportables». En ese instante la gran cigarra marrón empezó a emitir su sonido ensordecedor. «Desde mi caseta se oyen todos los ruidos del exterior, es tremendo. Estoy a punto de convertirme yo mismo en una cigarra». Mientras decía esto atravesó la verja. El abuelo seguía de pie, con su brazo colgando, tan lánguido que parecía una sombra. El agua continuaba brotando de la manguera. «¿A ti no te molestan las cigarras?». «Sí me molestan. Pero pensé que esto era habitual todos los años». Mi cuñado rebuznó. «¡Ah! Pensaste que como estamos en el campo siempre es así, ¿eh? No, este debe de ser un verano especial para ellas». Lamenté no haber traído un sombrero o una sombrilla. No había nadie, ni en la carretera ni detrás de las ventanas de las casas. Daba la impresión de que había una regla tácita por la que nadie salía a la calle durante el día. Quizá la había y yo no lo sabía. O quizá simplemente esa zona estaba deshabitada. Quizá mi cuñado, el abuelo, el animal, las cigarras y yo éramos los únicos en aquel lugar. «Ese no se acostumbra a las personas. No se ha acostumbrado a nadie, que yo sepa. Tampoco sabemos en qué circunstancias llegó aquí. Es un lobo solitario. Claro, que no es un lobo». Mi cuñado siguió hablando entre el chillido de las cigarras. A veces me costaba oírle, pero pude entender casi todo lo que me decía.

«¿Por qué no hará nada la agencia sanitaria?». «¿La agencia sanitaria? — Mi cuñado abrió mucho los ojos sorprendido—. ¿Y qué va a hacer la agencia sanitaria?». «Me refiero a... que se deshagan de él o algo así». «No se pueden deshacer de él si no ha causado ningún daño». Pensé en decirle que,

precisamente, caerse en su madriguera constituía un daño, pero antes de poder abrir la boca él empezó a hablar escupiendo saliva. «Si fuese así, tendrían que exterminar a todos los gatos callejeros. De vez en cuando hay alguno que hace caca en el jardín, y hace años hubo una que parió en el garaje y se largó. Eso sí que fue un problema. Los cuervos se acercaban todo el rato para comerse a las crías y tuve que pasarme el día de pie, espantándolos. No sé a dónde se iría la gata madre, pero nunca volvió a aparecer. Qué irresponsable y cruel. Desde entonces, cada vez que veo a un gato en el jardín lo espanto. Quien me vea pensará que estoy loco, pero es que no quiero que vengan a parir aquí». «¿Entonces a nadie le importa que esté ahí?». «¿Que esté quién?». «Quiero decir... el animal negro». «¿Ves cómo necesitamos ponerle un nombre? Yo creo que no tienen interés. O puede que no lo vean, simplemente. No son el tipo de persona que se va fijando en un animal que camina por ahí, en la cigarra que vuela por allá, en el trozo de helado caído en el suelo, en el *hikikomori*. No se fijan. Son personas que no miran, vaya. Lo que no quieren ver no lo ven. También hay muchas cosas que tú no estás viendo». A medida que nos acercábamos al río mi cuñado aceleró sus pasos, casi dando brincos. Su forma de andar no era la de una persona normal. ¿Sería por eso por lo que tanto mi suegra como mi marido querían ocultarme su existencia? «Lleva cavando agujeros durante años en solitario, qué triste, ¿no? Hace tiempo que no lo veo ni crecer ni adelgazar. Como está solo no puede aparearse, ni siquiera sabemos cuánto vivirá. Siempre está cavando madrigueras, metiéndose en ellas, saliendo otra vez, deambulando. ¡Es como yo! Habré envejecido, pero la verdad es que nada ha cambiado desde que me encerré, hace ya veinte años. Lo único que es diferente ahora son los famosos que salen en los cómics, la marca de fideos instantáneos o el tipo de comida preparada que compro en el *konbini*. Últimamente, incluso venden arroz con auténtico tofu picante al estilo Sichuan o fideos fritos con revuelto de melón amargo... O por ejemplo las salsas para las ensaladas, ahora te las venden aparte». «Ah». Me quedé callada. Mi cuñado no parecía estar pasando calor. No había ni una gota de sudor en él. Sus mejillas seguían pálidas, sin ningún indicio de que les hubiese dado el sol. Me pregunté si tendría aire acondicionado en la caseta; de lo contrario, ¿cómo se las ingeniaba para que no le diese un golpe de calor? ¿Estaría acostumbrado al clima? Continuó avanzando con su andar extraño, dando un paso, luego dos o tres más cortos, como si estuviese teniendo una pataleta. Yo, que caminaba a su lado, no sabía a qué ritmo ir para no adelantarlo.

Cuando ya estábamos cerca del río volvió a aparecer la ribera, completamente cubierta de hierbas. Me llegó un olor refrescante. También había zonas de arena sin plantas, llenas de piedras. Me pareció que la corriente tenía más caudal, quizá debido a la lluvia del día anterior. A pesar de estar cerca de una urbanización, el agua no estaba turbia, se veía transparente, verdosa, como si naciese de un manantial. Mi cuñado señaló con el dedo. Entre la maleza al borde del río apareció un niño con un gorrito amarillo típico de los que se solían poner los alumnos de la escuela infantil hace décadas. El niño salió dando un salto, se lanzó al agua y se puso a nadar salpicando y avanzando corriente abajo. Un ave acuática que caminaba por el río alzó vuelo, se enderezó y se perdió en el cielo. Me detuve. De repente los movimientos del niño que nadaba se volvieron algo violentos. Lo observé un rato. El pequeño dio un salto, cogió impulso y se zambulló de cabeza. Nunca me imaginé que el río pudiese ser tan profundo. El gorro amarillo se quedó flotando sobre el agua. Enseguida el niño sacó la cabeza a la superficie y se frotó la cara con las dos manos. Al verlo reírse respiré con alivio.

A medida que avanzamos por la ribera fueron apareciendo más y más niños. Los había mayores y pequeños. Algunos estaban dentro del río, otros en la orilla. Jugaban a pescar o a cazar insectos con una red, tiraban piedras al agua y perseguían a los peces entre gritos de alegría. «¡Aaaah! ¡Aaaah!», los oía exclamar con voces agudas. Los había con bañador y gorro de natación. Sobre la arena se alineaban numerosos pares de zapatos infantiles. Uno de ellos tenía una caña de pescar sumergida en el agua y una cestita para pesca en la cintura. La caña se dobló y el niño tiró de ella y sacó un pez azulado que destelló al sol. Por la apertura de la cesta asomaban una cabeza y una cola de pez.

En el matorral, en las partes más tupidas, vi algo negro que aparecía y desaparecía. Eran cabezas de niños. Me preocupó que pudiesen cortarse con las hojas afiladas del pasto o que aquello estuviese plagado de ácaros. Estaban jugando a algo que yo desconocía en una especie de fuerte construido con plantas. De vez en cuando uno salía corriendo de la maleza dando un grito y los demás se reían a carcajadas. El que había salido corriendo se ponía a contar y los otros volvían a esconderse entre la maleza. Había un grupo de niños extendiendo en el suelo unos platos y vasos de juguete, y varias parejas de niñas recogían flores y se las colocaban en el pelo unas a otras.

Hubo peleas, acuerdos y reconciliaciones, enfados y llantos que se perdieron entre gritos de alegría al son de «piedra, papel o tijera». Yo estaba atónita. ¿De dónde habían salido tantos niños? ¿Por qué estaban jugando ahí,

todos juntos? «Son las vacaciones de verano». «¿Vacaciones de verano?». Claro, había perdido la noción del tiempo, pero ya era esa época del año. Vivía sin saber en qué día o mes estábamos. Solo me fijaba en el día de la semana para saber cuándo tenía que sacar la basura, o para no perderme las ofertas. «Dentro de poco será Obon. Si no juegan ahora, ¿cuándo van a hacerlo?». En Obon nos tocaba visitar a mis padres. Me había puesto de acuerdo con mi marido para concretar la fecha, pero realmente no había consultado mi agenda desde que nos mudamos. Las fiestas debían estar al caer. El día de la mudanza guardé mi bolso en algún lugar, con la agenda y el sobre del «regalo apreciativo» dentro, y no lo había vuelto a sacar. Ya ni siquiera prestaba atención al calendario. Habían pasado algo más de dos meses desde que nos mudamos y yo no sabía ni dónde ni cómo se habían esfumado los días. Oí a los niños cantar. Era la canción del cuco pero con la letra cambiada, o eso me pareció, aunque no pude identificarla bien. Un niño algo más mayor le indicaba a uno más pequeño que amontonase las piedras para construir una presa. Yo caminaba observándolos con admiración. El cielo estaba azul, con una nube enorme y blanca a lo lejos. La hierba estaba verde, y el río, límpido. Un pájaro de gran tamaño se zambulló en el agua y los niños dieron gritos de alegría. «¿A que es un buen río? —dijo mi cuñado con tono orgulloso—. Es un río maravilloso, un tesoro para la vida salvaje y el mejor parque para los niños. ¿Te puedes creer que cuando yo era pequeño esto era mucho más bonito? Había truchas y todo. Pero se ha contaminado mucho. Construyeron esas urbanizaciones de ahí y ahora sirve de desagüe para las aguas residuales domésticas. Es una pena. Pero todavía sigue recibiendo aves migratorias, y quedan algunos peces, aunque todos muy pequeños, como del tamaño del pulgar. También hay muchos insectos. Grillotopos, libélulas, saltamontes sin una pata o sin un ala. Porque los niños los cogen, juegan con ellos, los sueltan y los vuelven a capturar. Del río te puedo contar lo que quieras. Normalmente los niños crecen y dejan de hacer caso a tanta pradera y tanto río y tanto cómic en el *konbini*, pero yo no. Lo mío es crónico».

«¡Profe!». Oí una voz aguda. Unos cuantos niños subieron por la ribera y corrieron hacia nosotros. Uno de ellos llevaba una botella de plástico en la mano. «¡Profe! ¡Profe! ¡Mira!». «¿Eres su profesor?», le pregunté. Mi cuñado se encogió de hombros. «Ya te he dicho que no trabajo», respondió. Luego bajó la voz y empezó a hablar muy rápido: que si se pasaba el día deambulando por ahí, que de qué otra manera podían llamar a un adulto que jugaba todo el tiempo con ellos, y cosas por el estilo. «Soy demasiado mayor

para que me llamen “chaval”, y creo que no me llaman “señor” para no ofenderme. ¡Qué considerados, estos niños, que no quieren ofender a un hombre mayor!». «¡Profe!». Antes de que mi cuñado pudiese terminar de hablar, uno de los niños le enseñó una botella de plástico de un litro. El interior estaba seco y contenía unos cuantos ciempiés vivos. Negros y brillantes, trataban de subir por la pared de la botella, pero caían una y otra vez, provocando las risas de los niños a cada intento. Mi cuñado elevó la botella al sol, la inclinó, observó el interior y me la entregó. Pesaba más de lo que había imaginado. Los ciempiés intentaban escalar subiéndose unos encima de otros y el punto de peso de la botella variaba en función de ese movimiento. Sentí un cosquilleo en la mano. «Es para que mi abuela los ponga en aceite». «Pero huele fatal cuando los ponen en aceite», dijeron en voz alta. Los ciempiés tenían algunas zonas blancas en la parte ventral. «Qué asco». Al oírme decir esto el niño se puso serio, me quitó la botella de las manos y se la guardó en el interior de la camiseta. Le vi el ombligo, tostado por el sol. Desde el interior de la camiseta pude oír el ruido seco de las patas de los ciempiés rascando la botella. «¡Son unos ciempiés magníficos! ¡Magníficos! —dijo mi cuñado frotándose la boca—. ¡Pero cuidado que no os piquen!». «No pasa nada, con el aceite del ciempiés se nos cura». «Pero huele fatal, te vas a quedar sin olfato de lo mal que huele, no es normal».

A lo lejos sonaron unos fuegos artificiales. Una libélula negra sobrevoló el río acariciando la superficie. Los niños lanzaron la red, pero la libélula la esquivó y se posó en el agua. «¿Por qué decidiste irte de casa?», pregunté. Mi cuñado adoptó un gesto triste y enseguida soltó una carcajada. Su forma de sacar los dientes no era parecida, sino idéntica a la del abuelo. «¡No me llevaba bien con mi familia! —dijo en medio de una risa histérica—. ¡Cómo decirte! No son mala gente. Ni mi madre ni los demás. Por lo menos son buenos ciudadanos y cumplen con sus deberes cívicos. ¡Yo también lo soy! No soy peligroso ni para los humanos ni para los animales. En todo caso no son mala gente. Las familias son un sistema extraño, ¿no te parece? Un hombre y una mujer, macho y hembra, se aparean, ¿para qué? Para dejar descendencia. ¿Pero tiene todo el mundo que dejar descendencia? Para cuidarme a mí, un hijo que no sabían si valía o no valía, mi padre se deslomó trabajando y mi madre se vio forzada a vivir bajo el mismo techo con una señora con la que ni estaba emparentada ni se entendía bien. Y aunque mi abuela murió joven, mi madre tuvo que cuidarla hasta el final, y no fue una muerte fácil. Pasaron mil cosas hasta que se murió. Y además de todo eso se ha dedicado a servir a su suegro, un señor muy malhumorado. Es un sistema

que sacrifica la voluntad individual. La nuera, la suegra... Mis padres han hecho todo esto solo para dejar descendencia en el mundo. Eso es lo que me repugna. Me repugnaba. ¿Entiendes? No, es imposible que lo entiendas. Ja, ja, ja, es mejor que no lo entiendas. Con un rebelde en la familia basta. Yo no podía soportarlo... y hui. Menos mal que tengo un hermano al que le va muy bien en la vida, que se ha casado y que ha traído una nuera a la familia. La verdad es que es un gran alivio. Pero si analizo ese alivio, puede que en el fondo yo también esté deseando tener algún tipo de descendencia, aunque no venga directamente de mí. Es complicado... ¡y vergonzoso! ¡A mi edad! Sí, vergonzoso. Mi vida es vergonzosa, yo soy la vergüenza de la familia, hasta el punto de que te ocultaron mi existencia...». «Creo que el agujero estaba por aquí». El edificio de la orilla de enfrente me resultaba familiar. Pero el hoyo no estaba ahí. Mi cuñado inspeccionó la zona pisando la hierba con sus zapatos de cuero negro, pero el agujero no apareció por ninguna parte. Tampoco estaba el escarabajo arrocero.

Dos niños asomaron su cara entre el pasto. «¡Profe! ¿Qué haces?». «¿Esa es tu mujer?», gritaron. Mi cuñado se llevó un dedo a los labios y dijo: «Shhh, no digas tonterías, a ver si me voy a meter en un lío. Es la mujer de mi hermano». «¡La mujer de tu hermano!». «¿Y quién es la mujer de tu hermano?». «Pues es una persona muy buena». «Pero profe, ¿qué estás haciendo aquí?». «Ando buscando un agujero. ¿No has visto un agujero?». «¿Un agujeroooo?». Los niños se miraron y dijeron al unísono: «¡Pero si esto está lleno de agujeros!». En ese momento uno de ellos dio un salto y desapareció en la tierra. Mi cuñado y el otro niño se rieron a carcajadas. Yo estaba estupefacta. De repente vi que había un agujero en frente de mis ojos. El niño se había deslizado hacia el interior y ahora se reía dentro haciendo temblar su cuerpo. «¡Está lleno de agujeros!». Realmente aquello estaba lleno de agujeros. Los había grandes y pequeños, poco profundos y en forma de mortero, trampas infantiles con hierba amontonada encima; otro tan estrecho que parecía hecho con un tubo, y otro con agua encharcada ondeando suavemente. Un enjambre de insectos alados bullía del interior. Aquí y allí empezaron a asomar cabezas de niños que se reían a carcajadas. Incluso daba la impresión de que germinaban de ahí, del fondo de las cavidades. Mi cuñado se partía de risa. «Y... ¿el animal?». «¡Profe, la mujer de tu hermano te está diciendo algo!». «Yo no me voy a meter en el agujero, ¿eh?», dijo mi cuñado sin parar de reírse. «¡Yo no pienso meterme!, ¡no pienso meterme en un agujero!». Yo no sabía cuál de aquellos era el hoyo en el que me había caído. Me pareció que no era ninguno de ellos. «¡Está lleno de agujeros! ¡Lleno de

agujeros!». Me quedé quieta mirando, pero al cabo de un rato me sentí estúpida y empecé a subir la cuesta de la ribera sola. Pensé que mi cuñado me seguiría, pero ni siquiera me dijo algo. Caminando de vuelta por el sendero me pareció que había todavía más niños que antes. Alguno que otro estaba en ropa interior, unos bailaban una danza extraña y otros hacían corro alrededor de un niño pequeño que estaba haciendo caca allí mismo, en el suelo. Nada más llegar a casa miré hacia el jardín de mis suegros. El abuelo estaba apuntando al cielo con la manguera, de pie bajo un chorro de agua que se dispersaba como la niebla. Un arcoíris se posó sobre él.

Tal y como había dicho mi cuñado, Obon llegó en un abrir y cerrar de ojos. Fuimos a visitar a mis padres. A solas con mi marido en el coche pensé una y otra vez en preguntarle acerca de su hermano, pero al final no me atreví. Si me hubiese atrevido y él me hubiese dicho que no tenía ningún hermano, ¿entonces quién era el hombre al que yo había conocido? Y si, por el contrario, me hubiese dicho: «Sí, en realidad tengo un hermano», no habría sabido cómo reaccionar. Mi marido había puesto jazz en el coche y fingí quedarme dormida. Pasamos dos noches fuera, y cuando volvimos a él ya solo le quedaba un día de vacaciones, que pasó con un amigo de la universidad. Me invitó a salir con ellos, pero dije que no. Creo que él ya sabía cuál iba a ser mi respuesta. Mi suegra también estaba de vacaciones y el abuelo se pasó el día durmiendo frente a la tele. Por la tarde la veía salir al jardín y regarlo, algo que no le llevaba más de diez minutos. Ayer, tanto ella como mi marido volvieron al trabajo.

En mitad de la noche, al otro lado de la ventana todavía oscura, oí un ruido sutil. Era un sonido apenas perceptible, pero me desperté y salí de la cama a mirar. El aro de luz de la farola de mis suegros se había resquebrajado y se acababa de recomponer. Al deslizar mi vista hacia el otro lado vi, iluminada por la farola de mis vecinos, una silueta humana salir del portal. Me pareció que era el abuelo. Miré a mi marido. Dormía profundamente. Parecía un muñeco de porcelana.

Dejé el dormitorio en silencio, bajé las escaleras a toda prisa y salí a la calle. De la casa de mis suegros no llegaba ni un solo ruido. No parecía que mi suegra se hubiese percatado de que el abuelo había salido. Busqué su espalda en la calle oscura. Apenas había farolas y la única luz que iluminaba el camino venía de las lamparitas en la entrada de las casas. No logré encontrar al abuelo en la zona que estaba alumbrada. Inspeccioné el lugar intentando ver a través del aire negro y espeso, y en un punto me pareció que

el aire se rompía y se movía tembloroso. Corrí hacia allí. Apenas habían pasado unos instantes desde que bajé las escaleras de mi casa, me puse los zapatos y salí, por lo que el abuelo no podía andar muy lejos, pero bastaba con que yo estuviese buscando en la dirección equivocada para perderlo de vista. Corrí hacia delante, casi tropezando, y entonces vi la espalda de alguien. «¡Tú!». Era mi cuñado. «Eh... yo...». «El abuelo, ¿no? Está ahí, caminando delante de mí». Señaló con el dedo. Detrás de su camisa blanca vi al abuelo, de espaldas, dando zancadas grandes. Andaba bastante rápido y parecía seguro de su destino. «¿A dónde va?», le pregunté. «Ni idea —dijo malhumorado—. Dio la casualidad de que yo estaba en el jardín y lo vi. Y tú, ¿cómo es que te diste cuenta?». «Oí un ruido». «Ah... Tienes buen oído. ¿No tendrás oído absoluto?». Negué con la cabeza. «Claro que no. Yo tampoco», dijo con aparente satisfacción. Era una noche turbia, sin luna ni estrellas. Todas las casas estaban sumidas en el silencio. Las cigarras no cantaban. Mi cuñado estaba callado y yo tampoco dije nada. El abuelo daba pasos rápidos. Me dio miedo avanzar a tanta velocidad, pero seguí caminando detrás de él.

El abuelo se metió por el sendero del río. Mi cuñado y yo lo seguimos. Había mucha distancia entre una farola y otra y la iluminación era escasa. Hacía fresco. El canto de un insecto distinto al de la cigarra se extendió alrededor. Me pareció que venía de debajo de la tierra, de algo más pequeño y delicado que un grillo o un grillo campana. Nacía en la maleza a orillas del río e impregnaba todo el entorno. Una ráfaga de aire frío me entró por la manga de la camiseta vieja que utilizaba de pijama y me puso la piel de gallina. Mi cuñado caminaba sin ganas. Pensé que tenía que llevarse al abuelo de vuelta a su casa cuanto antes, pero al ver los pasos firmes y decididos del anciano me pareció entenderlo. El abuelo tenía claro a dónde iba; no había que impedirselo. Fijé la vista en la luz tenue de las farolas y en los faros de los coches ocasionales que circulaban al otro lado del río. El abuelo llevaba una especie de polo, una prenda con cuello que no parecía un pijama. Mi cuñado iba vestido con la camisa que le había visto las otras dos ocasiones, blanca y de cuello abierto, y el mismo calzado negro. Como la camisa era totalmente blanca resaltaba en la noche de una forma extraña. Sus zapatos de cuero retumbaban sobre el sendero asfaltado. El abuelo no se giró hacia nosotros en ningún momento, ni siquiera cuando mi cuñado estornudó: siguió avanzando sin darse la vuelta.

Caminó un buen rato a orillas del río hasta que, de repente, empezó a bajar la cuesta de la ribera cubierta de hierba. El canto de los insectos se calmó un momento, luego recuperó el volumen. El abuelo iba apartando la

hierba y aplastándola con los pies. Y entonces desapareció. La superficie del río se iluminaba y oscurecía con los coches que pasaban de forma esporádica. «Un agujero». Al decir esto, mi cuñado se detuvo y se quedó quieto. «¿Un agujero?», le pregunté, pero él no me respondió. No me quedó otra que seguir al abuelo cuesta abajo. Algo se partió bajo la suela de mi zapato. Un enjambre de insectos alados minúsculos se amontonó junto a mi cara. Retuve la respiración y me deslicé con cuidado por el terreno inestable. Pisé cosas duras y cosas blandas. Unos cuantos saltamontes chinos saltaron haciendo sonar sus alas. Avisté un ave grande, de pie en el borde del río, borrosa como si ella misma estuviese irradiando luz. La cabeza del abuelo asomaba de un hoyo bastante ancho que había en la ribera. Estaba mirando hacia el río. Yo me metí en otro agujero que había cerca del suyo; sentí que tenía que hacerlo. Pisé algo blando, y al bajar la mirada me encontré con dos ojos grandes que pestañeaban y me miraban desde abajo. Era el animal. Llegó un aire frío y húmedo desde el fondo y un escalofrío me recorrió entera. El animal no olía a nada. Su pelo duro me rozaba las pantorrillas por debajo de la tela fina del pijama. Noté su respiración. El cielo me pareció alto y bajo a la vez. La fuerza de la gravedad parecía caer con más peso sobre mí al tiempo que me sentía más ligera. Un pájaro, que desde mi perspectiva parecía gigante, estiró el cuello, lo giró a derecha e izquierda y volvió a quedarse quieto un momento después. El canto de los insectos me caló hasta el estómago.

«No pensé que Muneaki...». Oí la voz de mi cuñado desde arriba. «No pensé que volvería. Pensé que no le gustaba». «¿Que no le gustaba qué?». «La casa en la que yo estoy, o estaba». Mi cuñado estornudó otra vez. El abuelo miraba al cielo. Desde mi posición solo podía ver su nuca y no supe si oía bien lo que mi cuñado decía. «Normal que no le guste, le di muchos problemas, debió pasarlo mal por mi culpa. Igual que mi madre y mi padre y mi abuelo. Mi abuela tuvo suerte de morir antes de que yo me volviese así. Es una pena. Y siento hablar de esta manera, como si fuese algo ajeno a mí, pero en cierto modo lo ha sido, lo sigue siendo todavía». Dejaron de pasar coches y la superficie del río quedó completamente negra. Entre el canto de los insectos vibró otro sonido más delicado. A lo mejor era el agua. A lo mejor se habían levantado algunas olas en el río. Justo en ese instante el viento sopló desde la orilla hacia nosotros. Era un aire frío que no había experimentado nunca durante el día. «Por una parte me gustaría que se fuese lejos, que haga su vida, pero por otra, le resulta imposible despegarse y eso me reconforta. Desde que me enteré de que Muneaki iba a volver, y cuando volvió de verdad..., te parecerá raro, y no es que lo estuviese espionando

escondido entre la hierba, pero lo he estado observando desde que se mudó. Cómo coge el coche todas las mañanas y se va a trabajar y luego vuelve, el entusiasmo que le pone mi madre... y me parece enfermizo, pero será que los humanos somos así, siempre hay alguien que tiene que sufrir. Solo espero que no te toque a ti. Pero tú elegiste esto por voluntad propia...». «¿Qué quieres decir con “esto”?». «Me refiero a aceptar esta especie de corriente que te arrastra. “Eso” de lo que hui yo». Un ligero oleaje en la superficie del río quedó iluminado por una luz que no supe de dónde venía y fue cambiando de forma una y otra vez. Oí al abuelo respirar fuerte. Quizá tenía frío. Yo también lo tenía. Había que llevarlo de vuelta a casa. «Por favor no pienses mal de ellos solo porque te ocultaron mi existencia. Es todo culpa mía».

Volvieron a circular algunos coches por la carretera y dieron forma al pasto de la otra orilla. Un ave grande alzó vuelo y se posó en el agua. Durante un instante un coche iluminó algo rojo que no supe identificar. La superficie del agua se agitó y todo el entorno vibró como en una especie de eco, luego el río volvió a una quietud absoluta. El ave no se acercó a la orilla. El animal dormía a mis pies con una respiración profunda. Intenté salir del agujero, pero la tierra estaba húmeda y resbaladiza. Volví a apoyar mi peso en los brazos y clavé una pierna en la pared del agujero. En ese momento el animal empujó mis pies con su hocico y me levantó. Mi cuerpo se elevó en el aire y cayó rodando fuera de la madriguera. Oí al animal moverse en el interior. Me asomé, pero su imagen se había fundido ya en la oscuridad. Me acerqué al hoyo de al lado y le tendí la mano al abuelo. «Vámonos», le dije. El abuelo giró su cara hacia mí. Creo que era la primera vez que nos mirábamos a los ojos. Murmuró algo y se asió de mi mano. La suya era mucho más cálida y húmeda de lo que había imaginado, sorprendentemente dura y pesada. Los granos de tierra hicieron fricción entre su mano y la mía. Tiré de él con fuerza y continué tirando de él mientras subíamos la cuesta de la ribera. El abuelo me siguió muy dócil. «Yo me voy a quedar un rato más aquí. Tenemos una buena luna hoy. Mira», dijo mi cuñado. Pero el cielo estaba nublado y no se veía nada. «De acuerdo. Ten cuidado, por favor», le respondí, y llevé al abuelo a su casa. Me pareció oír gritos de niños detrás de mí, pero por más que me giré varias veces, no vi a nadie. Debió ser algún insecto.

Abrí la puerta de la casa de mis suegros. «¿Hola?». La llave estaba sin cerrar. Mi suegra vino de inmediato, seguida de mi suegro. Hacía muchísimo tiempo que no lo veía, porque también en Obon se había ido a jugar al golf. Llevaba un pijama azul y ancho que dejaba adivinar un pecho muy delgado. No lo recordaba así. Ambos se quedaron boquiabiertos al vernos a los dos.

Una luz amarilla chorreaba sobre la cabeza de mi suegra y arrojaba sombras profundas sobre su cara. Parecía agotada.

«¿Qué ha pasado?». «Eh... Abuelo estaba fuera, parecía que quería ir a algún sitio. Como lo vi, fui detrás de él». Mi suegra emitió un grito ahogado y colocó su mano sobre el hombro del abuelo. «Está helado», dijo, y por un momento me miró con rabia. «Pero si está usted frío, abuelo, ¿dónde estaba?». El abuelo no respondió. Parecía somnoliento. Durante un rato mi suegra movió la cabeza de un lado a otro examinando su rostro en busca de alguna respuesta. Yo estaba a un lado del vestíbulo. El abuelo no la miró a los ojos en ningún momento. No es que tuviese la mirada perdida; movía las pupilas de un lado a otro de vez en cuando. Resignada, mi suegra me miró, esta vez con una sonrisa velada. Yo también sonreí. «Gracias. Ni me había dado cuenta...», susurró. «Yo me di cuenta por casualidad», le dije. Cuando salí de la casa y cerré la puerta oí a mi suegra murmurar algo en el interior de la casa. La voz de mi suegro, mucho más elevada, se superpuso sobre la suya. En casa, mi marido dormía profundamente. Al meterme en la cama noté en mi espalda el movimiento vertical de su respiración. El abuelo tuvo fiebre, enfermó y falleció poco después de ser ingresado por una neumonía.

La puerta de la entrada llevaba abierta de par en par desde el mediodía. Personas mayores que no había visto nunca entraban en el vestíbulo, se descalzaban despacio y daban el pésame mientras apoyaban un brazo en la pared o en el mueble de los zapatos para subir el escalón de la entrada, muy despacio, como si tuviesen las rodillas doloridas. Nunca se me había ocurrido que alguien tuviese que levantar la pierna tan alto para subir aquel escalón. El abuelo debía haber estado muy en forma para subirlo y bajarlo sin necesidad de una barandilla. Las ancianas no se parecían nada entre ellas. Unas eran canosas, otras tenían el pelo teñido de negro o de un violeta sorprendentemente chillón, o de amarillo. Iban llegando con ropa de andar por casa y sin bolso ni nada, solo con los abalorios de rezos colgando de la mano. Yo me dediqué a saludar a la gente, de pie en la entrada o haciendo reverencias con el cuerpo doblado en dos; me sentaba, me levantaba y echaba una mano, me retiraba a la cocina y volvía a salir. Los presentes, que se estarían preguntando quién era yo, murmuraban algo y asentían con la cabeza, y cada vez que esto ocurría yo volvía a hacer una reverencia con la cabeza y les decía cosas como «muchas gracias», «muy agradecida», y entonces se convencían de que yo era parte de la familia y derramaban alguna lágrima que otra o ponían su mano suavemente sobre mi hombro. En cuanto tuve

oportunidad me acerqué a mi marido, que acababa de llegar de trabajar y seguía en traje y corbata, y le pregunté si aquellos eran parientes o vecinos. Mi marido negó con la cabeza —«Ni idea. Aunque algunas caras me resultan familiares»—, y le hizo la misma pregunta a mi suegra, que llevaba todo ese tiempo sentada frente al altar. Ella le respondió algo, y después de intercambiar algunas palabras mi marido volvió a mi lado y me susurró: «Cree que son gente del vecindario». «¿Cree?». «Sí, dice que hay algunos que no tiene claro quiénes son». Mi marido miró con bastante descaro a las personas sentadas a su alrededor. La sala del altar estaba llena de ancianos. Me pregunté si era común que tanta gente del vecindario se amontonase a los pies del muerto el mismo día en que había sido trasladado del hospital en el coche funerario. Ni siquiera se trataba de una vigilia formal. Descubrí que era costumbre entonar sutras junto al lecho del fallecido. Pensándolo bien, nunca se había muerto nadie cercano a mí. Había quienes lloraban sin parar, otros se iban en grupos de dos o tres a despedirse del cuerpo. Había uno que llevaba un paño colgado del cuello como los campesinos cuando trabajan la tierra. Alguien le llamó la atención y el hombre se lo quitó rápidamente, lo escondió debajo del elástico de sus pantalones remetiéndolo incluso una parte de su abrigo, y ofreció una plegaria.

Durante los días que se dedicó a cuidar del abuelo mi suegra se fue consumiendo poco a poco. Aunque yo pasé más tiempo que ella en el hospital por estar desocupada, fue ella la que tuvo que salir del trabajo a mediodía o venir corriendo después de su jornada. La cuestión es que se la veía agotada. De vez en cuando se quedaba absorta mirando a alguien, y cuando se daba cuenta se recomponía y hacía una reverencia larga con la cabeza. Los ancianos asentían una y otra vez y respondían con otra reverencia. Los había menudos y los había robustos. El abuelo estaba envuelto en un colchón con una funda blanca que trajo la funeraria. Sus párpados iban palideciendo por momentos. Mi suegro, que había anunciado que llegaría enseguida, seguía sin aparecer. Mi suegra, su hermana pequeña y yo éramos las únicas que le habíamos visto los ojos a la muerte.

«¡Señora!», llamó una de las abuelas con voz aguda. Me apresuré hacia ella, pero a quien se dirigía era a mi suegra. Casi me había puesto de pie, así que me volví a sentar. Mi suegra observaba al abuelo ajena a la voz de la anciana. No parecía haberla oído. Los asientos se fueron vaciando. «¡La nuera! ¡¿Dónde está la nuera?!». La voz era más elevada esta vez, pero mi suegra continuó indiferente, frotándose los ojos con un pañuelo. Yo sentí que tenía que hacer algo y me levanté. «¿Sí?». La anciana tenía el pelo gris y una

chaqueta granate que colgaba de sus hombros. «Las flores del altar... solo puede haber una», dijo soltando aire por la boca. Varios ancianos que estaban rezando con los abalorios en la mano miraron hacia el altar y asintieron. Mi suegra seguía absorta. Otra anciana se me acercó y me dijo amablemente: «Las flores... en estas ocasiones se pone solo una. Solo una. Es como se hacen las cosas por aquí». «No sé en otros sitios». «¿En otros sitios no se hace así?». «No sé nada de otros sitios». «En todo caso, solo una flor». Su mano, totalmente blanca, acariciaba una y otra vez los abalorios de doble vuelta. En los floreros estaban los crisantemos blancos que mi suegra me había mandado comprar. Ella se encargó de vaciarlos —normalmente contenían un ikebana—, de lavarlos y de colocar cuatro crisantemos en cada uno de ellos, los tallos cortados a distinta altura. Me acerqué al altar y cogí los dos floreros que había a cada lado. Eran de un color dorado pálido y pesaban; estaban llenos de agua. «¿Dejo una flor en cada uno?», pregunté, a nadie en particular. Un grupo de ancianas asintió al unísono. Salí de la sala del altar con sus miradas puestas sobre mí. Oí a mi suegra llamarme, pero decidí ignorarla. «Vivió muchos años, muchos años», susurró alguien a mi espalda, seguido de otra voz más elevada. «Su esposa ha estado esperando mucho tiempo sola». «Vivió muchos años, muchos años». «Dicen que noventa».

Llevé los floreros a la cocina, y de los cuatro crisantemos que había en cada uno de ellos saqué los tres más cortos y los metí dentro de un vaso que encontré sobre el escurrer platos. El vaso se empañó cuando lo llené de agua. Todavía quedaba un poco de tiempo hasta que llegase el bonzo a entonar los sutras. Cogí los jarrones con una sola flor y volví a la sala del altar, cuidadosa de no derramar agua. Cada vez había más ancianos y estaban todos arrejuntados alrededor del abuelo, casi como doblados uno encima del otro. Ni aunque hubiesen venido todos los ancianos del municipio podían ser tantos. Había dos niños pequeños encaramados a las rodillas de una abuela, acurrucados y medio dormidos. También estaba la señora Sera. La saludé y ella asintió con la cabeza. Sobre sus rodillas había un niño pequeño arrodillado, con una mano agarrada a la anciana sentada a su lado, que a su vez parecía tener la vista fija en lo que ocurría enfrente. La señora Sera llevaba la misma camisa blanca y falda larga que la última vez. Su ropa tan clara parecía un faro luminoso flotando en medio de las prendas discretas de los ancianos. El niño pequeño tenía la cara colorada. Me acerqué al altar. «Hasta el funeral, una sola flor. Después del funeral, nada de flores durante un tiempo...», me dijo en voz baja una mujer mayor que estaba agachada. Más que hablar, parecía que estaba rezando. Coloqué los floreros en el altar.

«No, están mal puestos. La izquierda y la derecha están al revés», dijo elevando la voz. Seguí sus indicaciones, apresurada. El crisantemo blanco estaba todavía fresco y robusto y por mucho que intentaba enderezarlo acababa por girarse aleatoriamente hacia un lado del florero. Resultaba feo. Me di cuenta de que tenía que haberme quedado con el tallo más corto y no el más largo. «Las flores... ¿qué ha pasado?». Era mi suegra. «Me dicen que durante la vigilia hay que dejar una sola flor», susurré. Mi suegra miró dubitativa hacia los floreros, luego hacia el abuelo, y no dijo nada más. Los labios del abuelo, que habían sido cerrados en la cama del hospital, estaban ahora abultados con la forma de su dentadura y dejaban asomar los dientes delanteros.

«Ah, ha llegado el bonzo», dijo uno de los ancianos. «Qué joven es este sacerdote». «Vaya, es muy joven». «Claro, el otro tiene mal las rodillas, ¿recuerdas?». «El otro día lo llamamos para que nos diese servicio y vino en silla de ruedas, la abuela quería que fuese él aunque tuviese que venir arrastrando los huesos, a la abuela solo le gustaba él, así que insistimos y vino». «El joven no tiene mala voz». «Claro, los jóvenes tienen mejor voz». «Noventa años». «Hay que seguir su ejemplo». «¿Todavía no ha llegado el hijo?». El bonzo, de unos cincuenta años, apareció envuelto en un manto negro. Era la primera vez que lo veía. Llevaba unas gafas atípicas. Mi marido abrió la puerta corredera de cristal que unía el pasillo con la sala del altar. El sacerdote se quitó los *zori*^[18] mientras forcejeaba con su manto y se adentró en la sala. Pude ver unos cuantos ácaros rojos adheridos a los dedos de sus *tabi*^[19] blancos. A su paso los ancianos bajaron la cabeza. Yo también la bajé, y al levantarla se me clavó en los ojos el retrato de la abuela. Muy pronto el abuelo también formaría parte de esa pared. Hacía mucho tiempo que la abuela había muerto, no iban a parecer un matrimonio, una tan joven, el otro tan mayor. Tampoco aparentaban ser padre e hija, pero de alguna manera se notaba que eran de la misma familia. El bonzo se sentó frente al altar en el que yo había colocado los floreros y enseguida entonó unos sutras que no había oído nunca, y antes de que me diese tiempo a ponerme los abalorios sobre la palma de la mano, las ancianas empezaron a acariciarlos al son de las oraciones. Por alguna razón, una especie de alivio me envolvió los hombros en ese momento. Oí un ruido contenido: era mi suegro entrando sigilosamente en la sala. Los ancianos bajaron la cabeza al unísono sin dejar de rezar con los ojos cerrados.

Una vez concluyó la ceremonia y el sacerdote se marchó, apareció de nuevo la funeraria —como si hubiese estado esperando el momento oportuno

—, y con un catálogo en la mano determinó la cantidad y la calidad de las flores y de los ornamentos del funeral, del banquete, del altar y demás minucias. Era muy tarde, entrada la noche, cuando todo acabó. La mayoría de los ancianos fue desapareciendo de uno en uno y de dos en dos en cuanto el sacerdote terminó el servicio. Al final solo quedaron los familiares más cercanos y reconocibles. Había pañuelos de papel tirados sobre el tatami. Al recogerlos noté que estaban mojados. Los junté todos y los tiré a la basura junto con algunos envoltorios de caramelo que encontré en el suelo. Se suponía que mis padres tenían que haber llegado ya para asistir a la vigilia oficial que se celebraría al día siguiente por la tarde. «Cuando murió la abuela también hubo mucho que hacer, pero al menos estaba el abuelo para tomar casi todas las decisiones...», me dijo mi suegra después de dar un suspiro. Repitió lo mismo dos o tres veces, susurrando tan bajo que al final no pude entender lo que decía. Su hermana se acercó corriendo y le puso las dos manos sobre los hombros. «Al menos no sufrió una enfermedad larga, tuvo suerte de no estar postrado en la cama durante mucho tiempo. Fue una neumonía. Todas las personas mayores se mueren de neumonía al final. La diferencia es si antes han sufrido o no». «Pero no pensé que sería tan repentino...». Mi suegra murmuró algo más pero no alcancé a oírla. Su hermana respondió con firmeza. «Morirse repentinamente es el deseo de todas las personas mayores que viven tantos años. Acuérdate de nuestra madre, tanto tiempo inconsciente... Él tuvo la mente clara hasta el final, ¿no? Caminaba solo y todo, eso no tiene precio. No se despistó ni una pizca, ¿verdad?».

Mi suegra me lanzó una mirada directa. Yo también la miré. Me vino a la cabeza la imagen del abuelo regando el jardín. En su cara a contraluz, imposible de distinguir, solo pude imaginar sus dientes delanteros, grandes y robustos. Su piel tostada, que parecía incluso brillar desde dentro, se había vuelto blanquecina en tan solo unas horas. Después de mirarnos durante unos instantes mi suegra respondió: «Cierto». Me levanté para traer más té y ofrecérselo a los familiares y al entrar en la cocina me llegó el perfume de los crisantemos que había dejado en un vaso ancho junto al fregadero. Los tallos todavía estaban rígidos, y puestos juntos emanaban cierta energía. De repente me acordé de mi cuñado. ¿Aparecería en algún momento? Se tenía que haber dado cuenta por el ir y venir de la gente y el olor a incienso. No podía entender que, viviendo al lado, decidiese ignorar la muerte de un familiar, por muy poco sociable que fuese. Serví el té y salí discretamente al jardín trasero. La caseta estaba a oscuras. ¿Estaría ya dormido? Acerqué la mano a la puerta.

Estaba cerrada con llave. La sacudí un poco y la estructura entera vibró. Olía a moho. La rejilla que tapaba el antiguo pozo había desaparecido y en su lugar había una tapadera de cemento sellando el agujero a cal y canto. Sobre la tapadera había musgo. Volví a llamar y a tirar de la puerta. No obtuve respuesta. Mi mano se manchó de herrumbre. El picaporte estaba cubierto de polvo. Una oleada de voces agudas, gritos de alegría y chillidos infantiles mezclados con el olor silencioso de los ancianos llenó por completo el entorno y enseguida se desvaneció. Resignada, volví a la casa. Mi suegra seguía sentada en la misma postura y varios de los parientes se estaban preparando para irse. Mi suegro estaba de pie, haciendo una reverencia.

«Incluso en los momentos más duros me entra hambre, no tengo remedio. Vamos a comer algo». Mi suegra se incorporó despacio y abrió la nevera. Había un puerro con la punta seca y marrón que, olvidado durante los días tan intensos por los que había pasado, colgaba flácido en una balda. Mi suegra lo levantó con expresión divertida, y poniendo los dedos en pinza me lo enseñó y se rio. Yo también me reí. «¿Se podrá comer?». Fui a la sala del altar a recoger las tazas de los invitados. Mi marido estaba sentado junto al abuelo con las piernas cruzadas y la mirada tristona clavada en el teléfono móvil. Sus dedos se deslizaban por el teclado más rápido que de costumbre. Por alguna razón mi suegro estaba tumbado al fondo de la sala. «¿Cómo era tu abuelo?», le pregunté mientras colocaba las tazas en la bandeja. Mi marido me miró sorprendido. «¿Qué?». «Tu abuelo, ¿cómo era?». «¿Mi abuelo? Pues...». Dejó el teléfono sobre el tatami y se frotó las manos, pero enseguida lo volvió a coger y empezó a teclear. «Solía ser muy estricto, pero recuerdo lo contento que se puso cuando me admitieron en la universidad, me dio trescientos mil yenes sin decírselo a mis padres, en billetes nuevos. Aunque me los gasté enseguida». «¿Qué te compraste?». «No me acuerdo. No creo que fuese gran cosa». «¿A qué jugabais?». «¿Jugar? ¿Con mi abuelo? No recuerdo que jugásemos nunca, a nada. Creo que fuimos a pescar juntos un par de veces. Pero debió hacerlo por mí, porque no era una actividad que le gustase demasiado. No llegamos a pescar nada». Miré hacia abajo, al abuelo, y luego hacia arriba, a la abuela. «¿Por qué me preguntas todo esto ahora, de repente?». «No es de repente...». Cuando volví a la cocina el puerro estaba limpio y troceado. «Fue un buen padre», dijo mi suegra vertiendo salsa de soja en una cazuela.

Se sonó varias veces la nariz mientras sorbía los fideos que preparó para saciar el hambre. Era casi media noche. «Y papá, ¿no come?». «Dice que comerá más tarde». Mi marido abrió los palillos desechables sin soltar el

móvil. Cuando acabó de sorber el caldo se masajeó el cuello unas cuantas veces y volvió a la sala del altar. «¿No te quieres bañar?». «Luego». Yo también terminé de comer, coloqué mi bol encima del de mi marido y lo llevé todo al fregadero. «Puedes dejar los platos ahí». «No, los lavo, no es nada». «No te preocupes, que los friego yo ahora. Déjalos ahí», dijo mi suegra, pero no se levantó. Mientras mojaba la esponja en el agua miré hacia los crisantemos que había dejado en el vaso, apoyados unos sobre otros, intentando florecer. El olor del puerro había absorbido todo su aroma. Lavé los platos uno por uno. «Gracias», dijo mi suegra con voz adormilada. No respondí y seguí con la tarea: las tazas delgadas y de color pálido que eligió mi suegra o la abuela, los boles de los fideos, un cuenco con los hilos de *natto*^[20] todavía pegados que debía llevar ahí varios días... Aumenté la fuerza del grifo para retirar del fregadero los restos de puerro y de lo que parecían hojas de té. El agua salpicó a los crisantemos y los sacudió ligeramente, extrayendo de nuevo su perfume. Mi marido hizo sonar el gong del altar y en ese momento oí la risa estruendosa de mi cuñado al otro lado de la rejilla de ventilación, mezclada con la voz de otra persona. Miré a mi suegra, pero estaba con los ojos cerrados, quedándose dormida, balanceando la cabeza que tenía apoyada sobre una mano. Me quedé observando su espalda, la manera en que se dilataba y contraía con la respiración. Supuse que se quedaría así un buen rato, así que cuando terminé de fregar volví a la parte trasera de la casa. Allí no había nadie. La caseta seguía sumida en la oscuridad. Empujé la puerta. Opuso cierta resistencia, luego cedió. Me asomé dentro, inquieta, y me llegó un olor desagradable a polvo y moho. En el interior había cosas de distintas formas apelotonadas y tiradas por el suelo. Daba la sensación de que no había entrado nadie en mucho tiempo. Varias botellas de vidrio grandes hacían fila en el suelo y parecían contener algo alargado y enroscado. En otra había un ciempiés. Del techo colgaba una bombilla desnuda con una cuerda para encenderla. Tiré de la cuerda, pero la luz no se encendió. La bombilla se balanceó con el movimiento. Volví a tirar del hilo, pero esta vez oí un ruido y montones de polvo cayeron del techo, así que salí corriendo. Solo había estado un instante ahí dentro, pero mis manos y mis zapatos estaban completamente blancos.

A pesar de que el verano está llegando a su fin, a pesar de que hace tiempo que el otoño ya ha hecho su entrada en el calendario, tengo la sensación de que cada día hace más calor. ¿Bajarán las temperaturas en algún momento y llegará el fresco? Las cigarras también siguen cantando como si estuviesen en

pleno verano. ¿Será este tiempo algo puntual de este año, o se quedará para siempre? ¿Será resultado del cambio climático o se tratará de un fenómeno anormal aislado? Hasta hace poco la gente no se moría de calor. Había una cigarra muerta en mitad de la carretera. Estaba tirada sobre el alquitrán quemado y completamente negro, con las patas para arriba. Moví el manillar de la bicicleta que me acababa de comprar y me desvié un poco de mi trayecto para pasar por encima de ella. Pensé que estaría completamente seca y por eso me sorprendió cuando la rueda delantera pisó algo pegajoso y sólido. Quizá al aplastarla expulsó el aire que tenía en su estómago. ¿O acaso estaría todavía viva? Continué pedaleando. Ahora notaba que el camino de vuelta del *konbini* estaba más cuesta arriba de lo que me había parecido al andar. El uniforme del Seven Eleven que había metido dentro de la cesta delantera de la bici daba un salto cada vez que había un bache en el sendero. Pedaleé con más fuerza. «Hay poco que hacer, no viene mucha gente. Pero eso no quiere decir que no haga falta que alguien esté en la tienda». «Pero vienen muchos niños, ¿no?». «No te creas. Quedan pocas familias con niños por aquí, casi todos los vecinos son gente mayor. La cosa cambiaría si hubiese oficinas o colegios en la zona...». «Ah...». «Bueno, entonces empiezas mañana», me dijo la empleada, aquella a la que un día había entregado un impreso de pago, y se levantó. Yo también me levanté e hice una reverencia. Al salir del *konbini* me envolvió el calor del aire y la fiebre que nacía de la hierba. Un grupo de ancianos en traje de faena segaba el pasto crecido de la ribera. Entre la riqueza del olor de la hierba se escondía otro de origen desconocido que me resultaba muy familiar. La botella de refresco que había comprado después de la entrevista estaba llena de gotas de agua, como si fuese sudor. Sobre la ribera vi puntos rojos aquí y allí. Los ancianos estaban ahora amontonando el pasto segado en una montaña. También ahí dentro había cosas rojas mezcladas con la hierba. Me pareció que era la flor del infierno.^[21] No me encontré ni con el animal ni con el agujero ni con los niños. De vuelta en casa me probé el uniforme y me miré en el espejo: mi cara empezaba a parecerse a la de mi suegra.

Sin comadreas

Este Año Nuevo no hemos ido a visitar a los padres de mi mujer. «No hace falta —dijo ella encogiéndose de hombros—. Ya iré yo sola cuando tenga tiempo, no está tan lejos». Era cierto que ella iba a visitarlos de vez en cuando por su cuenta, y tampoco es que yo estuviese deseando ver a mis suegros o a la hermana pequeña de mi mujer. «Simplemente le recordaré a mi madre lo de la propina de Yu y sus hermanos». «¿Seguro?».

Pasado el día 3, justo cuando se me acabaron las vacaciones en el trabajo, me llegó una postal de Año Nuevo de parte de mi amigo Saiki. Tenía un dibujo del zodiaco chino impreso y el mensaje decía, con letra apresurada y escrita a bolígrafo: «Me he mudado y he cambiado de dirección. Mucho lío estos días de final y principio de año. Me he casado, ella tiene treinta y dos años». Era típico de Saiki poner la edad de su mujer sin que viniese a cuento. Si tenía treinta y dos años quería decir que era casi una década más joven que él. Su nuevo domicilio correspondía a una zona de granjas y cultivos que quedaba a una hora en coche de la ciudad, cerca de la cordillera de Chugoku. Casarse y mudarse suponía un gran cambio para cualquiera, así que lo llamé por teléfono.

—¡Hombre! ¿Qué tal? —respondió Saiki con energía.

—He recibido la postal. Felicidades. ¡Te has casado, es una gran noticia!

—Sí, mi vida ha dado un giro radical, la verdad. Nos hemos comprado una casa vieja, construida hace unos cincuenta años, y la hemos reformado entera. —Habla como si estuviese borracho—. Siento habértelo comunicado así, tan tarde y con una postal. Estuve tan pendiente de anunciárselo a mis compañeros de trabajo, que se me olvidó por completo hablar con mis amigos más cercanos.

Saiki trabaja desde casa. Sonaba raro al teléfono, como si al vocalizar estuviese haciendo chocar la lengua contra sus labios. De fondo se oía un murmullo de gente.

—¿Estás en un banquete?

—No, nada tan fino. Es solo una reunión de pueblo. Como soy de ciudad no termino de acostumbrarme a estas cosas. Se ve que los señores de por aquí

tienen tiempo libre, vienen por la noche a beber. Creo que he cometido un error.

Habló de error, pero parecía estar pasándoselo bien. Debía llevar un rato bebiendo.

—Bueno, pero que te hayas casado es una gran noticia.

—Más o menos. Casarse pasados los cuarenta es... no sé, me siento un poco raro, pero de momento vamos bien. Por cierto, ¿qué tal está tu señora esposa?

—Ella... —Últimamente mi mujer no tiene muy buen aspecto. Será que está cansada por el trabajo, o preocupada porque no logra quedarse embarazada—. Mi mujer está bien, afortunadamente. No quiero entretenerme más, que estás en plena reunión, o lo que sea. Te dejo. En todo caso, enhorabuena.

Hace poco, volví a casa del trabajo y mi mujer vino corriendo a recibirme al vestíbulo. Con ella me llegó el aroma dulce del arroz haciéndose al vapor.

—Hola. Acabo de llegar.

—Oye. —Mi mujer estaba muy seria. Me preocupé pensando que había ocurrido algo y yo también me puse serio:

—¿Ha pasado algo?

—Eh... el... —Trastabilló sobre sus palabras, cosa rara en ella. Aún llevaba el traje puesto; seguramente también acababa de llegar a casa. Tenía algo redondo en la mano, un recipiente de plástico blanco, semitransparente, de unos cinco centímetros de diámetro, parecido a los que dan los dermatólogos para las pomadas.

—¿Te lo haces tú solo últimamente?

—¿Yo solo? —Miré a mi mujer sorprendido—. ¿Si me hago el qué yo solo?

—No sé cómo decirlo... —Mi mujer bajó la vista hacia el recipiente de plástico que tenía en la palma de la mano. De repente sonrió—. Me refiero a si tú te... tu cosa... —Al ver su cara caí en la cuenta.

—Ah, ¿quieres decir si yo... me lo hago con la mano? ¿Te refieres a eso?

—Sí —asintió ella. A mí se me aceleró el pulso y creo que incluso me llegué a ruborizar.

—No, ni últimamente ni nunca. Desde que nos casamos, nada... —Era verdad. Ya no tenía veinte años, ni treinta, y pensé que lo raro habría sido que a mis cuarenta anduviese con ganas de hacérmelo a mí mismo cuando mi mujer, de la misma edad, estaba intentando quedarse embarazada

desesperadamente y se pasaba el día consultando el calendario y la tabla de la temperatura corporal basal. Estaba seguro de que incluso Saiki, por mucha energía que tuviese como para casarse con alguien tan joven, tampoco lo hacía.

—¿Por qué lo preguntas?

—No te preocupes, no estoy sospechando de ti ni acusándote de nada. — La vaga sonrisa que flotaba sobre su cara desapareció del todo. Su frente estaba grasienta y brillante, pero sus mejillas estaban todavía cubiertas de maquillaje, y al fijarme en sus piernas noté que llevaba una media puesta y la otra no. Sin duda había venido hasta la puerta a toda velocidad cuando me oyó entrar.

—¿Entonces?

Mi mujer empezó a hablar deprisa.

—Tengo que pedirte algo, siento molestarte con esto, pero quiero que te saques el semen y lo metas en este recipiente.

—¿Qué? —Me quedé boquiabierto—. ¿Es... para alguna prueba? ¿Para ver si podemos...?

—Sí. —Mi mujer asintió y volvió a esbozar una sonrisa—. Me dijeron que si se lo llevamos a la ginecóloga en menos de veinticuatro horas, nos lo pueden analizar. Me pasé hoy por allí cuando volvía de trabajar.

Cogí el recipiente. Tenía el calor de las manos de mi mujer.

—¿Esta noche?

—Mejor mañana por la mañana, así es más reciente... aunque si prefieres hacerlo ahora, también puedes.

Entendí que mi mujer me había estado esperando para hablarme de esto, porque sospechaba que a mi edad mi fertilidad también estaba empezando a decaer. Supuse que lo hacía para que pudiésemos tomar la mejor decisión. Ella decide los días en los que debemos tener relaciones sexuales según sus cálculos y la prueba de orina, pero va pasando el tiempo y no vemos resultados y la verdad es que en ocasiones nos sentimos realmente agotados.

—Siento si no te apetece... Esta noche voy a dormir en la otra habitación. Seguro que te cuesta hacerlo si estoy a tu lado...

—A mí no me importa que estés, ja, ja, ja. —De repente me pareció todo un poco ridículo y me entró la risa. Era una risa sincera. Realmente aquello me hacía mucha gracia. Mi mujer también se rio. Sentí que hacía tiempo que no nos reíamos así los dos juntos. Nunca me imaginé, cuando entré por la puerta ese día, que nos acabaríamos riendo por algo así.

Después de cenar y de bañarse, mi mujer se fue a la cama.

—Todo lo que salga tiene que ir aquí —me recordó—. No te limpies hasta que lo hayas echado todo.

—Entendido.

En primavera recibí una llamada de Saiki. Yo me había cogido unos días libres y estaba en casa en ese momento. Mi mujer estaba de viaje; se había ido a visitar a sus padres, quizá para compensar nuestra ausencia en Año Nuevo.

—Oye, ¿tú no sabrás algo de comadreas? —me preguntó nada más atender la llamada. Aquello me pilló totalmente desprevenido.

—¿Comadreas?

—Sí, comadreas. Tenemos comadreas en casa, está siendo una pesadilla. Pero la historia no acaba ahí. Hay una vieja...

—¿Una vieja?

—Sí, una vieja. La vieja es vieja y tiene muy mala leche. El problema es serio. A mi señora esposa se le ha hinchado el brazo, lo tiene todo rojo.

—¿El brazo rojo? —No entendía nada. Oí a Saiki tragar algo de golpe. Esperé que no fuese alcohol, pero dado que trabajaba en casa, quién sabe cómo pasaba sus jornadas.

—Lo digo en serio, esto es grave. Las comadreas aparecen en la buhardilla y hacen un ruido tremendo por la noche, y nos llueven pulgas o ácaros o lo que sean esos malditos bichos, y a mi señora esposa se le ha puesto el brazo... no veas cómo se le ha puesto. Y además huele a orina y a excremento por todas partes. No sabemos qué hacer. Nunca tendríamos que habernos comprado una casa en medio del campo. —No era característico de él hablar con ese tono tan enclenque y desesperado.

—No puede ser tan complicado. Llama a uno de esos servicios de plagas, seguro que lo solucionan.

Al parecer llamó a un servicio de exterminio, pero la persona que vino no parecía muy espabilada y se limitó a balbucear algo así como: «Quizá las podamos capturar si ponemos trampas, seguro que caen en ellas...». La cuestión es que el exterminador subió a la buhardilla y colocó una trampa. «Y me dice que además de excremento y bolas de pelo hay un nido que han hecho mordiendo el material aislante que pusimos cuando reformamos la casa. El hombre me dice que ha puesto la trampa ahí justo en medio. Pero la comadreja no cae hasta el día siguiente. ¿No te parece una tomadura de pelo? ¡Al día siguiente!». Volvió a llamar al servicio de exterminio y le dijeron que esa era una cría nueva, de este año. Tenía el pelo dorado y era más alargada de lo que imaginaba. «Yo pensaba que eran como una especie de perro

deforme, pero no, no tienen nada que ver con eso. En todo caso son delgadas y alargadas». Le dijeron que era improbable que una única comadreja causase tanto daño y que, por lo tanto, no tenía sentido poner solo una trampa, sino que había que hacerlo de forma continuada. Tal y como pronosticaron, en menos de una semana cayó otra, y luego otra. Entonces le dijeron que le saldría más barato si él mismo compraba las trampas y las colocaba, así que eso hicieron. Si había muchas comadrejas tenían que insistir durante varios días hasta que pasasen una o dos semanas sin que apareciese ninguna. Pero justo cuando empezaban a relajarse, volvía a caer otra.

—Qué honestos fueron los del servicio de plagas. Enseguida amortizasteis lo que gastasteis en trampas.

A las comadrejas capturadas las soltaban en la montaña, a unos veinte kilómetros de su casa. No pude evitar preguntarle:

—¿Las sueltas en la montaña? ¡Entonces no sirve de nada!

—Es que en el centro de protección de animales me dicen que no las pueden acoger. Y la montaña está a veinte kilómetros de aquí, no creo que puedan venir desde tan lejos. ¿Tú serías capaz de matarlas? —Me quedé un rato callado.

—No, no podría —admití.

—Al parecer las comadrejas son muy poco inteligentes. Caen una tras otra en las mismas trampas.

Un día te deshacías de ellas, al día siguiente volvían otras. Saiki tenía la sensación de haber capturado ya a todas las comadrejas del mundo, pero aún así seguían apareciendo más. Según los del servicio de plagas, lo importante no era saber si estaban anidando o no en la buhardilla, sino por dónde entraban y salían cuando no caían en la trampa. Es decir, mientras no cerrasen el agujero por el que se colaban, por muchas que capturasen, las comadrejas seguirían viniendo. Es como jugar al escondite, tal cual. No sé qué hacía la gente antiguamente.

—Entonces, ¿por qué no cierras el agujero?

Saiki volvió a tragar algo a bocanadas. La casa era de estilo tradicional japonés, con tejado de tejas, y la reformó entera nada más comprarla. Puso material aislante, cambió las escaleras empinadas e instaló una barandilla, alisó los desniveles y sustituyó el tatami por parqué en algunas de las habitaciones. Aunque había salido más barato que comprar una de construcción moderna, se habían gastado bastante dinero en hacer los arreglos. Pero en aquel momento, ni se les había ocurrido que tendrían una plaga de comadrejas, y por eso no cerraron las aperturas de los pasillos, de las

paredes y las del tejado tan características de la arquitectura japonesa. Visto así, las casas tradicionales estaban llenas de agujeros.

—No es cuestión de ponernos a cerrarlos ahora. Para eso tiramos la casa y la volvemos a construir, pero es algo que no nos podemos permitir. En vez de reformarla tendríamos que haber comprado una casa más moderna. Así que ten cuidado tú también cuando vayas a comprarte una. Como te salgan comadreja, se acabó. Esto no pasa con las viviendas nuevas de ahora, las construyen sin aperturas para mejorar la insulación. ¿Pero qué podemos esperar de una casa de hace cincuenta años con tejado de tejas?

De repente me entró la duda:

—¿Y los dueños anteriores? ¿Crees que también tuvieron comadreja? —Saiki volvió a tragar algo de golpe y habló airado.

—Eso es lo que me saca de quicio. La vieja. Vive en la casa de al lado, aunque con campo de por medio. Un día estábamos hablando de todo y de nada y mi señora esposa... —Me resultaba raro que Saiki se refiriese a su mujer como «mi señora esposa»... se quejó de las comadreja y la vieja se limitó a decir: «Ah, han aparecido otra vez. Sí, en esa casa hay comadreja desde hace tiempo». Y no nos había dicho nada hasta entonces. Nos lo podría haber advertido cuando estábamos haciendo la reforma. Pero no, estuvo callada, y solo cuando le decimos que tenemos una plaga admite que sí, que el anterior dueño también lo pasó mal con ese mismo problema. ¿No es como para cabrearse?

—¿Y en la casa de esa señora no hay comadreja?

—Parece que no —dijo Saiki dando un suspiro largo—. Su casa es igual de antigua, llena de agujeros y aperturas, pero no tiene comadreja.

—Qué raro, me pregunto por qué será. —Le di un sorbo al té con cuidado de que no se oyese. Era una infusión medicinal que compraba mi mujer, amarga y de aroma fuerte.

—No sé, eso ya es cosa de las comadreja. Supongo que los humanos no podemos entender sus preferencias. Pero a la casa de la vieja no van, no van a ninguna otra en el vecindario, solo a la nuestra. —Saiki parecía sumamente irritado.

—¿Cómo combatirían a las comadreja los que vivían antes ahí?

—Ni idea. Solo sé que también las tuvieron. La vieja tampoco sabía mucho más. Lo único que me dijo, con esa forma que tiene de sonreír y ajustar su dentadura postiza, fue: «Pues creo que de repente dejaron de aparecer».

—Qué complicado. Entonces ¿qué vas a hacer?

—Mi señora esposa está investigando en internet... pero no parece que haya un veneno efectivo. El gasto en gasolina no es ninguna tontería. Para soltar a las comadreas en la montaña tengo que pedir prestada una furgoneta. Yo siempre relleno el depósito antes de devolverla, pero el hombre que me la presta es un rácano y deja el depósito casi vacío esperando a que se lo llene yo. Y se hace el tonto diciendo cosas como: «Ah, ya me parecía que tocaba echar gasolina». Eso de que la gente de pueblo es ingenua es una gran mentira, empezando por la vieja. Viven muchos viejos desocupados por aquí y cuando ven que estoy en casa se acercan con una botella de sake en la mano y me dicen «¡Bebe, bebe!». Y en invierno nos traen carne de jabalí o de ciervo que han cazado y le dicen a mi señora esposa que haga un guiso o que lo corte finito y lo ase y le ponga una salsa encima, están todo el tiempo diciéndonos algo. Nosotros somos nuevos en la zona, y de los más jóvenes, así que mi señora esposa no se atreve a decirles que no, y al final acaban viniendo señores que no conocemos de nada a beber... Los pueblos son complicados.

—Y cuando vienen a beber, ¿no salen las comadreas?

—Las comadreas solo aparecen en determinados lugares de la casa, sobre todo entre las vigas de la buhardilla. Al salón no vienen nunca. Y a mi señora esposa le entran unos picores... ella tiene la piel delicada. A mí no me pasa eso.

—Bueno, no te agobies demasiado. Si me entero de alguna solución eficaz te llamo.

—Sinceramente, no creo que la haya. Estamos condenados a convivir para siempre con las comadreas, aquí en este pueblo. —Su voz se quebró un momento, como al borde del llanto, pero enseguida lo oí tragar algo y cambió de tono.

—Por cierto, dentro de poco vamos a preparar el último guiso de jabalí. ¿Por qué no vienes con tu señora esposa?

—¿Qué quieres decir con el último?

—El guiso de jabalí es de temporada. Se come en invierno. Ya se está terminando la época de caza.

—Entonces, ¿tendremos que beber con los vecinos nosotros también?

Saiki se rio al otro lado del teléfono.

—No, ese día no vendrán, hablan demasiado. Mi señora esposa ya ha cocinado el guiso de jabalí varias veces y ha tenido muy buenas críticas. Ahora ya sé identificar un buen lomo sin la ayuda de los locales. No hay

urgencia por comerlo porque lo tenemos congelado, pero podríais venir algún día de estos.

Yo le dije que lo consultaría con mi mujer cuando volviese, y colgué. Supuse que ella no querría ir, pero cuando se lo pregunté por la tarde, recién llegada y cargada de bolsas, me dijo que sí.

—Comer guiso de jabalí es un lujo hoy en día. —Parecía contenta.

—¿Qué? No sabía que habías probado el jabalí. —Mi mujer se rio y se puso a vaciar las bolsas y a meter todo tipo de alimentos en la nevera, encurtidos y comida ya hecha que le había dado mi suegra.

—Claro, yo soy de pueblo. Pero hace muchos años que no lo como. —No lo había tomado por lo menos desde que nos casamos. En cuanto a mí, no lo había probado nunca.

—¿Y a qué sabe?

—No sé... es distinto al cerdo. Es tierno y muy sabroso. En casa lo hacíamos con caldo de salsa de soja y un poco de miso de sabor de fondo. Lo mejor es no endulzarlo demasiado. ¿Cómo será la esposa de Saiki? Tan joven...

—Por lo visto tiene treinta y dos años.

—¡Qué joven!

* * *

En la casa nueva de Saiki había un jardín lo suficientemente grande como para que pudiésemos aparcar el coche de cualquier manera y todavía sobraba espacio. Tenían plantados un ciruelo blanco, un magnolio y un árbol alto de hoja perenne cuyo nombre desconocía.

—¡Hombre! —Saiki debió oír el ruido del motor de nuestro coche y salió a recibirnos.

—Felicidades de nuevo —le dije.

—Hola, señora, cuánto tiempo sin vernos —saludó Saiki sonriendo. Mi mujer le entregó la bolsa de dulces que habíamos traído.

—Sí, realmente mucho tiempo. Gracias por invitarnos hoy. ¿Y tu esposa? ¿Está dentro?

—Sí. —Saiki tenía una sonrisa de oreja a oreja—. Espero que te guste la comida de mi mujer. —Me pareció que había engordado.

—Has engordado de felicidad, ¿eh?

—Pues no sé... —Saiki sonrió todavía más—. Coger peso a mi edad puede ser peligroso.

—Oye, tienes una casa muy bonita. Y ese árbol de ahí, ¿cómo se llama?

—Eso es un *suiryu*.^[22] También tenemos un caqui en el jardín trasero, pero por lo visto es de la variedad amarga.

—Y un ciruelo.

—Sí, el dueño anterior los plantó todos. No me gusta que haya tan pocos árboles en un jardín tan grande, pero bueno, así tenemos menos trabajo.

Me acerqué al ciruelo blanco. Este año los ciruelos no están nada exuberantes. Tengo la impresión de que han florecido más tarde de lo habitual. También el de Saiki tenía pocas flores y cada una era muy pequeña. Me acerqué para ver si al menos mantenían su aroma, pero en vez del perfume refinado que caracteriza al ciruelo blanco lo único que me llegó fue el olor del árbol que concentra toda su energía en hacer brotar sus hojas.

—¿Serán cerezos silvestres? —me susurró mi mujer señalando hacia las montañas que se levantaban al fondo de la casa de Saiki. El monte entero tenía un color grisáceo, a ratos verde, salpicado de puntos blancos aquí y allá —. ¿Es posible que el ciruelo y el cerezo florezcan a la vez?

—Creo que el cerezo silvestre florece más temprano que el común —le respondí. Saiki nos invitó a entrar en su casa. Por fuera no era nada distinta a las viviendas tradicionales japonesas, pero una vez dentro el vestíbulo estaba revestido de azulejos, al estilo occidental, y el escalón para subir al interior era muy bajo.

—A partir de ahora no haremos más que envejecer, así que he adaptado la casa a la gente mayor. Pasad por aquí. —Nos quitamos los zapatos y al entrar me recibió un aroma dulce a miso.

—Qué bien huele —dijo mi mujer doblando el abrigo sobre su brazo y moviendo ligeramente las aletas de la nariz.

—Está mal que yo lo diga, pero... el guiso de jabalí es algo muy rico, ya veréis. Podéis dejar los abrigos aquí.

* * *

De repente oímos una voz de mujer que venía del fondo de la casa.

—Espera, que saco unas perchas.

No se si vi mal, pero me dio la impresión de que mi mujer enderezaba los dos hombros y estiraba la columna. Del fondo salió una mujer con una falda por debajo de las rodillas, cejas espesas y un jersey de cuello vuelto sobre unos hombros redondos. Los brazos que se suponían hinchados estaban ocultos debajo del jersey.

—Encantada —saludó mientras bajaba la cabeza y nos acercaba unas perchas de metal.

—Se llama Yoko —dijo Saiki con una sonrisa sincera. Parecía más sencilla de lo que había imaginado. El abrigo de lana de mi mujer se quedó balanceando sobre una de esas perchas finas que dan en las tintorerías, casi a punto de caerse. Mi mujer estiró el brazo y sujetó el abrigo por la parte del hombre durante unos segundos y esperó a que se estabilizase antes de retirar la mano. Una vez confirmó que la esposa de Saiki se había vuelto a meter al fondo de la casa, me susurró al oído:

—Me dijiste que tenía treinta y dos años, ¿verdad?

—Sí, eso creo, treinta y dos.

—Eso me pareció. Hoy en día hay muchas mujeres en su treintena que se comportan todavía como jovencitas, pero... —La expresión de mi mujer adquirió gravedad—. Ella parece que tiene la cabeza bien asentada.

—Sí, es verdad —asentí.

La cocina era enorme y mi mujer la envidió en voz alta. Yoko se dio la vuelta y sonrió.

—Sí, es amplia, pero se debe a que es antigua.

—¡Con cuatro hornillos! Y tiene muchos armarios.

—Sí. Lo único es que cuando guardo las cosas que no utilizo, luego no las encuentro. Me pasa mucho con las tapaderas, por ejemplo.

Yoko tenía el pelo recogido en un broche de plástico con diamantes falsos. Estaba cortando perejil japonés en trozos pequeños.

—¿Te ayudo con algo? —se ofreció mi mujer.

—¡Ni hablar! —exclamó Saiki—. Por favor, sentaos y poneos cómodos. ¿La señora bebía? —Saiki retiró la silla para que se sentase mi mujer. Yo me coloqué a su lado. Era una mesa de comedor gigante, como para ocho personas.

—Puede beber más que yo, ¿verdad?

—Bueno, sí... Es que él aguanta muy poco.

—Que no beba solamente porque tiene poco aguante es todo un mérito. En los viejos tiempos siempre se ocupaba de mí. Bueno, entonces hoy conduce él, ¿no? Tú puedes beber todo lo que quieras. —Sacó de la nevera un decantador con el cristal ligeramente cubierto de una niebla blanca. Sobre la mesa había dos tazas grandes de celadón para sake—: He decidido servir sake frío. Como el guiso de jabalí calienta mucho, mejor que la bebida sea refrescante. ¿Quizá prefieras empezar con cerveza?

—No, tomaré el sake. Tu esposa... Yoko, ¿también bebe? —Mi mujer movió las piernas envueltas en unos pantalones apretados y las cruzó. El suelo era de tarima flotante y sobre él habían extendido una alfombra térmica. Ni Saiki ni su mujer nos ofrecieron unas pantuflas. En el centro de la mesa había un hornillo portátil.

—Yo bebo muuuy poco, si bebo. —Yoko troceó un puerro moviendo sus piernas, poniéndose de puntillas una y otra vez, sosteniéndose sobre los dedos de sus pies envueltos en unos calcetines gruesos, y mientras balanceaba su cuerpo de arriba abajo lo echó todo en un escurridor de plástico verde. Al lado había otro con tres tipos de setas amontonadas: shiitake, enoki y maitake. Sobre uno de los fuegos de la cocina se calentaba una cazuela de barro. Saiki sacó de la nevera una botella de té oolong y me la ofreció al tiempo que colocaba un vaso largo y frío en frente de mí.

—Bueno, ¿empezamos? Yoko, ¿cómo van los preparativos?

—Espera, primero...

Yoko puso las manos bajo el chorro del grifo durante unos segundos, se las secó con una toalla a toda prisa, abrió la nevera y le fue pasando los aperitivos a Saiki. Verduras cocidas, bardana marinada, un cuenco con huevas de salmón sobre rábano cortado en rodajas. Saiki se quedó mirando cada uno de los platos diciendo:

—Qué buena pinta, ¿y esto qué es? —Y sonrió a Yoko.

—Se le ve muy enamorado —le susurré en el oído a mi mujer. Ella se rio en silencio echando aire por la nariz.

—Podéis tomar primero estos aperitivos con las bebidas. A ver, ayúdame a poner la cazuela en el hornillo.

—Ah, mira, aquí está. —Saiki cogió las manoplas de cocina que le había entregado su mujer, levantó la cazuela de barro con las dos manos y la colocó sobre el hornillo. Las manoplas tenían un dibujo cómico de la cara de un cerdo.

—¿Quieres que lo encienda? —preguntó mi mujer, sentada justo en frente de los botones del hornillo.

—¡Sí, por favor! —respondió Yoko con tono alegre mientras abría la nevera.

—De momento ponemos el fuego fuerte, ¿no? —dijo mi mujer, y giró el botón. Yoko trajo un plato grande, quitó el film transparente que lo recubría y se lo entregó a Saiki. Saiki nos enseñó el contenido del plato.

—Mira, este es el jabalí. Es el lomo. Primero lo congelamos y luego lo cortamos en filetes muy finos.

—Qué oscuro es. —La carne tenía un color entre rojo y granate, y una grasa blanca en los bordes. Estaba cortada en lonchas muy finas que se superponían unas sobre otras en el plato.

—¡Qué bien presentado!

—¿Es la primera vez que comes jabalí?

—Sí, es la primera vez —contestó mi mujer sonriendo. No entendí por qué había dicho tal cosa y yo también respondí que era la primera vez que lo comía.

Saiki sirvió sake frío en la taza de mi mujer, en la de Yoko y en la suya, y Yoko me sirvió té oolong frío.

—Bueno, entonces brindemos por el reencuentro.

—Pero ¡qué dices! Tenemos que brindar por vuestra boda y vuestra casa nueva.

—¿Sí? Venga, vale. —Saiki pareció ruborizarse un poco. Yoko me miró fijamente y sonrió. Tenía el pelo alborotado en sus sienes. No parecía muy interesada en arreglarse.

—Así pues, brindemos.

Yoko destapó la cazuela con la ayuda de un trapo y el vapor levantó un olor dulce a miso. Vi que había nabo y zanahorias cociéndose dentro. Con unos palillos largos de cocina Yoko agarró las lonchas de carne una por una y las untó en una salsa marrón. Mientras tanto, nosotros tres hablamos de cómo se conocieron ellos dos y recordamos historias de nuestra época en la universidad, animados por el sake (té en mi caso) y las verduras frías que Yoko preparó de aperitivo.

—Creo que ya está la carne. —Todos estiramos nuestros palillos hacia la cazuela al oír las palabras de Yoko. Con el calor, la grasa blanca del jabalí se había quedado arrugada y enroscada. Me resultó delicioso acompañar la carne con el apio y el puerro todavía duros y a medio cocer.

—Qué dulce está —comentó mi mujer después de tomar un sorbo de caldo.

—Por lo visto el jabalí salvaje es de carne dulce —dijo Yoko. Mi mujer me miró un instante y sonrió.

—El aliño es exquisito —añadí yo. Realmente no estaba mal a pesar del sabor tan dulce.

Estaba completamente lleno. Todavía quedaban muchas lonchas de carne en el plato, pero posé los palillos sobre el cuenco con un suspiro. Mi mujer seguía comiendo todavía y Yoko estaba metiendo más carne en la cazuela.

Saiki bebía sake frío y picoteaba unas verduras encurtidas, que Yoko había puesto en la mesa.

—Por cierto, ¿qué pasó con las comadreas? —pregunté.

—Las comadreas —dijo Saiki con un gesto de horror, como si el sake se hubiese puesto a hervir en su boca—. Siguen viniendo, claro que vienen. La semana pasada capturamos dos. Bueno, no es que las capturemos, porque no las queremos cazar...

—Últimamente caen en la trampa incluso sin cebo —contó Yoko mientras revolvía con los palillos largos de cocina las lonchas de carne para que no se pegasen entre ellas en la cazuela.

—¿Incluso sin cebo? ¿Qué será lo que las atrae hacia las trampas?

—Yo creo que es el olor. El olor del macho o de la hembra para aparearse. Cuando quedan atrapadas dejan un olor muy fuerte. Supongo que para ellas es un olor atractivo.

Mi mujer levantó un momento la cabeza.

—El jabalí no huele nada fuerte.

—Sí, es verdad. Casi huele más el cerdo que venden en el supermercado.

Las mejillas de mi mujer estaban ligeramente coloradas. Yoko, que había comentado que apenas bebía, se estaba tomando un trago tras otro, sorprendentemente. Saiki iba llenando las tazas de las dos mujeres en cuanto se empezaban a vaciar un poco. Los tres parecían estar disfrutando juntos de la misma embriaguez y me sentí un poco solo. Era verdad que la carne de jabalí calentaba el cuerpo. Mis mejillas estaban acaloradas. Si ya estaba así, no quise imaginarme cómo habría sido si hubiese bebido.

—¿Entonces seguís jugando al escondite con las comadreas?

—No puedo llamarlo escondite si dura un año entero, o dos. La vecina de al lado dice que con los dueños anteriores las comadreas desaparecieron al cabo de unos años, así que estamos esperando a que llegue ese momento. —No sé si fue porque estaba Yoko delante o por deferencia a mi mujer, pero ya no se refirió a la vecina como «la vieja». Mi mujer acercó los palillos a la cazuela y se llevó una loncha de carne al cuenco, luego hizo lo mismo con unas setas empapadas en caldo. El carmín había desaparecido de sus labios y en su lugar brillaba la grasa del jabalí. Yoko removía el interior de la cazuela con la nariz colorada. Los bordes se habían llenado de una extraña espuma marrón y gris y unas cuantas setas enoki quedaron encaramadas a uno de los palillos de cocina.

Mi mujer posó sus palillos sobre el cuenco con un sonido seco y terminó de vaciar su taza de sake.

—¡Cuánto he comido, madre mía! —dijo, casi como una queja—. Estaba delicioso. Qué suerte tienes, Saiki, de tener a Yoko que cocina tan bien. — Risueño y ruborizado, con la cara todavía más colorada de lo que ya estaba, Saiki fue a decir algo, pero se contuvo.

—Yo nunca podría cocinar un guiso de jabalí así. ¿Cómo le das este sabor dulce?, ¿con *mirin*^[23] y azúcar?

—Sí. Pongo a hervir la misma cantidad de agua y de sake y luego le añado el *mirin* y el azúcar... Hiervo el agua con un poco de alga kombu en vez de bonito, para que no sepa demasiado fuerte. Y al final echo miso de trigo.

—En todo caso, aunque supiese hacerlo no tendría ninguna ocasión para cocinarlo. —Mi mujer se dio unas palmaditas en las mejillas completamente coloradas y bebió de mi té oolong. Y, de repente, dijo—: Nosotros tuvimos comadreja una vez, en casa de mis padres.

—¿Cómo dices? —preguntó atónito Saiki. Yo también me quedé pasmado. Yoko se levantó, colocó un vaso limpio delante de mi mujer y le sirvió té oolong.

—¿Comadreja?

—Sí. Gracias por el vaso. Voy a apagar ya el fuego. —Mi mujer pellizcó el botón del hornillo con sus uñas pintadas de rosa.

—¿Cuándo fue eso?

Saiki sirvió sake en su taza y en la de Yoko. Yoko metió los palillos de cocina en la cazuela, casi lanzándolos. Se postró en la silla, apoyó la mejilla en una mano y miró a mi mujer. Parecía totalmente borracha. Había estado removiendo la cazuela con mucha atención hasta hacía unos momentos, pero ahora sus ojos estaban rojos y adormilados.

—Fue cuando era pequeña, así que hace más de treinta años. Ha pasado mucho tiempo ya. Una familia de comadreja se instaló en casa de mis padres. En la buhardilla, como aquí. —Mi mujer dio varios sorbos al té—. Cuando caía la noche oíamos unos ruidos sobre el techo, «bum bum», como si se estuviesen peleando. Al principio pensamos que eran ratones, pero justo entre los huecos del suelo... empezó a extenderse una mancha de humedad, desde el techo hacia abajo, y ensució un *jiku*^[24] que colgaba de la pared. ¡Y olía tan mal! Me empezaron a entrar picores, y fue entonces cuando nos dimos cuenta de que no eran ratones sino comadreja.

—Nos ha pasado igual a nosotros, ¿verdad, Yoko?

—Es verdad —susurró Yoko con su cabeza apoyada en una mano, y le dio un sorbo al sake. Aunque no era asunto mío pensé que no era adecuado

que Yoko continuase bebiendo, pero Saiki estaba mirando a mi mujer absorto y no pareció darse cuenta. Le brillaban los ojos.

—¿Y entonces qué hicisteis?

—Pues... —Mi mujer sonrió—. Yo era pequeña y solo miraba, pero entre mi padre y mi abuelo subieron a la buhardilla y colocaron varias trampas.

—¿Ves? Lo mismo que aquí. ¿Y qué pasó?

—Al cabo de un tiempo una comadreja adulta cayó en la trampa. —Mi mujer cogió con los dedos un trozo de rábano en salmuera que había en un cuenco frente a ella y se lo llevó a la boca. Una de las huevas de salmón que cubrían el rábano cayó sobre la mesa—. Mi abuela dijo: «Qué bien, es una adulta». Si te fijas bien, las comadreas son muy graciosas, con las orejas pequeñas y la nariz chata y un pelaje dorado y suave que recubre todo su cuerpo. Tienen las patas cortas y se mueven dentro de la jaula como si fuesen un líquido viscoso. A mí me costaba creer que se tratase de una comadreja adulta. Era tan graciosa... Entonces me miró fijamente con sus ojos como abalorios negros. Moviéndose despacio, resbaladiza, con su mirada clavada en nosotros.

—Igual. Igual que aquí. —Me dio la impresión de que Saiki también empezaba a ceder ante los efectos del alcohol. Yoko tenía los párpados medio cerrados, con aspecto de tener mucho sueño. De la cazuela todavía caliente seguía saliendo vapor. Me levanté en silencio y abrí ligeramente la ventana: entró una ráfaga de aire frío y limpio, y con él el aroma del ciruelo blanco que no había podido oler cuando acerqué mi nariz a la flor. La voz de mi mujer me resultó extrañamente elevada.

—Yo quería que la soltasen, o si no, quedárnosla como mascota. Pero era algo que no podía decir, y además me picaba todo el cuerpo. Y durante todo ese rato, mientras nos miraba, la comadreja seguía oliendo mal. Cuando pregunté a mis padres qué iban a hacer con ella, me dijeron que la iban a ahogar y que me fuese a jugar fuera. Mi madre dijo que la iban a arrojar al río en frente de casa. Me dio mucha pena, pero al mismo tiempo tuve la sensación de que la comadreja no se iba a morir solo porque la lanzasen al río. Me pareció que sería capaz de nadar y escapar. Y eso me hizo sentir bien. Le dije a mi madre que me quedaría en casa.

Saiki escuchaba y asentía con atención. Imaginé la cara de mi suegro. Ahogarla... Mis suegros tenían, los dos, aspecto de no haber matado nunca una mosca. Habían pasado treinta años. Eso quería decir que en aquel momento eran más jóvenes de lo que éramos nosotros ahora.

—Entonces vinieron mis abuelos con un cubo de basura grande. Realmente grande, casi de mi mismo tamaño por aquel entonces; podría haber cabido perfectamente ahí dentro. Vinieron cargando con el cubo, de un color azul claro. Parecía pesado. Mi padre les preguntó qué iban a hacer con él. Cuando mis abuelos dejaron el cubo en el suelo oímos el ruido del agua. Nos asomamos y vimos que había agua hasta la mitad. Mi abuelo se volvió a ir y mi abuela me mandó a jugar fuera. Yo le dije que no, que me quedaba en casa. «Bueno, entonces quédate», me dijo y siguió a mi abuelo. Al cabo de un rato volvieron cada uno con un cubo de agua en la mano y lo vertieron en el cubo grande. Mis padres estaban de pie, callados. Mi madre le dijo algo a mi padre. Mi padre inclinó la cabeza. Mis abuelos fueron varias veces a rellenar los cubos de agua hasta que el grande estuvo lleno. —Mi mujer bebió más té—. Mientras tanto la comadreja se seguía moviendo despacio, contoneándose.

Saiki estaba totalmente absorto en la historia. Yoko, que llevaba un rato con los ojos cerrados, los abrió de repente, se levantó y cerró de un golpe seco la ventana que yo había abierto ligeramente. Se volvió a sentar, y con la mejilla de nuevo apoyada en su mano cerró los ojos.

—Mi abuelo levantó la jaula. No sé cuándo se había hecho pis la comadreja, pero empezó a chorrear sobre el suelo dejando un olor horrible. Mi abuelo sumergió la jaula en el cubo grande lleno de agua. La jaula metálica rebotó hacia la superficie con tal fuerza que mi abuelo tuvo que hacer presión para hundirla de nuevo. En ese momento oímos un ruido tremendo.

—¿Un ruido? —susurró alguien. Mi mujer me miró un momento y volvió a desviar la vista. Parecía estar hablando con los ojos puestos en la cazuela. Saiki contemplaba a mi mujer boquiabierto.

—Como «iiiiiiiiii» o «piiiiiiiii» o «kiiiiiiiiii». Un ruido muy agudo y estridente como nunca había oído, y como nunca he vuelto a oír. Era el grito de la comadreja.

La jaula perdió flotabilidad y se fue hundiendo hacia el fondo del cubo. La cabeza de la comadreja quedó sumergida —la última vez que la vio estaba con la boca abierta y los ojos cerrados—, pero el grito continuó y no desapareció hasta que dejaron de salir burbujas de la jaula hundida.

»Nunca he podido olvidar aquel sonido. Sigue en mis oídos. En aquel momento miré a mi madre. Estaba llorando. Mis abuelos habían juntado las manos y estaban rezando. Mi padre estaba de pie, con los hombros caídos. Cuando desaparecieron el grito y las burbujas, mi padre reprendió a mis abuelos. “¿Por qué habéis hecho semejante cosa en nuestro jardín?”.

Como volviendo de pronto a la realidad, Saiki alargó el brazo para intentar agarrar la botella de té oolong que tenía a mi lado. Se la acerqué. Con el cuerpo todavía medio levantado cogió dos vasos, sirvió el té y los dejó frente a Yoko y él. Dio un trago. Mi mujer continuaba absorta en la cazuela de barro. Era redonda, industrial, de color marrón claro, y tenía una flor de ciruelo pintada con un esmalte blanco poco delicado.

—Entonces mi abuela dijo que aquella comadreja era madre, que se había instalado en nuestra buhardilla con su familia, y que aquel grito de agonía lo había dado para alertar al padre y a las crías de que esa casa era peligrosa, que si se quedaban ahí iban a morir ahogados, que no podían estar ahí. Era un grito de despedida. Por eso, dijo mi abuela, tenían que matarla así en el jardín, y por la misma razón ya no vendrían más comadreas. No solo su familia, sino otras, todas las del vecindario que habían oído ese grito sabrían que no debían acercarse a nuestra casa. Que nos quedásemos tranquilos porque ya no aparecerían más. Que habíamos tenido suerte de capturar a la madre porque las crías solo habrían pedido auxilio para que las salvásemos y el padre se habría puesto agresivo y habría intentado desesperadamente morder la jaula y escapar. Habría muerto agotado. Por eso era a la madre a la que había que matar, dijo, y volvió a juntar las manos e invocó a Buda. Las comadreas no volvieron a aparecer.

—¿Qué hicieron con el cuerpo de esa comadreja? —preguntó Yoko sin abrir los ojos, la mejilla sobre su mano.

—No lo sé. —Mi mujer inclinó la cabeza—. Supongo que la arrojarían al río —dijo al cabo de un rato, y se quedó callada. El silencio se extendió entre los tres borrachos y yo. Saiki estaba cabizbajo, con el ceño fruncido. Yoko apartó un momento la cara de su mano y miró a mi mujer. La cazuela de barro que había estado humeando hasta hacía unos momentos empezó a cubrirse de una capa blanca de grasa en los bordes.

Un día, cuando el cerezo común había alcanzado su máximo esplendor pese a la floración tardía, sonó el teléfono móvil de mi mujer. «Anda, es Yoko», dijo, y cogió la llamada enseguida.

—Sí, muchas gracias por la cena del otro día, sí, estaba todo riquísimo. ¿Ah, sí? Qué bien. ¿De verdad? Cuánto me alegro de que te hayan gustado.

No sabía en qué momento habían empezado a tener tanta confianza entre ellas.

—No, sí, no hacen pedidos, pero iré a comprar más. Qué bien, ¿ah sí? No, para nada.

Durante un buen rato hablaron, según me pareció, sobre los dulces que habíamos llevado aquel día.

—A diferencia de vuestra casa la nuestra es pequeña, pero venid cuando queráis. Saluda a tu marido de nuestra parte —se despidió, y colgó.

—¿Te llamaba para agradecerte los dulces?

—Sí, y para decirme que ya no tienen comadreja.

Miré a mi mujer. Estaba sonriendo. Mi teléfono móvil vibró y el nombre de Saiki apareció en la pantalla. Yo sigo sin saber los resultados del análisis de mi semen, pero mi mujer no ha vuelto a decir ni una palabra acerca de tener hijos.

Una noche en la nieve

Yoko ha tenido un hijo. El parto fue prematuro y complicado, y después de nacer, el bebé tuvo que quedarse ingresado durante un tiempo. Mi mujer estaba en el hospital en el momento del parto. Habían quedado las dos para verse con la tranquilidad de que el bebé no nacería hasta mucho tiempo después, pero de repente Yoko empezó a tener contracciones. Mi mujer la llevó al hospital en coche, agarrándole la mano y susurrándole cosas al oído en cada semáforo.

Ese día Saiki no estaba en casa, había tenido que viajar lejos por trabajo. Fue una lástima, porque lo había planeado todo para poder estar presente en el momento del parto. Se encontraba en algún lugar sin cobertura de móvil, y como se había marchado sin tener el hotel decidido, no tuvimos forma de localizarlo. Para cuando se enteró de todo y volvió del viaje con la lengua fuera, ya habían pasado dos días. Mi mujer estuvo en el hospital atendiendo a Yoko durante todo ese tiempo, hasta que llegó la madre. Para eso se tomó unos días libres en el trabajo. «No importa. Todo el mundo se pide bajas de maternidad, no va a pasar nada porque yo falte un par de días». Estaba enérgica y contenta, y cuando llegó la madre de Yoko desde Yamagata y ya no hizo falta que ella estuviese en el hospital, pareció incluso entristecerse. Ni ella ni yo, que fui una vez de visita a la clínica, habíamos visto todavía al bebé. La niña estaba todo el tiempo metida en una incubadora al otro lado de la ventana de cristal esmerilado.

Cuando ya había pasado un tiempo desde que le dieron el alta a Yoko, mi mujer y yo fuimos por fin a conocer al bebé. Nos montamos en el coche con la idea de llegar justo después de la hora de comer y volvernos antes del atardecer. A medio camino, en pleno ascenso por la montaña, empezó a nevar. Estábamos a finales de febrero y deduje que aquella sería la última nevada de la temporada.

Al llegar a casa de Saiki nos bajamos del coche y vi que la nieve empezaba a cuajar en una capa fina. Las ruedas imprimieron sus huellas sobre la tierra blanca. Saiki apareció corriendo desde su casa.

—Te llevo llamando un buen rato al móvil, pero no lo coges.

—Estaba conduciendo, no me di cuenta, pero hemos llegado bien.

—No, lo que quería era decirte que no vinieseis porque está nevando.

Los copos eran grandes como pétalos, pero caían con calma. No me pareció que fuese como para tener que dar la vuelta y cancelar la visita.

—Seguro que dejará de nevar pronto. Anda, mira, has plantado más árboles.

—¿Y el bebé?

Saiki respondió a la pregunta de mi mujer con una sonrisa tensa:

—Se acaba de dormir. Ha estado llorando hasta hace muy poco.

—Bueno, déjanos entrar, que hace frío.

—Ah.

Hacía calor en la casa. En el salón, donde se suponía que habían puesto material aislante y doble ventana durante la reforma, el aire temblaba con una mezcla del calor sofocante que venía de la estufa y el frío que entraba del exterior. Sobre el fuego había una tetera metálica humeando. El bebé estaba durmiendo en la habitación de al lado, en un cuarto sombrío con tatami, así que solo nos asomamos desde lejos. Yoko sonrió al ver a mi mujer.

—Gracias por venir. Se acaba de dormir justo ahora. Lo siento, creo que va a estar dormida unas cuantas horas.

Mi mujer exclamó en voz baja y habló mientras se masajeaba los hombros con las dos manos.

—Es la primera vez que la veo, incluso dormida. Siempre estaba escondida detrás de la matrona. Qué bonita es.

Yo ni siquiera supe distinguir si aquello que acababa de ver era la cabeza del bebé. Saiki se sentó en una silla y miró hacia el exterior con expresión amarga. Había vuelto a engordar.

—Es la primera vez que veo nevar tanto desde que nos mudamos aquí. El año pasado tuvimos un invierno cálido... A ver cuánto cae hoy.

—Es verdad —asintió Yoko preocupada. Eran ellos los que parecían más inquietos con la nieve. Nosotros estábamos tranquilos.

—Seguro que habrá dejado de nevar para cuando nos vayamos. Será momentáneo.

—No lo tengo tan claro —dijo Saiki levantando una taza enorme, e inclinó la cabeza después de dar un sorbo. La tetera metálica vibraba sobre la estufa y pude sentir el peso del agua que hervía dentro. A nosotros nos sacaron tazas de té normales, con un dibujo al estilo chino de un niño sentado sobre una pelota. Me pareció que era *hojicha*.^[25]

—¿Qué tal el trabajo?

—Más o menos, pero ahora que tengo una hija estoy más motivado.

—Se te ha puesto cara de padre —le dijo mi mujer.

—No solo la cara, también el cuerpo. Estás hecho un padrazo —añadí. Yoko se rió y mi mujer se encogió de hombros.

Durante todo el tiempo que estuvo sentada charlando, mi mujer mantuvo en su regazo la bolsa grande con el regalo del bebé. Me pregunté por qué no se la daba a Yoko, pero entonces Saiki dijo en voz alta:

—Esto tiene todo el aspecto de ser una tormenta de nieve. Va a cuajar bastante. Será mejor que salgáis ya para evitar problemas.

—Pero ¿qué dices?

Sorprendido, miré hacia fuera. La nieve que hasta hacía unos momentos caía despacio en vertical lo hacía ahora inclinada por la fuerza del viento y golpeaba las ventanas en diagonal. Pero seguía sin ser de una intensidad preocupante.

—Qué exagerado, esto no es una tormenta de nieve. Además, el pronóstico del tiempo no dice que...

—No, mira, fíjate en la nieve. Los copos se han vuelto más finos. Este es el tipo de nieve que cuaja, como en las regiones del norte.

—No pasa nada, se pueden quedar a pasar la noche aquí. Mañana amanecerá despejado. —Mi mujer y yo nos miramos pensando que eran unos exagerados.

Sin embargo, la realidad es que no nos pudimos ir. La nieve se convirtió en tormenta, aumentó de intensidad y lo cubrió todo de una bruma blanca y espesa. Ya no se veían las montañas del fondo. Pusimos la televisión, pero el parte meteorológico seguía diciendo que hacía sol en las zonas bajas. Debía ser un fenómeno aislado; seguramente solo nevaba en la montaña. Todas las conversaciones, incluidas las del tiempo, las mantuvimos en voz baja para no despertar al bebé que dormía en la habitación de al lado. Alrededor de la cuna había muchas cosas, pañales, juguetes, mantas que parecían muy suaves.

—Tenéis muchas cosas. ¿Son todas del bebé?

—Nos las trae la gente del vecindario. Son cosas usadas que ya no utilizan. Algunas son de hace diez o veinte años. No las necesitamos ni queremos, pero nos las traen a montones, todos los días, incluso cosas que no vamos a poder utilizar hasta dentro de mucho tiempo... pero como no tenemos dónde guardarlas están ahí amontonadas.

Todo se veía blanco al otro lado de la ventana. La niña dormía profundamente.

—Cada día coge un poquito de peso... hemos comprado una báscula. Es una especial para recién nacidos que te pesa cada gramo —le contó Yoko entusiasmada a mi mujer.

—¿Y la lactancia?

—Bien, me sale mucha leche últimamente. La matrona me ha felicitado, me ha dicho que ya no hace falta que le dé leche en polvo, y que esto no es tan común.

Yoko tenía las mejillas algo más redondas y ya no parecía tan delgada como cuando estaba en el hospital. Pero tenía ojeras. Llevaba una rebeca por encima de una camisa a cuadros. Por lo visto su madre acababa de regresar a Yamagata la semana anterior.

—Mi suegra desinfectó todas las habitaciones. Es una tranquilidad que esté todo limpio.

—Aunque está desordenado —añadió Yoko, y en ese momento mi mujer pareció acordarse de la bolsa de papel que sostenía sobre sus rodillas y se la entregó.

—Ah, sí. Siento si esto contribuye al desorden, pero...

—¿Qué?

—No es gran cosa, solo un pequeño regalo.

—Pero...

Dentro había un juguete de madera, importado, y ropa de bebé. Las dos se pusieron a hablar de la marca, parecían estar divirtiéndose. No sabía cuándo habían empezado a llevarse tan bien. Tuve la impresión de que tenían incluso mejor relación que Saiki y yo. Tomé un sorbo de *hojicha*. Pese a su color claro tenía un sabor amargo que se extendió hasta el fondo de mi lengua.

El viento no amainó y la nieve empezó a caer con mayor intensidad. Saiki se levantó y llamó por teléfono.

—Soy Saiki. ¿Está bien? Sí, ha sido de repente. Avísame si necesita algo. El coche es de un amigo, el pobre vino a visitarnos justo hoy, sí. No sé, no creo que pueda volver.

—¿Con quién hablabas?

—Con la vecina de al lado. Es mayor y vive sola, estaba inquieto. Pero me dice que no tengo que preocuparme por ella, que lleva décadas viviendo aquí sin problema.

—¡Qué fortaleza!

—Sí. Y tiene ochenta y dos años. —Saiki me miró con lástima—. Pero me lo ha confirmado. Estás atrapado aquí, no vas a poder irte hoy.

Tal y como pronosticó la vecina, para cuando la tormenta se calmó y la nieve empezó a caer con menos fuerza, ya era de noche. En la carretera había más de diez centímetros de nieve. Yo no estaba por la labor de conducir por un camino montañoso oscuro, sin apenas iluminación, pero mi mujer insistió en que nos fuésemos.

—Es que así, sin avisar... no queremos incordiar, que tenéis un bebé y todo. ¿No hay un hostel por aquí? —Sus mejillas estaban pálidas.

—No pasa nada, no te preocupes —dijo Yoko con rotundidad—. ¿Cómo vais a ir a un hostel? Os podéis quedar a dormir aquí sin ningún problema. Aunque puede que el bebé os despierte por la noche llorando... Os pondré en la habitación más apartada.

—Sí, es buena idea. Voy a ir a preparar el cuarto. —Saiki se levantó con esfuerzo y se alejó. Su trasero flotaba dentro de unos pantalones demasiado anchos.

—Pero... —empezó a decir mi mujer y se detuvo cuando oímos una sirena a lo lejos. Yoko se puso de pie al instante y se apresuró hacia la habitación del bebé. Los talones de sus calcetines estaban desgastados y se transparentaban, y a mí me dio un poco de pena. La cuna era blanca, y tampoco era nueva. Lo que me pareció una sirena no era más que la niña llorando en el cuarto de al lado. Yoko la cogió en brazos.

—Disculpadme un momento —dijo, y cerró el *fusuma*.

—Espero que no seamos un incordio —dije rascándome la cabeza.

—No debimos subestimar el clima de montaña... —añadió mi mujer. Habló con un timbre tan grave que me estremecí un instante y me di cuenta de lo aguda que había sido su voz hasta ahora. Dio un último sorbo al té. Tenía el ceño fruncido y el maquillaje se le había derretido sobre el párpado de abajo dejando una mancha negra—. ¿Le estará dando la teta? —susurró sin alterar el tono.

Estaba totalmente oscuro al otro lado de la ventana. Me dio un poco de miedo ver los copos de nieve blancos chocar con el cristal en aquella negrura. La tormenta había amainado, pero seguía nevando y todavía soplaba algo de viento. En la habitación de al lado, el ruido que había confundido con una sirena se detuvo, y pude oír a Yoko hablar en voz muy baja.

—Me alegro de que estén bien las dos, madre e hija.

—Es pequeña...

—¿Qué?

Ella frunció el ceño todavía más.

—Dijo que estaba engordando bien, pero la veo muy pequeña. Me pregunto si no tendría que estar en el hospital. ¿De verdad será suficiente con la leche materna?

Recordé el día en que nos dieron de comer guiso de jabalí. Aquel día Yoko bebió mucho alcohol. Y teniendo en cuenta el mes en el que había nacido el bebé, era posible que en aquel momento ella ya estuviese embarazada. Supongo que ella todavía no lo sabría, pero cuando me dijeron que el parto había sido prematuro yo no pude evitar pensar en aquel día. Por lo visto, realmente las comadreas no volvieron a aparecer desde entonces.

—Menos mal que desaparecieron antes de que naciese el bebé, fue gracias a ti. Me imagino que hubiesen traído todo tipo de bacterias.

—Sí. —Mi mujer miró por la ventana. Sus labios estaban blancos y secos—. ¿No hibernan las comadreas?

—¿No lo deberías saber tú?

—No, yo solo las he visto una vez.

Algo de un color verde intenso atravesó la oscuridad al otro lado de la ventana. Me quedé quieto, preguntándome qué sería, y en ese momento oí que alguien abría la puerta de la casa.

—¿Señor Saiki? —Yoko y el bebé parecieron moverse al otro lado del *fusuma*. Me levanté de la silla pensando en ir a ver quién era, pero enseguida Saiki respondió en voz alta:

—¿Sí? ¿Ocurre algo? —Oí sus pasos pesados bajar rápido las escaleras—. ¡Pero si está usted cubierta de nieve!

Deduje que quien estaba en la puerta era la anciana de al lado. Oí que Saiki le daba las gracias. Yoko entreabrió el *fusuma* y se asomó. Pude ver vagamente la cabeza del bebé. Sin apenas pelo, con la piel colorada. Al cabo de un rato oí que se abría y se cerraba la puerta de la casa, y esta vez advertí por la ventana a la anciana, de verde, y a Saiki, con su abrigo rojo, caminando hacia algún lado. Yoko cerró el *fusuma*.

—Le está dando el pecho —me dijo mi mujer.

—¿Ah sí?

—Sí, la he visto. —Mi mujer se levantó, asió la tetera que se calentaba sobre la estufa y se sirvió agua hirviendo en la taza. Su cara quedó oculta detrás del vapor—. ¿Vas a tomar agua caliente?

—Sí. —Mi mujer arrugó los labios y empezó a soplar sobre la taza. El aire sonó como un silbato. —Le estaba dando de mamar.

—Ya estoy aquí —oí decir a Saiki desde la puerta—. ¡Oye! ¡Mira! —Como Yoko no respondía me acerqué yo al vestíbulo. Saiki tenía la capucha y

los hombros de su abrigo rojo llenos de nieve y estaba despejándola con las manos. Sobre el mueble de los zapatos había un recipiente de plástico grande —. Tu coche está hecho un muñeco de nieve.

—Y tú vas camino de convertirte en otro.

—No sé qué hará mi señora esposa.

—Tiene el *fusuma* cerrado.

—Le estará dando la teta. O cambiando el pañal.

No sé si porque nos oyó hablar, pero Yoko apareció en ese momento con el bebé en brazos.

—¿Era la vecina?

—Sí, nos ha dado un montón de *inari*.^[26]

—Anda. —El bebé estaba dormido en brazos de su madre pero pude verle los ojos, similares a los de una rana, moviéndose por debajo de un párpado semitransparente. La piel de Yoko se me apareció borrosa, como cubierta de una tela rosada. Los botones de su camisa estaban cerrados pero en los ojales equivocados, formando una arruga por la que asomaba su piel. Saiki sacudió su cabeza mojada.

—Dice que hizo de más para nosotros, pero que dudó si debía traérmelos o no por la nieve. Entonces se enteró de que teníamos invitados y decidió que nos los tenía que dar sí o sí. —Saiki se quitó el abrigo y lo colgó en la parte de arriba de la puerta.

—¿Los ha hecho la abuela de al lado?

—Tranquilo, cocina muy bien.

Saiki ya no se refería a la anciana de al lado como «la vieja». Sujetando al bebé con un solo brazo Yoko se fue un momento al fondo de la casa, volvió con una toalla y se la dio a su marido. Él la cogió y después de secarse la cabeza me entregó el recipiente. Estaba caliente y pesaba. Al agarrarlo con las dos manos y moverlo, el líquido marrón que había dentro se escurrió hacia el fondo. Yoko contoneó su cuerpo para recolocar a la niña.

—Dice que si comes sus *inari* te saldrá más leche.

—¿Ah sí?

—Por cierto, Yoko, ¿el radiador de aceite estaba en el desván?

—¿El radiador de aceite?

Como los dos se pusieron a hablar de sus cosas yo volví al salón. Mi mujer estaba sola, soplando sobre el agua caliente con la espalda recta.

—Mira, unos *inari*. —Puse el recipiente encima de la mesa.

—He oído que al parecer son buenos para la lactancia —dijo ella y se rio —. A ver si me sirve de algo a mí también.

—¿Estabas escuchando?

—Bueno, es que el aire corre en esta dirección. ¡Pero qué calor hace aquí!
—Mi mujer se remangó el jersey. Sobre la piel descubierta de sus brazos corrían unas venas de un azul casi negro. La correa de su reloj de pulsera me pareció extrañamente delgada. Los números nacarados brillaban con intensidad.

Con el bebé en brazos Yoko volvió a la habitación con tatami donde estaba la cuna y nos invitó a entrar. No me di cuenta de que en el suelo había un carrito de madera con cuerda de mano y me tropecé. El cordel estaba hecho de lana de distintos colores. Nos sentamos junto a la cuna.

—¿Me dejas coger a la niña? —le preguntó mi mujer a Yoko con mucho entusiasmo.

—Claro —le contestó Yoko igual de contenta, y se la ofreció. Su camisa seguía mal abotonada pero mi mujer no pareció prestar atención—. Toma.

Mi mujer recibió al bebé en sus brazos.

—Pequeña Yukiko —susurró—. ¿Se escribe como «nieve», de nevar?

Yoko la miró extrañada. A mí también me pareció raro, porque nos lo acababa de explicar hacía poco.

—No, se escribe como «niña feliz», Yuki-ko.

—Yukiko. Qué buen nombre. Es realmente bonita.

—Si hubiese nacido en un día como hoy quizá le habría puesto Yukiko con «yuki» de nieve.

El bebé estaba ahora en brazos de mi mujer y hacía leves movimientos con sus párpados. Mi mujer puso la boca en forma de pico y le empezó a contar algo en silencio. No sabía cuándo se los había vuelto a pintar, pero sus labios tenían un color nuevo.

—Se parece a ti, Yoko.

—Sí, ¿verdad? Yo también pienso que cada día se va pareciendo más a mí —dijo ella pasando la palma de su mano por encima de la cuna.

—¿Te ayuda Saiki con el bebé?

—Sí —asintió Yoko—. Él básicamente trabaja siempre desde casa. Yo... con la lactancia y todo eso estoy cansada, inevitablemente. A veces caigo rendida a mediodía y me quedo dormida. Y por las noches no duermo bien, tengo el ritmo totalmente alterado. En cambio, él está sano y con mucha energía. Digamos que se encarga de casi todo durante el día, menos de dar de mamar. Eso sí, por las noches no se levanta.

—¿Entonces le cambia también el pañal?

Recuerdo que hace mucho tiempo cuidé al bebé de mi hermana mayor. Le cantaba nanas y jugábamos, pero nunca me atreví a cambiarle el pañal. Por mucho que fuese su tío me resistía a limpiarle la entrepierna a un bebé que no era mío.

—Sí, también el pañal. Quizá sea porque con la leche materna todavía no huele mal. Pero hace de todo.

—¡Increíble! —exclamé. El Saiki que yo conocía no era dado a cuidar de un bebé. Hasta donde podía recordar, ni siquiera le gustaban los niños—. ¡Cómo cambia uno!

—Puede que los hombres sean así. Las mujeres nos encandilamos con cualquier bebé, pero a los hombres les pasa solo cuando son suyos... Ay, espero no haberte ofendido. —Yoko me miró y se quedó callada.

—No, para nada —respondí.

—Yo creo que a los hombres no nos llega tan directamente, tenemos algo ahí que lo impide, aunque tampoco es que nos sea totalmente ajeno.

Miré de reojo a mi mujer, pero ella estaba con los ojos fijos en la niña. No parecía haber oído nada de lo que yo había dicho. Seguía moviendo los labios: «Pequeña Yukiko, Yukiko, pequeña Yukiko». En un rincón de la habitación había un colchón doblado. Supuse que Yoko dormía ahí por las noches.

—Pero a mí me gustan los bebés. Cuando tenía alrededor de veinte años jugué mucho con el de mi hermana.

—¿Entonces por qué no la coges? —dijo mi mujer de repente en voz alta y orientó el bebé hacia mí—. ¿Te importa, Yoko?

—Claro que no.

—¿Seguro? ¿Ya la has disfrutado suficiente?

—Sí, la he disfrutado... —Mi mujer, intentando ser lo más cuidadosa posible para no moverla, retorció su cuerpo y me la entregó con la boca entreabierta en un gesto extraño. La niña pesaba. Mucho más de lo que había imaginado al verla. Arrugó su cara como si le hubiesen acercado a la nariz un olor desconocido e intentó abrir los ojos. Yo le sonreí y relajé los brazos. Sus piernas se estiraron y me dieron una patada.

—Cuidado con el cuello. —Yoko alargó su mano con delicadeza, tocó mi brazo y corrigió la postura.

—Es muy bonita.

El bebé movió sus ojos entreabiertos hacia mí, como preguntándose si yo era alguien de confianza. Eran oscuros, del color de los arándanos.

—¿Ya puede ver?

Yoko inclinó la cabeza.

—Supongo que sí, pero algo desenfocado.

—Empiezan a ver bien a partir de los tres meses, así que seguro que ve —afirmó mi mujer.

Yo observé su cara detenidamente. Con lo pequeña que era ya tenía dos agujeros en la nariz y una pelusa ligera en las cejas. Todo estaba formado. En un momento de la vida todos fuimos así.

—Bueno, ¿qué te parece nuestra hija? —Saiki entró en la habitación con el cuello envuelto en una toalla. Caminaba con sigilo.

—Es una belleza.

—¿Verdad? Menos mal que se parece a Yoko. —Saiki le acarició la mejilla y la niña movió ligeramente la cabeza—. ¡Pero si me ha mirado! —Nunca había oído a Saiki hablar con ese tono de voz—. ¿No tienes frío? ¿Te has despertado? —El bebé reaccionó ante las palabras de su padre moviendo la cabeza y las mejillas. También intentó mover las manos. Tuve la sensación de que mis brazos estaban estorbando y le ofrecí la niña a Saiki. La cogió con facilidad. Me di cuenta de que mi cuerpo estaba rígido, con los antebrazos y las palmas de las manos llenos de sudor—. Mira, ya estás con papá.

—¡Papá, dice! —Sin querer solté una carcajada.

—Claro, es un sonido fácil para ella —dijo Saiki con calma—. Lo podrá decir enseguida cuando empiece a hablar. Porque además soy su papá.

—¡Papá! —Yo no podía parar de reír.

—Deja de reírte —me reprendió mi mujer, así que me fui solo al salón. Saiki le susurró algo a Yoko, y ella asintió varias veces. Mi mujer seguía moviendo los labios, contándole algo en silencio al bebé hundido en los brazos de su padre. Me serví agua caliente y bebí. Un vapor blanco se agitó en el aire al salir de la taza humeante. Vistos desde la mesa del comedor, los tres adultos y la niña parecían una estampa extraña de la sagrada familia. Yoko suspiró y se arregló los botones de la camisa.

Empezamos a cenar a eso de las siete. Saiki nos ofreció cerveza y sake, pero los dos le dijimos que no. Él tampoco bebió. El bebé se volvió a dormir y lo llevaron a la cuna de nuevo.

—¡Qué *inari* más grandes! —exclamó mi mujer. Al pasarlos del recipiente al plato comprobé que cada uno era del tamaño de un puño. El tofu frito estaba esponjoso, empapado en jugo, y desprendía un olor dulce. Yoko preparó sopa de miso y sacó algunos encurtidos.

—Los encurtidos también son de la vecina. —Unos eran de hojas verdes y otros eran de un nabo amarronado, distinto al nabo en salmuera tradicional. Las hojas parecían frescas. Aparté un *inari* con los palillos y noté lo mucho que pesaba. Lo puse en mi plato y al darle un mordisco sentí cómo el tofu frito se desgarraba y empapaba mis dientes. Algo áspero se extendió por mi lengua, se mezcló con la saliva y se escurrió hacia mi garganta. Estuve a punto de atragantarme. No era arroz avinagrado lo que había dentro. Escupirlo habría estado fuera de lugar, así que seguí masticando. Definitivamente aquello no era arroz, pero era un sabor que me resultaba familiar. Era algo que estaba seco y suelto, y supe por la textura en mis dientes y en mi lengua que también había trozos pequeños de puerro y zanahoria entremezclados. Tenía un sabor agridulce. Logré tragar a duras penas.

—No es arroz —le dije a Saiki. Él asintió con la boca llena.

—Es *okara*.^[27]

—¡*Okara!* —Fijé mi mirada en el *inari* gigante del que apenas había podido comerme una quinta parte. Mi mujer masticó durante un buen rato sin dejar de sonreír.

—Lo ha aliñado como si fuese arroz de sushi —dijo por fin cuando terminó de tragar.

—Este tipo de *inari* se llama *azuma* —dijo Yoko dando un mordisco lento—. El sushi que está hecho de *okara* y pescado en vinagre se llama *azuma*, me lo dijo la vecina. Esta es la versión *inari*.

—Es todo soja, básicamente —dijo Saiki con la boca llena. Detrás del sabor fuerte a salsa de soja y azúcar pude apreciar el toque avinagrado. El puerro y la zanahoria estaban casi crudos.

—Por eso decía que era bueno para la lactancia, por la soja... —Mi mujer dio un segundo mordisco más grande que el primero—. Qué rico.

—Nos faltan hidratos de carbono. ¿Queréis que haga arroz? También tengo arroz congelado...

—No te preocupes, esto llena mucho. Es suficiente. —A mí no me gustaba demasiado aquello y habría tomado algo de arroz encantado, pero no me atreví a pedirlo. No es que odiase el *okara*, y el *inari* era una de mis comidas preferidas, pero cocinado así, como sucedáneo de arroz avinagrado y condimentado con ese sabor agridulce, me daba un poco de asco. Di un sorbo a la sopa de miso. Tenía cebolleta. Me pareció que sabía a sopa instantánea, pero lo preferí al *inari*. Al final conseguí terminarlo y durante el resto de la

cena ya solo comí encurtidos. Estaban deliciosamente ácidos. Mi mujer se tomó tres *inari*. Yoko y Saiki también comieron bastantes.

—Qué rico estaba. A lo mejor le pido la receta a tu vecina antes de irnos mañana.

—No te preocupes, que yo se lo pregunto y te la doy otro día.

—Es un plato atípico, pero tiene todo el sabor de la tradición. —Saiki utilizó un palillo de dientes. Yo también pedí uno para quitarme un trozo de puerro mientras servían a mi mujer otra taza de té. El bebé parecía dormir profundamente. Mi mujer terminó de tomarse el té y se acercó a la cuna. De nuevo empezó a mover los labios en silencio mirando a la niña. Yoko lavó los platos.

—Ya he preparado los colchones. La habitación es un poco pequeña, pero ¿por qué no vas subiendo las cosas?

Al abrir la puerta del cuarto me deslumbró una luz blanca. Por debajo de un tubo fluorescente, encajadas dentro de una estantería de metal, había varias peceras cuadradas.

—¿Te acuerdas de que me gustaban los peces tropicales? He empezado a criarlos otra vez —me dijo Saiki algo avergonzado. Eran cinco peceras en una habitación que no tendría más de seis tatamis,^[28] y eso me intimidó un poco —. Al principio pensé en tener solo una pecera, pero fui comprando un pez, luego otro, y otro, y ya que tengo esta habitación...

Entre las peceras había una que era más grande y rectangular. Dentro tenía un pez plateado y alargado.

—Oye, ¿no es esto un arowana? —Saiki asintió. La forma del cuerpo era sin duda típica de los arowanas, pero este era mucho más pequeño que los que yo había visto, y más esbelto. No debía llegar a los veinte centímetros de longitud—. Es algo pequeño para ser un arowana, ¿no?

—Es que todavía es una cría. O un jovenzuelo, debería decir.

—¿Ah sí? La verdad es que me he llevado un susto al verlo. Su presencia no pasa inadvertida. ¿Lo compraste en una tienda?

—¡Claro! ¿Dónde si no? Según vaya creciendo iré agrandando su habitáculo. Si logro que crezca bien necesitaré una pecera de dos metros de largo.

Por supuesto, las otras peceras también estaban llenas. Saiki parecía tener un gusto discreto: no había ni un espécimen rojo o azul. Casi todas eran especies parecidas al siluro o al dojo, de esas que permanecían inmóviles en el fondo de la pecera. También había peces pequeños y negros nadando en cardúmenes. El arowana era el más espectacular de todos, pero apenas se

movía; solo ondeaba sus aletas en silencio y miraba con unos ojos redondos y muy abiertos.

—¿Y Yoko no se queja? Supongo que todo esto cuesta dinero.

—No, es más, tiene mucho interés. Cuando estaba embarazada había veces que se echaba la siesta en esta habitación... Y además, ya sabes, es bueno que los niños convivan con otros seres vivos.

—Aunque Yukiko no entenderá bien lo que es un pez hasta dentro de tres o cuatro años.

—Claro que lo entiende. Incluso ahora, cuando le enseño el arowana, pone cara de sorpresa.

—¡Pero si apenas puede ver todavía!

—Claro que puede. Ve perfectamente. Los ojos de los bebés están hechos para poder ver lo que les interesa ver.

Las peceras estaban colocadas en la pared del fondo, frente a la puerta, y entre medias había dos colchones tendidos en el suelo uno junto al otro. A juzgar por la posición de las almohadas nos tocaría dormir con las peceras encima de nuestras cabezas. El agua hacía ruido al burbujear.

—¿Este arowana está bien? No se mueve mucho... ¿Será porque es invierno? No se comporta como una cría.

—Está bien. Son así. De vez en cuando le doy ranas vivas para comer y no veas cómo las devora. En su hábitat natural el arowana salta por encima de la superficie del agua para cazar insectos. Un espécimen adulto puede llegar a saltar hasta un metro. Por eso hay que mantener la pecera cerrada, para que no salten.

—¿Ha saltado alguna vez?

—No. Si hubiese saltado estaría muerto.

Fui el primero en bañarme. Yoko me había dejado un pijama preparado, y al salir del agua sentí un sopor repentino.

—Estarás cansado. —Yoko se dio cuenta y me sacó un batín para ponerme encima. Estaba limpio, pero olía a tela antigua. Hacía tiempo que no sentía una somnolencia tan intensa.

—Se me cierran los ojos. No puedo resistir el sueño. Me retiro a dormir, si no os importa.

Mi mujer ni se inmutó; tenía los ojos clavados en el bebé. Se había bañado justo después de mí y también llevaba ropa que le había prestado Yoko. Era un pijama negro de cuello redondo, y ella, que nunca se ponía cosas así en casa, estaba un poco ruborizada. Me pareció incluso que le hacía gracia, lo que me resultó extraño, porque hasta hacía unos momentos se había mostrado

incómoda por el hecho de que tuviésemos que quedarnos aquí a dormir. Tal vez sea que las mujeres disfrutaran más durmiendo en casas ajenas que los hombres.

—En todo caso yo me voy a dormir. Buenas noches.

Me tumbé sobre el colchón y el ruido de las peceras que tenía sobre la cabeza me arrulló de una forma extraña, invitándome a dormir. Al otro lado de la ventana ya no sonaba la nieve. En mi sueño oí la sirena unas cuantas veces y vi a mi mujer darle de mamar al bebé mientras lo llamaba por su nombre. Yo la miraba desde lejos. «Pequeña Yukiko, pequeña Yukiko, Yukiko».

* * *

Me despertó el hambre. No había cenado bien, solo un *inari* de *okara*, que por gigante que fuese no debió ser suficiente. Me dolía el estómago. Me levanté sin hacer ruido; una luz tenue iluminaba la habitación. Ya había amanecido. Los peces parecían todos dormidos. Me quedé contemplándolos todavía somnoliento y vi que uno de ellos, parecido al siluro, estaba dado la vuelta sobre el fondo de la pecera. Un alga rojiza ondeó en el agua. Acerqué mi cara al cristal y noté el calor. Había un motor, algún tipo de máquina haciendo ruido. Los peces se mecieron ligeramente, y también las algas. Dentro de la habitación no corría el aire. En ese momento contuve la respiración. Mi mujer no estaba.

El colchón de al lado estaba tal cual lo había preparado Saiki, la manta doblada hasta la mitad con cuidado. La almohada parecía intacta. Abrí la cortina ligeramente: estaba todo oscuro. Todavía era de noche. ¿Entonces de dónde venía aquella luz? De repente sentí frío. A lo mejor eran solo las cortinas blancas de encaje brillando en la oscuridad, o cualquier ráfaga de luz que se reflejó en el agua de las peceras. Volví al colchón. La manta mantenía todavía la temperatura de mi cuerpo y al taparme hasta los hombros el calor me envolvió y me relajó. Si todavía era de noche, quería decir que no había pasado tanto tiempo y seguramente mi mujer seguía hablando con Yoko y Saiki. Me dio pereza mirar el reloj. Cuando cerré los ojos para intentar volver a dormir me oí un ruido de chapoteo en el agua. De pronto sentí un peso enorme sobre mi cuerpo. Traté de levantarme, pero no pude. Tampoco pude abrir los ojos. Todo mi cuerpo pesaba como si estuviese siendo presionado por algo y sentí un dolor a la altura del estómago. Había algo frío. El agua se había filtrado a través de la manta, del batín y del pijama y me estaba

enfriando la barriga. Me castañearon los dientes. Me tembló el pecho, la cara, los muslos. Me pareció que lo que tenía encima de la barriga se movía y salpicaba agua alrededor. Entre el temblor y el peso, el cuerpo me dolía como si me lo estuviesen retorciendo. La cosa era alargada y se movía por espasmos. De repente me di cuenta. Era el arowana. Había saltado fuera de la pecera y había caído encima de mí. ¿Pero por qué estaría la tapadera abierta? Tenía la sensación de que era mucho más grande de lo que había visto antes. Pesaba muchísimo. Intenté abrir los ojos por todos los medios, pero no lo logré. El arowana se movía con desesperación sobre mi barriga, sin duda sufriendo también. Saiki se iba a poner muy triste si se quedaba sin él; yo no estaba dispuesto a dejarlo morir ahí, encima de mí. Hice un esfuerzo por hablar, pero tampoco pude mover la lengua. La cola puntiaguda del pez se retorció y me golpeó de nuevo el abdomen. A través de mis ojos cerrados percibí el resplandor de las escamas plateadas desprendiéndose de su cuerpo. Oí unas voces a lo lejos: una sirena, un llanto y una voz débil susurrando algo, como rezando. En ese momento mi cuerpo se aligeró y abrí los ojos. Me levanté. No había ningún arowana encima de mí. La manta estaba seca. El pez plateado seguía en la pecera, quieto, con los ojos abiertos. Sus escamas brillaban. Mi mujer dormía a mi lado. Su párpado inferior estaba ligeramente hinchado y proyectaba una sombra por debajo de sus ojos cerrados. Hacía más de un año que no la veía dormir. Un grupo de peces pequeños nadó hacia mí cuando me levanté. Por detrás de las cortinas se escurrió la luz blanquecina de la mañana.

Me abrigué y salí. Todavía no había amanecido del todo, pero el cielo estaba tan raso que me pareció mentira que hubiese nevado tanto la noche anterior. Enseguida salió Saiki. Levanté una mano.

—¿Te he despertado?

—No, ya estaba despierto. Trabajando un poco. Me levanto muy pronto, como si fuese ya un anciano. Un anciano con un bebé. —Saiki se estiró. Parecía feliz. La nieve brillaba, casi transparente, en las zonas expuestas al sol, en cambio se veía ennegrecida y congelada en las partes en sombra. Mi amigo exhaló aire. El vaho resplandeció al sol de la mañana. Mi coche parecía un peluche, todo cubierto de nieve, hasta el punto de que al tocar el capó mi mano quedó enterrada por completo. El calor que sentí al principio se convirtió enseguida en un dolor agudo y tuve que sacarla. Pensé que a lo mejor no íbamos a poder volver hoy tampoco.

—¡Se te ha puesto la mano toda roja! —Saiki cogió nieve del capó, hizo una bola y me la lanzó. Yo la esquivé y le lancé otra a él. Le di en el hombro —. ¿No te molestaron los peces? —me preguntó mientras se sacudía la nieve —. Hay quienes no pueden dormir por el ruido de la bomba de agua.

—No, el ruido no me molestó. Pero... —Le conté mi sueño con el arowana—. Nunca había tenido una parálisis del sueño. Seguro que fue el pez el que me inmovilizó.

Saiki se rió.

—No debí contarte que esa especie salta fuera de la pecera. Será la maldición del arowana.

—¿Y cómo me dejas dormir en una habitación tan terrorífica?

—Porque si la pecera está cerrada, no pasa nada.

—¿Estás seguro de que estaba bien cerrada?

—Segurísimo. Además, ¿no ves que es imposible que su cuerpo pese tanto? No tendría sentido que te doliese a ti, en todo caso le tendría que doler al pez. Qué tontería.

Era sin duda ridículo; me eché a reír.

—La verdad es que los peces tropicales son interesantes. Me estoy planteando tener alguno yo también.

—Ni se te ocurra. Contigo no sobrevivirían. —De repente la cara de Saiki se volvió amarga y caminó.

—¿Por qué?

—Aunque parezcan decorativos, son seres vivos al fin y al cabo.

Las botas negras de goma que llevaba Saiki fueron dejando huellas sobre la nieve. Yo solo tenía mis deportivas, pero seguí sus pasos. El sol iluminó las montañas del fondo como una bruma que se iba desplazando sobre ellas. El día se fue aclarando cada vez más. Saiki volvió a estirarse. Su abrigo largo se arrugó adaptándose al movimiento. El rojo de la tela reverberó al sol de la mañana y me pareció extrañamente agradable a la vista. Era un color sencillo. Y vivo.

—Qué abrigo más bueno tienes.

—Aquí no puedes ir de camuflaje. Te podrían confundir con un jabalí y dispararte.

Saiki lanzó otra bola de nieve con bastante fuerza. Voló lejos y cayó sin perder su forma redonda. Oí el sonido leve de la nieve hundiéndose en la nieve. Cogí un montoncito con las manos y sumergí mi cara. Saiki dijo algo.

—¿Qué? —le pregunté levantando la cabeza. Me ardía la nariz.

—Tu señora esposa... me pareció que estaba llorando anoche.

—¿Qué? ¿Por qué? —Pero si parecía estar disfrutando, pensé.

—No sé. Estaba hablando con Yoko y con Yukiko... yo estaba en la habitación de al lado y me pareció que lloraba. —Saiki se llevó las dos manos a la cadera y la hizo girar de un lado a otro para estirarse. Me quedé mirando el montón de nieve que tenía en mis manos, luego lo dejé caer. Trozos amorfos aterrizaron sobre mis deportivas. Moví mis pies para sacudirlos de encima.

—Mi mujer está muy ocupada últimamente. Eso lo sé. Está estresada. Hace horas extra todos los días y llega muy tarde a casa...

—Ah. —Saiki me miró—. No soy una persona que juzgue moralmente a nadie y no me quiero entrometer. Simplemente me quedé un poco preocupado, pero si dices que está bien, me olvido. Habrá sido cosa del momento.

—¿Qué es eso?

—No tengo ni la menor idea. —Saiki avanzó por la nieve dando grandes zancadas. La fuerza de sus pasos provocó un ligero temblor en un árbol delgado. Sobre un fondo de nieve, una mariposa o polilla negra cayó ondeando, luego aleteó y retomó el vuelo hacia arriba. Las puntas de sus alas estaban en zigzag, como si las hubiese mordido algún animal.

Dimos varias vueltas por el jardín, volviendo sobre nuestras propias huellas una y otra vez. Había pisadas nuestras por todas partes, por delante y por detrás. Después de pisarla unas cuantas veces la nieve se embarró y se volvió negra. Se mezcló con el color de la tierra y de repente me pareció sucia. Me froté las manos. Las tenía reseca. Un pellejo de piel empezaba a pelarse en la palma de mi mano. No sé en qué momento me había cortado, pero noté un sabor a sangre en mis labios.

—¡Qué gusto! —Me sobresalté ante la voz elevada de Saiki—. Habrá sido una molestia para vosotros, pero... no viene mal que caiga una nevada así una vez al año —dijo mientras quitaba la nieve de las ramas de los árboles. Oí algo pesado caer al suelo. También oí a un cuervo graznar. Luego, el canto agudo de algún pájaro o insecto. De repente, las montañas y los árboles empezaron a emitir sonidos. La casa de Saiki seguía en silencio. Él intentó encajar la suela de sus botas sobre sus huellas. Cuando se cansó, comenzó a quitar la nieve de las plantas, de la manguera enroscada, de cosas que había aquí y allá, esparciéndola sobre el suelo. Yo hice lo mismo. Empezaron a emerger en el jardín ramas marrones, encogidas por el frío. El suelo blanco se fue ensuciando cada vez más. Un frío húmedo se infiltró por la suela de mis deportivas. Pensé en proponerle que volviésemos a la casa, pero en ese

momento apareció la señora de al lado y nos dio los buenos días a todo pulmón. Saiki le respondió y balanceó las dos manos. Yo hice una reverencia. Era una anciana muy menuda. De nuevo, dando zancadas enormes Saiki atravesó la nieve y se acercó a ella. Yo lo seguí.

—Muchas gracias por los *inari* de ayer. Estaban riquísimos. Por favor, enséñele a Yoko a hacerlos.

—Es muy sencillo, es solo comida de pueblo. Como no tenía ni pescado ni nada, simplemente freí tofu... —La abuela me señaló sin dejar de sonreír—. ¡Qué pena de coche! —comentó. Me rasqué la cabeza—. Hoy ya no va a nevar, podéis iros tranquilos. La nieve se habrá fundido a mediodía —dijo con rotundidad.

—¿Lo sabe usted bien?

—Sí, lo sé. —La anciana se acercó un paso a mí y bajó su tono de voz—. La mujer que venía contigo... ¿es tu esposa? —Asentí. Me miró de una forma extraña—. Tiene un bebé en la barriga, ¿no? —Yo la miré desconcertado—. Cuidala mucho, que acaba de empezar —me dijo con una sonrisa de oreja a oreja. ¿Acaba de empezar? Saiki se había apartado y estaba de pie tocando la nieve con las manos. La anciana me miró—. Lo peor es coger frío. Que le pida prestada la faja a Yoko. Tiene una que le tejí yo. —La vecina agarró mi muñeca con su mano arrugada. Sentí sus dedos cortos y delgados, calientes. Intenté librarme, pero su piel suave estaba aferrada a mi muñeca y no me soltó—. Al bebé lo tenéis que cuidar entre los dos. Venid a enseñármelo cuando nazca. Los niños son un tesoro para todos. Como la pequeña, bonita y preciosa Yukiko —susurró.

Me quedé mudo.

—Hasta pronto —se despidió y se metió en su casa.

Saiki tenía un muñeco de nieve sobre la palma de su mano.

—Mira, ya está terminado —dijo, y me lo enseñó. Sus mejillas y sus dedos estaban tan colorados e hinchados como el bebé al que había tenido en brazos la noche anterior. Los ojos y la nariz del muñeco de nieve eran agujeros cavados con los dedos—. Qué tierno, ¿verdad? —Asentí, pero no supe bien a qué había asentido—. Se lo tengo que enseñar a Yukiko. Lo meteré en el congelador.

Había amanecido por completo y el sol blanco de la mañana empezó a derretir la nieve. Mi cuerpo estaba totalmente frío. Frente a la casa, la carretera ya mostraba huellas de coches y de pisadas humanas en dirección a la montaña. Oí el sonido vago de una sirena.

Notas

[1] Fiesta budista en la que se conmemora a los muertos. Se celebra del 13 al 16 de agosto y es la festividad más importante de Japón junto con el Año Nuevo. *(Todas las notas son de la traductora)*. <<

[2] Verduras y derivados de pescado cocidos en caldo. Es un plato común en los puestos ambulantes. <<

[3] Popular bebida isotónica idéntica al Aquarius. <<

[4] Tienda de conveniencia abierta las veinticuatro horas. Es una palabra de uso muy extendido en Japón que deriva del término en inglés «*convenience store*». <<

[5] Puerta corrediza de madera revestida de papel, típica de la arquitectura tradicional japonesa. <<

[6] Puerta corrediza hecha a base de papel tradicional translúcido. Sirve tanto de puerta como de tragaluz, ya que deja pasar la luz. <<

[7] Mamífero endémico de Japón (*Nyctereutes procyonoides viverrinus*), de aspecto similar a un cruce entre perro y mapache. Es muy común verlo en las zonas rurales. Es también un personaje recurrente en los cuentos tradicionales japoneses, en los que el *tanuki* suele aparecer como ser semidivino que engaña a los humanos disfrazándose de algún objeto o persona. <<

[8] Infusión de cebada que se toma fría en verano. <<

[9] Plato popular japonés que consiste en pollo picado, tortilla de huevo y alguna verdura servido todo sobre un bol de arroz. <<

[10] Cualquier plato servido sobre un bol de arroz. <<

[11] Arroz rehogado con hojas de mostaza. <<

[12] Dulce hecho a base de *mochi* (arroz amasado) y *anko* (pasta de judías *azuki*). <<

[13] Aperitivo salado y crujiente hecho de arroz tostado con salsa de soja. <<

[14] Festival del Cerezo, en el que la gente hace pícnicos en los parques a la sombra de los cerezos en flor. <<

[15] Jengibre japonés (*Zingiber mioga*). <<

[16] Término japonés que alude a las personas que se aíslan de la sociedad de forma voluntaria por algún tipo de fobia social. <<

[17] Del inglés «Not in Education, Employment or Training». («Ni Estudiando, ni Trabajando, ni en Prácticas»). <<

[18] Chanclas tradicionales hechas de fibra vegetal. <<

[19] Calcetines gruesos con una apertura en el dedo del pie, adaptados para llevar sobre los *zori*. <<

[20] Alubias de soja fermentadas. <<

[21] *Lycoris radiata* es una flor roja que en Japón se asocia con la llegada del otoño. También es conocida como la «flor de los muertos». <<

[22] Una variedad del ciprés Sawara, endémico de Japón. <<

[23] Similar al sake, pero más dulce y con menos porcentaje de alcohol. Se utiliza casi exclusivamente para cocinar. <<

[24] Caligrafía china o japonesa que se enmarca y se cuelga de la pared. Forma parte de la decoración interior tradicional. <<

[25] Té verde tostado, descafeinado de forma natural. <<

[26] Variedad de sushi que consiste en puñados de arroz avinagrado envueltos en tofu frito. <<

[27] Tofu triturado. <<

[28] Aproximadamente 9 metros cuadrados. Un tatami equivale a 1,53 metros.
<<